



UNIVERSIDAD NACIONAL
AVENIDA DE
MEXICO

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE GEOGRAFÍA**

**LA SUBORDINACIÓN CAMPO-CIUDAD,
UN PROCESO VIOLENTO**

TESIS
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
LICENCIADO EN GEOGRAFÍA

PRESENTA
ARTURO GALICIA GALLARDO

ASESOR
DR. FABIÁN GONZÁLEZ LUNA



Ciudad Universitaria, México, D.F., enero de 2016.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi madre

A mi hermana

A mi coma

A nuestros muertos

El negro

(Ramón Santana Morales)

*“[...] Ruge fuerte tigre en barranca,
Que tu rugido llegue donde él está,
Pa que se llene de esperanza y resista,
Como un negro con fe.
Al escuchar el rugido del tigre,
El negro volvió a sentirse bien,
Y a pesar del sufrimiento,
Gritó a los cuatro vientos:
Por ustedes soy un negro que no se raja,
Por ustedes soy un negro que es de acero,
Soy un negro humilde,
Soy un negro campesino que llegó a ser maestro,
Soy un negro muy negro,
Con un corazón muy tierno y bueno.
Y se rompió el silencio
Porque el negro canta alegre de nuevo”*

Agradecimientos

A la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Facultad de Filosofía y Letras, por el espacio brindado y por los espacios generados dentro; por el aprendizaje y la reflexión, por la crítica, la lucha y la disidencia.

A los sinodales:

Georgina Calderón, por sugerencias y comentarios, y por incentivar la lectura y reflexión dentro y fuera del aula; también agradezco la confianza y por haberme permitido participar como becario en el Proyecto.

Anuar Malcon Álvarez, por sus comentarios y sugerencias, por lo aprendido y discutido en clases.

Manuel Ortega, por los pertinentes comentarios y sugerencias que me permitieron mirar por otros caminos. Agradezco también la confianza brindada para colaborar en algunos proyectos, por el compañerismo y la amistad.

Iván López Ovalle, por la lectura a profundidad, las críticas y sugerencias que permitieron fortalecer los argumentos de este trabajo.

A Fabián, no sólo por asesorar esta tesis, por el interés, dedicación y el respeto, por todas las horas de trabajo y revisión, por las fructíferas sugerencias, recomendaciones y críticas; también agradezco haberme permitido colaborar como Ayudante de profesor y guiar y orientar algunos temas en clase. Por toda la confianza brindada.

También agradezco al Programa de Apoyo a Proyectos para la Innovación y Mejoramiento de la Enseñanza (PAPIME) PE301113 “Territorialidades Múltiples. La geografía en la teoría social”, por hacerme partícipe y por la beca otorgada durante mi colaboración y para la elaboración de esta tesis.

A todos los que hacen de la lucha, la crítica y la reflexión, los medios para crear espacios más justos; para los que ven en las dificultades, las ganas de crear una nueva socialidad.

Por último, a todos los que han estado y están presos injustamente. A todos aquellos a quienes este sistema condena a una vida de encierro, más no de conciencia.

Reconocimientos

Primordialmente, a mi madre, por tu lucha cotidiana, por tu esfuerzo y dedicación; porque sin tus enseñanzas hubiera sido imposible transitar por este difícil camino. Por todas las batallas libradas, por las adversidades que me has ayudado a superar, por tus regaños, por tu amor.

A mi hermana, por tu empeño y paciencia, por ser una guía y un ejemplo. Por las interminables discusiones y por todas las noches de desvelo.

A mi coma, por tu alegría y cariño. Por todas las travesuras y risas compartidas, por hacerme parte de tu vida.

A mis tíos Homero e Isaías, por su apoyo y sus enseñanzas. Por ser el claro ejemplo de que el esfuerzo siempre da frutos.

A mis primos, Johannes, Chay y Homero, por su incondicional apoyo, por lo vivido y por lo que sigue.

A Patricia, por tu compañerismo y apoyo.

A Benjamín, Claus, Keren, Cristo, Tafoya, Vivó, Yátzil, Óscar Omar, Obed, Romo, Andrés, Memo, Alan, Ñeric, Lalo, Octis, Appo, Iríl, Julio, Édgar, Ana Karen, Luis Ángel, Nacho, Bolaños, Adrián, Chiwis, Dany, Diego Antonio, Ramón, Ociel y a todos ustedes, amigos y compañeros, gracias por los momentos, por la fiesta, la lucha, el apoyo, la solidaridad, por las buenas y malas experiencias. Gracias por todas las vivencias.

“La ciudad capitalista se basa no ya en la subordinación del campo a la ciudad, como en el caso de la ciudad burguesa, sino en la subsunción total de lo rural a lo urbano, en la sujeción, la explotación, la destrucción incluso, el campo en beneficio de la ciudad. La gran ciudad es [...] un ‘parásito’ que se constituye en la negación absoluta de lo rural. [...] en la ciudad capitalista se refleja la tendencia a reconstruir todo el planeta bajo la forma de ciudad, de hacer la ciudad absoluta o ciudad total y convertir al campo en mero intersticio del espacio citadino. Se trata de la negación de las formas de vida del campo en cuanto tal. El campo pasa a ser en definitiva una proyección del espacio citadino, al que ha sido subordinado totalmente sin autonomía. Sus planes de subsistencia los recibe ahora directamente de la ciudad, ya no tiene un modo propio de organizar la producción y el consumo sino que todas sus iniciativas son indicaciones impuestas u obligadas por la ciudad. [...] La gran ciudad capitalista no respeta la especificidad del campo sino que lo tiene como entidad técnicamente sustituible que puede ser producida a partir de las necesidades citadinas.”

Bolívar Echeverría en “Modelos elementales de oposición campo-ciudad. Anotaciones a partir de una lectura de Braudel y Marx”.

Índice

Introducción.....	1
Capítulo I. La violencia y el campo.....	9
1.1. La cuestión de la violencia.....	10
1.2. La subordinación campo-ciudad.....	23
1.3. De la Industrialización por Sustitución de Importaciones al Neoliberalismo.....	37
Capítulo II. Territorio y superexplotación, formas de despojo.....	53
2.1 Producción y apropiación del espacio: el territorio.....	54
2.2 El despojo como medio de acumulación del capital.....	63
2.3 El Estado en el proyecto neoliberal.....	73
Capítulo III. Reproducción desigual del capital.....	87
3.1 Desarrollos geográficos desiguales.....	88
3.2 Diversas desigualdades.....	98
Consideraciones finales.....	124
Referencias bibliográficas.....	128

Introducción

Para las ciencias sociales es primordial, cuando menos, intentar comprender el funcionamiento del modo de producción capitalista, pues éste abarca prácticamente todos los procesos y formas de producción y reproducción social. El capitalismo no ha sido un modo de producción estable ni homogéneo, sino que ha estado conformado por diversas fases a través de las cuales ha desdoblado su capacidad productiva y, por lo tanto, transformando las formas de consumo. La Revolución Industrial, el fordismo y el toyotismo son solo algunos ejemplos de estos cambios decisivos, rápidos o no, en los procesos productivos. Así, la historia del capitalismo está llena de cambios, de transformaciones. En este sentido, las condiciones actuales de producción, consumo, formas de vida y de reproducción social no surgieron de forma aislada, sino que son el resultado complejo de condiciones históricas e intereses sociales específicos.

En esta tesis no pretendemos, de ninguna manera, explicar el funcionamiento completo del capitalismo, ni de concluir cómo es que han resultado las condiciones actuales a través de los procesos históricos. No es que la historia y sus múltiples procesos sean la determinación de la realidad social actual, sin embargo sí es uno de los parteaguas que nos brindan las herramientas necesarias y nos pueden permitir aproximarnos a esta complicada tarea.

Para la geografía ha sido de poco, aunque cada vez de mayor interés, ver cómo las formas de reproducción capitalista van modificando la espacialidad social. Nuestro punto de salida no es desde las visiones de la geografía tradicional, sino de los aportes y los vínculos entre la teoría social crítica y la geografía. Partimos pues, de la propuesta de Lefebvre (1976a; 2013) de la producción desigual del espacio. Consideramos que, sobre todo en los tiempos actuales de la mundialización, se vuelve necesario continuar estudiando detenida y detalladamente las formas de reproducción capitalista, pues aquellas que se creían conocidas y estudiadas se van transformando y renovando; además, a partir de ellas, podemos comprender de mejor manera las configuraciones sociales y políticas actuales.

Es preocupante que no sólo los geógrafos, sino en general los jóvenes y los estudiantes actuales prestemos poca atención a las problemáticas sociopolíticas como temas de

investigación. Y no es que otras temáticas u otros campos de estudio no sean importantes, sino que, las deplorables condiciones de vida y laborales nos urgen voltear a verlas. Esto sólo muestra el desinterés generalizado por las condiciones políticas y la preocupación individualizada de nuestro futuro colectivo; esta es una de las grandes victorias del capital, la fragmentación social.

De esta manera, es desde el interés de la geografía crítica por explicar la producción desigual del espacio, que ha implicado la profundización de las desigualdades sociales, y desde un interés particular por la situación campesina, que planteamos la cuestión de comprender cómo el campo a pesar de aparecer cada vez más como un lastre para el desarrollo y separado de los procesos urbanos, continúa siendo uno de los sustentos de las sociedades urbanas actuales. En este sentido, el interés y objetivo principal de esta tesis es explicar teóricamente las formas de subordinación de la ciudad hacia el campo, un proceso atravesado siempre por la violencia, y siendo una de sus formas principales el despojo, así como la espacialización social de este amplio proceso de subordinación.

Para lograr esto, recurrimos a diversas categorías de análisis que nos permiten acercarnos a nuestros objetivos. En el capítulo primero recurriremos al concepto de violencia como pieza fundamental de este trabajo que, aunque en ocasiones, limitada en su uso, permite anclar más elementos al análisis de la subordinación campo-ciudad. La violencia, cuyo sentido más recurrente es el más cerrado, es decir, el de la violencia física, visible y claramente identificable, tiene un trasfondo —el que principalmente recuperamos—, que es el que le da sustento a esta violencia visible: la objetiva. Ésta, es un tipo de violencia no visible claramente, pero que actúa permanentemente en las relaciones sociales cotidianas. La violencia objetiva es una condición propia del sistema capitalista, a la que recurre constantemente, sin embargo, no es una finalidad en sí misma, sino una mediación de sus propias relaciones sociales de producción.

Además de esto, en este apartado también ponemos en cuestión el mismo origen de la violencia que, según organismos internacionales como la Organización Mundial de la Salud (2002, 2003), es biológico e individual; para nosotros su origen está en lo social y en lo político, en las condiciones de desigualdad social; de ahí pues, que la causa de la recurrencia de la violencia la hallemos en la historia y no en la naturaleza. La violencia será

entendida no sólo como mediación en la reproducción capitalista, sino también como instrumento de insubordinación y rebelión. Su ejercicio recurrente tampoco le asigna un carácter de inevitable, pero en ocasiones de necesaria (Sánchez, 2013).

Nos referimos a que la subordinación del campo es tanto material como ideológica. Es necesario salir de los planteamientos dicotómicos entre el campo y la ciudad, y pensar más profundamente sus vínculos. Podríamos referirnos a la subordinación del campo al capital y en efecto lo es, pero a través de la intermediación de la ciudad. Así pues, a través de los procesos violentos de reproducción del capital se transfiere valor generado por el campo hacia la ciudad. Veremos cómo la escisión entre la producción y consumo abona a la desconexión aparente entre los procesos cotidianos urbanos y la producción campesina, subsumiendo así el valor de uso campesino ante el valor de cambio captado por la ciudad y, fundamentalmente por la agroindustria.

Cuando pensamos en el señalamiento de ciertos autores como Osorio (2004, 2006), acerca del deterioro de las condiciones de vida y laborales en función del desarrollo de las políticas neoliberales, lo hacemos siempre partiendo de un punto de comparación, en este caso, el desarrollismo, como ideología y proyecto económico, cuya base productiva fue el Patrón de Reproducción del Capital Industrial, también nombrado por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), como Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), y que para el caso de México se caracterizó por condiciones laborales estables, beneficios sindicales, prestaciones salariales y amplios sistemas de salud, todos éstos proporcionados por el Estado y sustentados a través de sólidos pactos sociales y políticos posrevolucionarios. El auge productivo y la autosuficiencia alimentaria, a pesar de los vicios del corporativismo estatal, se lograban permitiendo la reproducción social de grandes masas de trabajadores y jornaleros. Esto no significó que las condiciones previas al neoliberalismo fuesen las mejores, que no hubiese desigualdades o explotación, sino que la reestructuración capitalista ha implicado la profundización e intensificación de estos procesos.

La configuración social, la correlación de fuerzas y los intereses políticos que prevalecían en aquel momento de industrialización y que mantenían controlado y subordinado al campesino a las fuerzas estatales, se han reestructurado, dirigiendo dicha

subordinación hacia el control privado agroindustrial. Los antiguos pactos sociales que permitieron el corporativismo estatal se han fracturado. Hoy vemos que la reproducción desenfadada y desregulada del capital, más no sin la intermediación estatal, deja sin hogar a familias enteras, mantiene con hambre a miles de personas y reduce constantemente el poder adquisitivo del salario¹.

Veremos en el segundo capítulo, cómo es que con el establecimiento nuevo patrón de especialización productiva (Osorio, 2012) y con el neoliberalismo como bandera, se han acentuado las prácticas de despojo, convirtiéndose en una práctica cotidiana, de la que el Estado también es partícipe. Ha sido también a partir de éstas consideraciones en las que el territorio, como categoría de análisis, ha adquirido mayor relevancia. El territorio, como la apropiación política de un espacio, ha funcionado como una especie de respuesta organizativa al despojo, principalmente de comunidades indígenas y campesinas (Rubio, 2006), aunque no exclusivamente.

Este proceso cotidiano —el despojo—, sin embargo, se ha diversificado y ampliado hasta formas y prácticas poco evidentes, pero igualmente cotidianas, como el trabajo. Así, explicar y evidenciar estos amplios procesos de expropiación se realizará a través de dos categorías fundamentales: por un lado, la de superexplotación del trabajo y, por el otro, la de *Homo sacer*. Dos categorías primordiales que, de forma combinada, nos permiten entender primero, que existen formas específicas de reproducción del capitalismo, por lo que no en todos los lugares la superexplotación del trabajador tiene la misma intensidad y, segundo, que precisamente estas diferencias son las que permiten que en ciertos lugares se exprese con más vigor. Lo anterior, nos permitirá explicar las formas en que el trabajador es superexplotado, de tal manera que, como plantea Osorio (2006; 2007; 2009), éste puede ser visto como el moderno *Homo sacer*.

Estas son algunas formas profundas de despojo en las que la extracción de plusvalor del trabajador es llevada a sus procesos más violentos y menos evidentes.

¹ Véase *México: Fábrica de pobres. Cae 77.9% el poder adquisitivo*. Disponible en línea en: <http://cam.economia.unam.mx/mexico-fabrica-de-pobres-cae-77-79-el-poder-adquisitivo-reporte-de-investigacion-116/>

Son estos procesos renovados y reconfigurados a las necesidades y capacidades actuales del capital los que van dinamizando sus formas de reproducción. En estos procesos de reconfiguración de las estrategias del capital es de suma importancia hacer notar la función que cumple el Estado; sus prácticas son tan importantes y fundamentales, como lo son las del capital. Sería por lo tanto insuficiente pensar sólo en uno u otro —capital o Estado—. En la transición de lo que se nombró como desarrollismo al neoliberalismo, hubo también cambios en las características del Estado, por lo que hemos de hablar entonces, de la transición de un Estado desarrollista, a uno de tipo neoliberal. En este sentido, hablaremos de la reestructuración del Estado, no de su debilitamiento. No ha existido tampoco esa crisis estatal de la que tanto se habla, por el contrario, proponemos pensar que ha sido la fuerza y solidez estatal la que ha permitido la implantación del neoliberalismo (Pradilla, 2009), a través de la legalización de los procesos de despojo y la intensificación de la superexplotación.

En este segundo apartado, a diferencia del primero, en el que analizamos las características transitivas del Estado, reflexionamos en torno al rol que toma éste en el proyecto neoliberal. Decidimos plantearlo de esta manera pues así podemos observar primeramente sus características previas a las actuales y, posteriormente, su reconfiguración en función de la reestructuración capitalista y la materialización social que esto representa.

Debemos pensar lo político, económico y social no como “esferas” que podamos separar y unir indistintamente. Lo político y lo económico, o el Estado, mercado y sociedad, tienen una inseparable conexión, son tres dimensiones sociales intrínsecamente unidas que configuran la realidad social. Partiendo de este planteamiento, es inevitable que pensemos en la reestructuración capitalista del desarrollismo al neoliberalismo, sin la parte estatal.

Uno de los intereses principales de este trabajo está en mostrar la forma en que la configuración y reestructuración histórica del capital y el Estado, la renovación de las formas de acumulación y las formas de explotación, todos procesos atravesados por la violencia, van conformando a su paso los desarrollos geográficos desiguales. Para explicar éstos, que son una propuesta teórica que tiene su origen en ciertas corrientes de la geografía, recurriremos también a planteamientos previos que, a través del análisis del desarrollo histórico del capitalismo, explican las condiciones desiguales en que opera y genera éste; la teoría de la dependencia y, específicamente, la tesis del *desarrollo del subdesarrollo* de Gunder Frank

(1967; 1994) —que marca el inicio en el debate de la teoría de la dependencia—, serán algunos referentes desde los cuales partiremos para aproximarnos a explicar las condiciones actuales de desigualdad y subordinación campesina. Este proceso de desigual reproducción capitalista, hemos de abordarlo en el capítulo tercero.

La reproducción heterogénea del capital produce espacios desiguales, que serán abordados a partir de la triada de la producción del espacio de Lefebvre (2013): las prácticas espaciales, la representación del espacio y los espacios de representación. Será necesario entender que el capital requiere de la expansión en y del espacio. Analizaremos al espacio no como materia inerte o pasiva, sino como una mediación y producción.

La conformación de los desarrollos geográficos desiguales la vemos en esas múltiples desigualdades campesinas de aquello a lo que se le denomina, de forma general, como “el campo mexicano”. De manera complementaria y con la finalidad de ejemplificar y facilitar la explicación de ciertos procesos que abordamos en esta tesis, realizamos distintos trabajos de campo en diferentes sectores del agro mexicano. Los testimonios recuperados para este trabajo, son una parte constitutiva importante del mismo, prescindir de ellos sería intentar hacer una explicación mucho más ajena a la realidad social. Recurrimos a estas herramientas metodológicas, pues permiten acceder a ciertas historias y experiencias particulares, que son también el resultado de determinados procesos globales. En este sentido, la multiescalaridad de los procesos permite entrelazar las distintas magnitudes de cada uno de ellos.

A través de estos recursos buscamos poner de manifiesto el actuar del capitalismo de forma diferenciada y la profundización de estas mismas. Pretendemos explicar las formas en que las desigualdades son el motor que permite el avanzar del capital, los cambios en amplio sentido que ha habido en la transición del desarrollismo al neoliberalismo y la forma en que estos procesos se han vivido y viven en distintas realidades campesinas.

Los ejemplos de trabajo de campo a los que recurrimos son cuatro, y cada uno de ellos corresponde a situaciones campesinas diferentes en distintos estados del país. Los primeros dos, muestran la situación de productores frijoleros en Zacatecas y de caficultores en Veracruz, respectivamente. Frijol y café, son dos granos que, por su importancia, muestran y permiten explicar los distintos procesos de subordinación por los que ha atravesado el agro

mexicano. Ambos testimonios fueron obtenidos en trabajo de campo de dos distintos proyectos de la organización El Barzón², en los cuales colaboramos. Seleccionamos estos dos ejemplos por dos motivos principalmente: el primero y más significativo, que tanto el frijol como el café, son dos cultivos importantes a nivel nacional. El frijol, ocupa el cuarto lugar en cuanto a producción nacional, con un 3% de la producción total de granos básicos, detrás del maíz, sorgo y trigo (Sagarpa *et al.*, 2011), además de ser México el quinto productor mundial (Secretaría de Economía, 2012). En cuanto al café, si bien no es un grano básico, es representativo tanto por el número de productores que, según la Sagarpa³, suma más de 500 mil a nivel nacional, como por los ingresos recibidos por la producción y comercialización; de acuerdo con la Amecafé (2012), el aromático ocupa el tercer lugar en importancia en cuanto a la superficie cosechada, sólo detrás del maíz y el sorgo. Además de esto, según esta misma Asociación, México es el octavo exportador a nivel mundial. En segundo lugar, fueron seleccionados por la disponibilidad de uso de los datos.

Los otros dos ejemplos fueron, por un lado, entrevistas realizadas en el estado de Guerrero, en los cuales se seleccionaron a campesinos de mayor edad y con varios años de experiencia, principalmente, de tal forma que pudiéramos tener un panorama más amplio sobre los cambios en la producción en función de la reestructuración del capital; y, por el otro, la recuperación de entrevistas realizadas en prácticas escolares en el estado de Oaxaca.

De esta forma, podemos tener al menos dos grandes perspectivas del “campo mexicano”, en primer lugar, de un campo productivo en términos económicos e incluso con capacidad exportadora y, en segundo lugar, de un campo cuya producción es básicamente de autoconsumo. Esto nos permitirá mostrar distintas materialidades de un mismo proceso de reproducción del capital. Veremos distintos matices de las realidades campesinas.

Es pertinente aclarar dos cuestiones importantes: primero, que los ejemplos vertidos en este trabajo no necesariamente suceden en todo el campo mexicano, ni colocarlos como estudios de caso específicos, sino de recuperar cualitativamente estas experiencias representativas, de distintas situaciones que se viven el agro mexicano. En segundo lugar,

² A la que agradezco por las facilidades brindadas para la utilización de los datos y testimonios.

³ Información disponible en línea en:

<http://www.sagarpa.gob.mx/agricultura/Documents/Cultivos%20Agroindustriales/Impactos%20Caf%C3%A9.pdf>

que por cuestiones de respeto a la identidad, los nombres de los encuestados y entrevistados en cada uno de estos ejemplos, serán cambiados por pseudónimos.

Los alcances de una reflexión nunca llegan a un punto final, y este trabajo no fue la excepción. Durante el proceso de redacción de esta tesis hubo ciertos elementos teóricos que nos llevaron a repensar y replantear el acercamiento a nuestra problemática de estudio. Asimismo, la revisión y comentarios del sínodo nos permitieron abrir nuevos caminos por los cuales es posible acercarse a un mismo problema. Este proceso resulta sumamente fructífero, pues nos brinda nuevos elementos que nos permiten ampliar el panorama en el análisis social. Al mismo tiempo representa la complicada tarea de sumar nuevos elementos de análisis que se articulen de la mejor manera posible a lo previamente trabajado. Así sucedió fundamentalmente en el tema de la cuestión campesina y la superexplotación. Advertido lo anterior, invitamos a su lectura.

Capítulo I

La violencia y el campo

“¿Y dónde empieza la violencia?”

Empieza desde que nacemos en esos ghettos de impotencia, en la carencia de toda oportunidad, la violencia de verdad es la ciudad de la ocurrencia.”

Portavoz, “Dónde empieza”.

La transición del desarrollismo al neoliberalismo, que en México fue a principios de la década de los ochentas, trajo consigo múltiples cambios tanto en las formas de producción y consumo, como en las formas de reproducción social; con estos cambios se han intensificado las formas de explotación del trabajo, deteriorando constantemente las condiciones de vida y laborales. La condición del campo mexicano no ha tenido un rumbo distinto; la situación campesina tuvo un brusco giro, pasando de una subordinación incluyente, a una de tipo excluyente.

Para analizar e intentar explicar esta situación, proponemos partir del concepto de violencia. Partimos también de la idea de que ésta no es una finalidad, sino un instrumento, y como tal, es reproducida de diversas formas. Como instrumento media las formas históricas de reproducción capitalista, de manera tal que facilita y garantiza, en la medida de lo posible, dicha reproducción. La subordinación del campo es a través de la ciudad, pues ésta es el centro predilecto de acumulación del capital y la mediación que permite extraer valor del campo; la subordinación está mediada entonces por formas múltiples de violencia, sean éstas visibles o no.

1.1 La cuestión de la violencia

Al hablar de violencia, podemos hallar distintos significados que, si revisamos con detenimiento, podemos notar que de forma general, nos remiten a pensarla en un solo sentido; para muestra haremos un breve recorrido de algunas definiciones del concepto de violencia encontradas en distintos diccionarios y enciclopedias:

1) “Condición o comportamiento de quien usa la fuerza para alcanzar sus fines, imponerlos o hacerlos valer, etc. ▪ fuerza que así se ejerce” (Diccionario del Español de México⁴);

2) “Fuerza o ímpetu en las acciones, especialmente en las que incluyen movimiento.”
▪ “La fuerza que se le hace a alguna cosa, para sacarla de su estado, modo o situación natural.”
▪ “La acción violenta, o contra el natural modo de proceder” (Diccionario de la Lengua Castellana, 1791: 847)⁵;

3) “La violencia que se ejerce respecto de nosotros para obligarnos a un acto, puede ser física o moral. [...] la violencia es el ímpetu o fuerza de cosa mayor que no se puede repeler. Cuando es física no hay consentimiento y, por tanto, tampoco convención. Cuando es moral, por el contrario, es decir, cuando no obliga a hacer alguna cosa por miedo a exponernos a un mal con que se nos amenaza, no se puede decir que no haya consentimiento.” (Enciclopedia Universal Ilustrada, 1929: 208);

4) “Acción contraria al orden o a la disposición de la naturaleza” ▪ “Acción contraria al orden moral, jurídico o político” (Diccionario de filosofía, 1982: 1190);

5) “La noción de violencia ha sido usada también, y sobre todo, para referirse a actos ejecutados por seres humanos, tanto en sus relaciones interpersonales como, y sobre todo, en sus relaciones sociales. Desde el momento en que se constituye una comunidad humana y en particular desde el momento en que se constituye un Estado, con un aparato de gobierno, aparece el fenómeno de la violencia, ejercida por los que detentan el poder: «una historia

⁴ Versión electrónica.

⁵ Versión disponible en línea en:

https://books.google.com.mx/books?id=RyqbspghF1wC&printsec=frontcover&hl=es&source=gb_s_ummmary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

implacable realista muestra o parece mostrar que la violencia se halla en el origen mismo del poder del Estado, que es inseparable de él [...]» (Diccionario de Filosofía, 2004: 3701); y por último,

6) En la Enciclopedia Oxford de Filosofía (2001: 1028), no aparece una definición de violencia, pero sí de violencia estructural, de la que se señala que: “[...] implica una interpretación amplia de la violencia encaminada a mostrar que su amenaza está presente de modos institucionales incluso cuando ninguna violencia literal o estricta ocurra. La violencia estructural no comporta agentes que inflijan daño por la fuerza, pero es equivalente a la injusticia social. Aparte de su potencialidad para la confusión, un problema clave con este concepto es su oscura sugerencia de que una variedad de problemas sociales aparentemente bastante diferentes son todos esencialmente lo mismo y conducirán, por tanto, a una sola explicación”.

En general, refieren a la violencia como el ejercicio de la fuerza física, lo que, como he mencionado, nos conduce por el camino de la violencia como un acto visible.

La violencia se ha vuelto un tema popular en todos los sentidos, su mayor uso se hace notorio tanto en la academia como en las relaciones cotidianas; cada vez más se populariza el uso de la violencia como categoría explicativa, descriptiva o de análisis, sin embargo, “pocos y cada vez menos se preguntan críticamente ¿qué es, cómo opera y a quiénes beneficia la violencia?” (Korstanje, 2011: 370). Su uso vulgar no ha implicado una apertura de su significado, pues como hemos de notar, usualmente nos remite a la idea del uso de la fuerza física.

Pensando sobre todo en la violencia social, usualmente miramos a ésta como una manifestación irracional y sin sentido que ataca y transgrede a la paz pública, agraviando el orden “natural” y la “normalidad” de las cosas, en otras palabras, la violencia es una amenaza a las formas de vida cotidianas. No obstante, a pesar de ser fácilmente identificable, señalada, condenada y, por supuesto, castigada, vemos cada vez más manifestaciones de dicha violencia (visible). En este sentido, habremos de reflexionar acerca de qué tan irracionales son estas muestras de violencia. Toda vez que éstas se incrementan paulatinamente —por ejemplo en las manifestaciones y protestas sociales—, se vuelve más fácilmente condenable

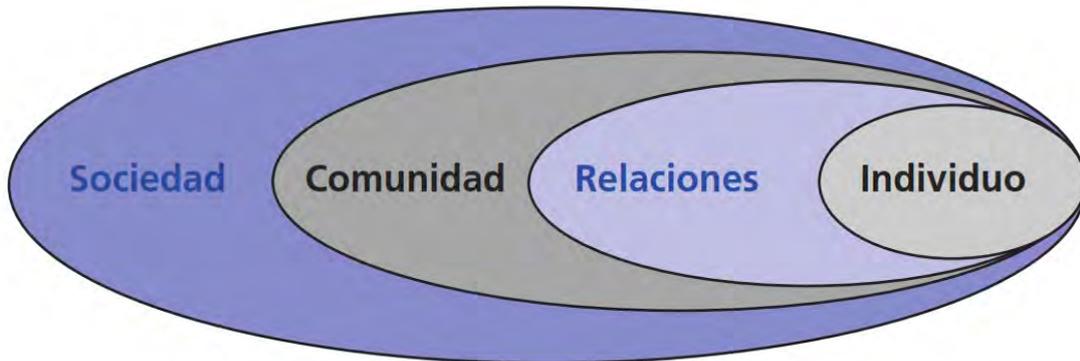
dicha violencia, ocultando aún más a otro tipo de violencia, aquella que no es claramente visible —la que forma parte de la cotidianidad social, por ejemplo—. Se vuelve condenable en tanto que como violencia explícita no parte de una clara finalidad, es decir, que está operando como una violencia no sinsentido, sino desorganizada.

En el año 2003, la Organización Mundial de la Salud (OMS) publicó su *Informe mundial sobre la violencia y la salud*, en el que además de señalar a la violencia como un problema de salud pública, se establece una tipología y una definición de la violencia. De acuerdo con este documento, la violencia se define como: “El uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho o como amenaza, contra uno mismo, contra otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones” (OMS, 2003:5). Dicha definición, empata con los conceptos previamente señalados. Es innegable la influencia de la OMS, que al ser una institución rectora a nivel internacional, puede ejercer sobre los enfoques de estudio y abordaje de la problemáticas sociales, como el de la violencia.

En dicho *Informe*, se menciona que “Investigaciones recientes indican que aunque determinados *factores biológicos y otros elementos individuales explican parte de la predisposición a la agresión*, más a menudo interactúan con factores familiares, comunitarios, culturales y otros agentes externos, para crear una situación que favorece el surgimiento de la violencia”⁶ (OMS, 2003: 3). Asimismo, explican las raíces de la violencia, a partir de un *modelo ecológico* en el que, como se observa en la Figura 1, existen cuatro niveles que explican el origen de la violencia. Mirar a la violencia como un problema de salud pública, fomenta y abona a la idea de la violencia como actos irracionales y sin sentido que alteran y dañan el “orden natural” de las cosas y, en el peor de los casos, el de su naturalización.

⁶ Cursivas propias.

Figura 1. *Modelo ecológico para comprender la violencia.*



Fuente: OMS, 2002.

Este enfoque de salud, además, justifica la naturalización de la violencia y, evidentemente, el de la necesidad de la intervención estatal, para su control y prevención. Naturalizar la violencia se vuelve una cuestión sumamente grave, pues toda vez que ésta se ve como innata, es necesario su control. En los detalles está lo más tramposo aún, pues como el mismo *Informe* muestra, las zonas más violentas se hallan en la región latinoamericana y africana, principalmente, lo que en otros términos significa que la pobreza se torna en conflictos y violencia. En este sentido, si partimos de la idea de que la biología y el individuo son las raíces de la violencia, entonces tanto la violencia como la pobreza, toda vez que son “naturales”, requieren indefectiblemente de la intervención estatal e internacional para su control. Si bien se señala el origen de la violencia como multifactorial, se considera al biológico e individual como el primer nivel, posicionándolo como el factor *interno*, originario y principal, convirtiendo al resto de los niveles, como factores *externos* (véase figura 1). Para este tipo de enfoques, la violencia y la pobreza tienen una relación directa, en la que sus orígenes no están en lo político ni histórico, sino en el plano biológico.

Señalar que la violencia “siempre ha estado presente [y que es] un rasgo distintivo de la civilización” (OMS, 2003: 3), es acorde con la idea de la violencia como un acto natural, pero contradictorio con el planteamiento de que adquiere “comportamiento agresivos y antisociales” (OMS, 2002: 22). Esta contradicción ayuda a pensar que más que ser una cuestión biológica, la violencia es una cuestión inherente a lo social y político.

Empezaremos por tratar de darle mayor apertura al concepto de violencia; pero primeramente debemos definir qué es la violencia; recuperamos para ello, el concepto del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez (2013), quien entiende por violencia “la aplicación de diferentes formas de coerción, que llegan hasta las acciones armadas, con el objeto de conquistar o mantener un dominio económico y político o de conseguir tales o cuales privilegios” (Sánchez, 2013: 453), y asimismo aclara que “la violencia no es la fuerza en sí, o en acto, sino el uso de la fuerza” (Sánchez, 2013: 447). Este es el concepto general de violencia del cual partimos.

Aunque la violencia, efectivamente, es aquella que vemos explícitamente manifestada en las guerras, asesinatos, las violaciones, los ataques terroristas, o incluso ligeramente más sutil en la llamada violencia de género, la homofobia, el racismo o el sexismo, existen otros tipos de violencia cuya manifestación no es claramente explícita y que, sin embargo, existe. Es menester entender la violencia desde otros términos. Para ello, identificaremos, a partir de Žižek (2010a), dos tipos primordiales de violencia, por un lado la *violencia subjetiva*, que es aquélla en la que vemos una alteración de la «normalidad», que es claramente visible y en la que fácilmente se puede identificar al perpetrador de dicha violencia. Por el otro lado, la *violencia objetiva*, que es aquella no atribuible a los individuos concretos, sino que es sistémica y «anónima», pero que es la base y el sostén explicativo de lo que alcanzamos a ver como manifestaciones de violencia subjetiva (Žižek, 2010a).

La violencia no es una finalidad, aunque a veces así parezca; es una mediación, un recurso al que apelan distintos sectores de clase con la finalidad de alcanzar ciertos objetivos. Usualmente es señalada y condenada, por sobre todas las cosas, por sus manifestaciones y consecuencias, sin embargo, valdría la pena dejar de pensar sólo en sus manifestaciones y consecuencias y voltear más hacia su finalidad, lo que mueve la violencia.

La violencia estructural, violencia sistémica y violencia objetiva, son conceptos que, aunque similares, hay elementos que los diferencian uno de otro. De manera general, se entiende a la violencia sistémica como aquella que es inherente al sistema capitalista, es decir, que está en las formas en que se reproduce; la objetiva, tomada de Žižek (2010a), que hace referencia a que pasa por la subjetividad, no depende de ésta, sino que depende de las condiciones objetivas del capitalismo; y la violencia estructural, que se refiere a un tipo de

violencia cuyas determinantes radican en la propia estructura social y económica, pero que al mismo tiempo es histórica. Sin entrar en mayor discusión y a fin de evitar confusiones, en este trabajo las utilizaremos ocasionalmente como sinónimos.

Existe una clara dificultad en tratar de conceptualizar y entender a la violencia no sólo como aquellas manifestaciones visibles, sino también a aquéllas a las que en ocasiones no se les presta suficiente atención pero que, son expresiones de otras formas diversas de violencia, cuyos fundamentos pueden ser incluso más profundos.

Bajo la lógica impuesta del sistema capitalista la “normalidad” es que los sujetos no actúen violentamente, siendo casi cualquier expresión de violencia rechazada, señalada y castigada por el sistema judicial. Por esto, es necesario romper con el esquema tradicional de lo que comúnmente entendemos como violencia; nuestro análisis y discusión intentarán ir más allá del plano de la violencia subjetiva, intentando así, adentrarnos a la discusión de lo que se entiende como violencia estructural. Parte de la dificultad de razonar y entender a la violencia objetiva, radica en no poder identificar claramente y a primera vista a un agresor o perpetrador de dicha violencia; sin embargo, reflexionar en torno a la violencia objetiva será crucial en este trabajo, de tal forma que partiremos de la premisa de que este tipo de violencia, la objetiva, es el sostén de la violencia subjetiva. Para el capitalismo es condenable casi cualquier forma de violencia que atente contra la legalidad y el orden establecido de las cosas, sin embargo, como hemos de ver, existen otras formas, igualmente violentas, de las que requiere el capital para su reproducción.

Es necesario preguntarnos entonces, qué es lo que identificamos como violencia estructural y cómo y para qué se reproduce este tipo de violencia. La violencia estructural es generada principalmente por las necesidades del capital de reproducirse aceleradamente, su constante expansión y ampliación de sus formas de reproducción. En este sentido, vemos algunas manifestaciones de violencia estructural en las enormes desigualdades sociales, en el despojo institucionalizado y legalizado, en la pobreza, en el sistema patriarcal, en la visible desigual distribución de riqueza, en la segregación espacial, la gentrificación, el ordenamiento territorial, y en un sinnúmero de fenómenos sociales más que, bajo el principio básico y el enfoque ideológico dominante de lo que es violencia, éstas no se enmarcan bajo este concepto, sino que son cuestiones “normales” e inevitables de la dinámica social.

La violencia estructural es un proceso del cual, no siempre se tienen manifestaciones —más o menos— claras, como las anteriormente citadas; por ejemplo, no es fácil notar cómo hay violencia contenida en las largas jornadas de trabajo y el plusvalor generado. A pesar de eso, hay una violencia contenida no únicamente en las jornadas de trabajo mal remuneradas y en el plusvalor acaparado por los dueños de los medios de producción, sino el propio trabajo, bajo la lógica capitalista, que lo sitúa ya no como el medio de recreación y reproducción social, sino como un medio de sobrevivencia; es decir, que el trabajo por más intenso y eficiente (en términos productivos) que se ha vuelto, cada vez impide más la reproducción social.

No obstante, estas formas de violencia permanecen ocultas e invisibilizadas discursivamente, pues como hemos señalado, se asumen como cuestiones “normales” de la cotidianeidad social. Existe un discurso generalizado en cuanto a qué es y qué no es violencia, que contribuyen a dar legitimidad, señalar y castigar las formas de violencia subjetiva y a ocultar aún más los procesos que la generan y la motivan, es decir, que se encubre la violencia que media las relaciones de producción capitalista.

La violencia en todos los sentidos, es decir, tanto objetiva como subjetiva, es parte de un proceso y al mismo tiempo una mediación. No obstante, en muchas ocasiones se afirma tautológicamente que “hay violencia porque hay violencia”, precisamente asumiendo que ésta es inevitable y que entra en un ciclo, en el que la violencia genera más violencia. Adolfo Sánchez Vázquez (2003) menciona que “La violencia no existe en sí y por sí, como si fuera un fin en sí mismo. [...] no existe la violencia por la violencia real, efectivamente existe la violencia como medio al servicio de un fin con el cual pretende justificarse. Tiene por tanto, la violencia, un carácter instrumental, como medio para alcanzar determinado fin [...]”. La violencia aparece supuestamente como una finalidad, de tal forma que oculta su carácter de mediadora. Se ha convertido en un **proceso instrumental**, por medio del cual se buscan alcanzar la constante reproducción del sistema capitalista.

La violencia objetiva, es la base o el sostén de la violencia subjetiva, es decir, la violencia estructural es un primer proceso (primordial) del sistema capitalista mediante el cual busca garantizar su reproducción, además de mantener cierto “orden” y “normalidad” de la vida cotidiana; la violencia estructural es la materia invisible que sostiene a la violencia

visible —es por esta razón que, aquello a lo que en ocasiones se le señala como muestras absurdas y sin razón de ser de violencia, no son sino muestras de violencia subjetiva, cuyo fundamento es objetivo⁷, y que además poseen una finalidad—; de esta manera, cuando la violencia estructural resulta insuficiente para mantener ese “orden” o para asegurar la reproducción del sistema capitalista, se recurre indudablemente a la violencia directa⁸, “[...] la experiencia histórica demuestra que cuando se halla en peligro la existencia de la clase dominante, ésta no vacila en recurrir a las formas violentas más extremas incluso al terror masivo, pues ninguna clase social está dispuesta a abandonar voluntariamente el escenario de la historia” (Sánchez, 2013: 453).

Ver más allá de las consecuencias de la violencia implica pensar en la violencia objetiva como pilar de la subjetiva; es pensar entonces que la violencia directa no existe *per se*, sino en función de las formas generadas en el proceso de reproducción de la producción capitalista. En este sentido, Osorio (2011: 57) explica que

El horror de esta violencia [directa] privilegiada por los grandes medios permite encubrir la violencia [objetiva], la establecida, aquella que como producto de las relaciones sociales de explotación y dominio imperantes provoca no sólo agravios morales diversos, humillaciones, desnutrición, desempleo, sino también muertes en el mundo de los *paupers*, sea por exceso de trabajo y bajas remuneraciones, sea por ausencia de trabajo y lanzar a la mendicidad y al hambre a niños y adultos. Es aquí donde la relación capital-violencia alcanza su más recóndito sentido, no como un vínculo exterior de entidades que en ciertas circunstancias se topan, o encuentran, sino en donde el capital mismo es violencia. Más aún, en tanto delito grave repetido y reproducido, el capital es crimen, un crimen rigurosamente organizado, que sin embargo la legalidad imperante desconoce como tal y, peor aún, alienta y propicia. Es crimen la apropiación de trabajo ajeno y el sometimiento de los trabajadores al despotismo y férrea coerción del capital, que impide salir su círculo

⁷ Existe una amplia discusión teórica y filosófica en cuanto a lo *objetivo* y *subjetivo*; no profundizaremos en esta discusión, sin embargo partimos de la idea de una relación dialéctica entre ambas cuestiones, por lo que no hay una dependencia de uno al otro, sino una correlación.

⁸ Para nosotros la violencia directa es aquella violencia física, la agresión, es decir, la que atraviesa la corporalidad; la crítica a esta idea de violencia nos hace pensar que no es sólo este tipo de violencia la que pasa por el cuerpo, sino todas las formas de violencia. No obstante, esta forma de violencia no es exclusiva del aparato del Estado para garantizar la reproducción capitalista, a ella también recurren otros grupos y clases sociales.

y por ello, un día con otro hasta agotar sus vidas, deben subordinarse a su mandato y a las condiciones de vida inhumana e indigna.⁹

Ambos tipos de violencia responden a un mismo objetivo, la necesidad de reproducción del capital. Esta es la base de ambos tipos de violencia, sin embargo, la violencia no es una cuestión que se quede en lo abstracto, no es una entidad metafísica ni suprahistórica, sino que se ejerce sobre sujetos concretos, dotados de conciencia y cuerpo, al mismo tiempo que se halla condicionada histórica y socialmente (Sánchez, 2013); y son justamente estos sujetos sociales concretos quienes establecen sus fines, objetivos y alcances. De esta manera, la violencia (sobre todo la violencia subjetiva) está cargada de mensajes cuyo objetivo primordial y final es la conciencia; en ese mismo sentido, Sánchez (2013: 452) señala que “la violencia que se ejerce sobre [el] cuerpo no se detiene en él, sino en la conciencia”. Así pues, aún la violencia corporal más explícita que podamos encontrar, no tiene su finalidad en el propio cuerpo al que transgrede, como podría aparentar, sino en la conciencia personal, pero sobre todo en la conciencia del sujeto social y de la colectividad social, siendo la violencia sólo la mediación y el mensaje.

La violencia no es entonces la finalidad de ningún grupo social, sino una mediación que se instrumentaliza para garantizar y privilegiar ciertos intereses de clase. El cuerpo es atravesado por la violencia y es el objeto sobre el que se expresa, sobre el que se hace explícita, sin embargo, el objetivo de ésta no está en el objeto corpóreo individual o social, su finalidad radica más bien en la conciencia individual y colectiva; así lo explica Sánchez (2013: 542): “No interesa la alteración o destrucción del cuerpo como tal, sino como cuerpo de un ser consciente, afectado en su conciencia por la acción violenta de que es objeto”.

Adolfo Sánchez Vázquez (2003), señala algunas *verdades* y *falacias* de la violencia, de las que rescato algunas afirmaciones importantes que contribuyen a la crítica de lo que comúnmente se entiende como violencia:

- Verdades:
 - “Hay una perversidad intrínseca en toda violencia, considerada en sí o abstractamente que la hace indeseable pero, en la vida real, la violencia por

⁹ Cursivas del autor.

su carácter instrumental, es ambivalente, [es decir] que puede reafirmar y extender esa perversidad o puede contribuir a limitarla o trascenderla.”

- “Siendo indeseable, la violencia existe realmente, y se justifica política y moralmente cuando se cierran las vías no violentas o cuando la renuncia a esta vía no violenta traería una violencia mayor.”
- “Hay formas de violencia política como el terrorismo, que cualesquiera que sean los fines que se invoquen o su eficacia como medio, no se justifican política ni moralmente.”

- Falacias:

- “La de la llamada *espiral de la violencia*, según la cual, la violencia solo engendra violencia; con ella, se tiende a descalificar toda forma de violencia política aunque en realidad la que se descalifica es una forma específica de ella: la violencia armada, insurgente o revolucionaria.”
- “La de que la violencia es fatal e inevitable dada la naturaleza humana biológica, supuestamente agresiva del ser humano o bien naturaleza egoísta, competitiva por su naturaleza antropológica inmutable, atemporal y ahistórica. La primera, la de la naturaleza humana ha sido desmentida por la ciencia, y la segunda por la concepción del hombre como ser histórico y social, que demuestra que el egoísmo no corresponde a una naturaleza esencial inmutable o eterna del hombre, sino que corresponde a un tipo de sociedad como la capitalista, donde, de acuerdo con su estructura, domina justamente el egoísmo en las relaciones humanas.”
- “La de que la *no violencia* en las relaciones humanas podría alcanzarse exclusivamente por una vía no violenta, pacífica, la del discurso, el diálogo y la argumentación racional, sin tener en cuenta que los antagonismos sociales generan intereses particulares no generalizables, que interfieren negativamente en ese discurso, diálogo o argumentación racional.”

Históricamente la violencia ha acompañado al ser humano, siendo inclusive inherente a éste, toda vez que, como señala Sánchez (2013) la transformación de un objeto o de la

naturaleza, implica violentarlo; no obstante, lo importante de este planteamiento está en pensar cómo el capitalismo se apropia de ésta y la redefine en función de su finalidad. Y aunque la violencia es justamente una de las características que nos distinguen de los animales, no significa que tenga un carácter de inevitabilidad o perpetuidad.

La violencia al igual que el trabajo, son prácticas y procesos que marcan las diferencias que nos distinguen entre humanos y animales. En cuanto a esta cuestión, nuevamente Sánchez (2013: 446-447) hace referencia a que

[...] la transformación real, efectiva, exige que el objeto sea forzado o violentado, pues sólo así las posibilidades de transformación ínsitas en él, pueden realizarse. Pero estas posibilidades sólo existen como tales para el sujeto de la praxis, y únicamente se realizan mediante su actividad objetiva. Así pues, la transformación del objeto exige, por una parte, el reconocimiento y sometimiento de su legalidad, y, por otro, su alteración o destrucción. [Cuando] la actividad práctica humana se ejerce sobre un objeto físico, real y exige la alteración o destrucción física de su legalidad o de ciertas propiedades suyas, puede decirse que la violencia acompaña a la praxis. [...] En este sentido, la violencia es exclusiva del hombre en cuanto que éste es el único ser que para mantenerse en su legalidad propia necesita violar o violentar constantemente una legalidad exterior (la de la naturaleza).

En este sentido, la praxis a la que se refiere este autor, requiere forzosamente de un reconocimiento o de una actividad objetiva, o en otros términos de una capacidad de planeación¹⁰; ésta, requiere a su vez de una actividad de reflexión y de establecimiento de objetivos y fines. De esta manera, la violencia responde a fines y objetivos concretos — motivo por el que la propia violencia no puede ser una finalidad por sí misma—, y no a instintos; establecer finalidades, significa entonces, prefigurar en la conciencia el resultado de alguna actividad concreta humana (Sánchez, 1997). La violencia es una construcción

¹⁰ Sánchez (1997: 178), lo explica de la siguiente manera: “La finalidad como adecuación consciente a un fin es una categoría específica del ser humano, pero no concebido como naturaleza racional, abstracta, ideal a la manera kantiana, sino en su existencia efectiva, concreta, histórica. La finalidad se da en la conciencia y es la expresión ideal de una determinada relación entre el sujeto y el objeto que encuentra su culminación en la transformación del segundo por el primero, es decir, en la práctica. La transformación de la realidad supone un conocimiento de ésta. Pero la relación entre el pensamiento abstracto y la acción pasa por los fines que el hombre presupone. Los fines expresan idealmente determinada necesidad que sólo puede ser satisfecha transformando la realidad. Por ello, el fin no puede quedarse en su plano ideal, sino que exige ser realizado, materializado, para satisfacer la necesidad que él mismo expresa.”

social que, a modo de proceso, responde a determinadas finalidades previamente establecidas. La violencia instintiva, no es violencia por sí misma, es una acción de supervivencia.

La violencia ha acompañado al ser humano prácticamente desde su propia existencia; ésta ha sido un elemento importante que ha funcionado como instrumento en los procesos históricos más relevantes. Distinguimos al menos tres posturas claras en cuanto a la violencia, la primera corresponde a aquellos que consideran a la violencia como una constante inevitable en el desarrollo histórico de la humanidad; la segunda postura corresponde a quienes la consideran como un instrumento que deber ser utilizado únicamente para ciertas finalidades concretas; y la tercera, de aquellos, los más pacifistas, que consideran que la violencia no debería ser utilizada para ningún fin y por ningún motivo, consintiendo la idea de la *espiral de la violencia*.

Bajo el modo de producción capitalista actual, los sujetos no deben actuar violentamente, por el contrario, la tolerancia (prácticamente ante cualquier circunstancia) debe sustituir a la violencia. Pero bajo la ideología capitalista ¿Qué significa tolerar? Bajo esta premisa, la tolerancia significa aceptar la intolerancia del otro.

Como ya hemos mencionado, no todas las expresiones de violencia subjetiva son rechazadas ni sancionadas. El Estado ejerce el control monopólico y legítimo de la violencia; cumpliendo, de esta manera, el ejercicio de la violencia contra cualquier sujeto que haya actuado violentamente, con la finalidad de evitar que algún tipo de evento extraordinario altere las condiciones “normales” de convivencia social y ponga en riesgo la reproducción capitalista. Su control monopólico es, además del ejercicio de la fuerza física, a través de la conformación de un discurso que da legitimidad y sustenta a este uso monopólico.

Los apologistas de la tolerancia¹¹ caen en serias contradicciones cuando, por un lado, rechazan la violencia (subjetiva) pero son incapaces de ver otras formas de violencia —como la estructural—; a su vez, consideran que el diálogo es la única forma de dar solución a las

¹¹ Slavoj Žižek, en su libro *En defensa de la intolerancia* (2010b), realiza una crítica a aquellas posturas llamadas «progresistas» que rechazan cualquier forma de violencia (sin embargo para éstos, la violencia se refiere únicamente al concepto cerrado de violencia subjetiva), pregonando el diálogo, la multiculturalidad y primordialmente la tolerancia, como valores sociales que permitirán una mejor convivencia.

problemáticas y piden ser tolerantes ante cualquier situación, pero no toleran (ni tolerarían) la violencia revolucionaria o subversiva. Exigir tolerancia ante cualquier situación implicaría tolerar, por ejemplo, la violencia policiaca o militar, o la violencia estatal más cruda. Ser tolerante ante cualquier evento y en cualquier situación significa aceptar de forma sumisa, las condiciones sociales actuales, sería incluso como si creyéramos que las condiciones sociales son así “porque así deben ser”. Tienen, como premisa principal, el “vive y deja vivir”; pregonan el individualismo a través del aceptado discurso de la tolerancia y el respeto, sin embargo, no pueden ser tolerantes a las transformaciones —violentas o no— de las condiciones sociales que brindan confort a las clases dominantes.

El discurso de la tolerancia es, en apariencia, bastante “amable”; pregonan la no violencia e impugnan la violencia (subjetiva). Ocultan, de esta manera, las raíces de dichas formas de violencia, lo que a decir de Žižek (2010a), genera fenómenos propios que aborrecen, es decir, más violencia (subjetiva). Las vías legales se colocan como las legítimas y únicas, sin embargo, no es fortuito que cada vez se dude más en recurrir a éstas, cuando lo que vemos es su poco funcionamiento y efectividad; siempre que las vías legales y reformistas sean para el beneficio de determinadas clases sociales, se ha de recurrir, en mayor o menor medida, a formas violentas de cambios.

Los discursos hegemónicos como el de la tolerancia son violentamente intolerantes. A un sistema que se concretiza y utiliza la violencia como el principio de sus formas de reproducción, como es el capitalismo, no se le responde con tolerancia.

Debemos dejar de prestar toda nuestra atención a aquella violencia explícita que vemos diariamente difundida en los grandes medios de comunicación; es necesario prestar y concentrar nuestra atención y no perder de vista aquella violencia contenida en la miseria, el hambre, la prostitución, las enfermedades y la escasez, aquella violencia que pertenece a una más profunda y enraizada: la violencia de la explotación del hombre por el hombre (Sánchez, 2013). Esta es la razón objetiva de la violencia (subjetiva), o en otras palabras, ésta es a la que llamamos violencia objetiva.

La violencia ha sido recurrente en la historia de la humanidad, sin embargo el significado que le ha otorgado el capitalismo ha hecho que ésta se reproduzca en formas más

profundas pero menos evidentes. Sus formas de reproducción ocultan la violencia por la que están mediadas; pensar a la violencia en los términos en los que la hemos planteado nos permitirá ver las distintas formas de reproducción capitalista que subordinan el campo ante la ciudad. Continuaremos sin perder de vista que la violencia, como mediación, es el uso de la fuerza para satisfacer o mantener ciertos privilegios políticos o económicos de clase y cuya finalidad es garantizar la reproducción del capital.

1.2 La subordinación campo-ciudad

La naturalización de las diferencias sociales es uno de los discursos ideológicos predominantes bajo el modo de producción capitalista, es la forma de explicar por medio de la “rigurosidad científica”, las desigualdades sociales; así, discursos como el de la OMS (2003) normalizan las desigualdades. Cuando este discurso no se presenta como plenamente naturalizante, lo hace bajo un rostro cultural, es decir, que atribuye las desigualdades sociales al desarrollo de las características internas de cada sociedad o cultura; cualquiera de los dos es ahistórico y apolítico. Al respecto, Žižek (2010a: 169) señala que “Las diferencias políticas derivadas de la desigualdad política o la explotación económica, son naturalizadas y neutralizadas bajo la forma de diferencias «culturales» [de tal forma] que son algo dado y no pueden ser superado[s]. Sólo puede ser «tolerado»”. Se afirma con procacidad que las diferencias sociales son marcadas por las diferencias económicas, que a su vez dependen (supuestamente) de la simple capacidad individual; existe una aceptación general a las condiciones no justas del capitalismo, es decir, existe un reconocimiento y aceptación general de que el capitalismo no genera condiciones iguales para todos (Žižek, 2010a).

El pensamiento dicotómico es uno de los rasgos más característicos de la ideología capitalista occidental. Este pensamiento predomina en muchos aspectos de la vida societal; así, vemos una dicotomía, por ejemplo, entre bueno/malo, socialismo/fascismo, democracia/autoritarismo y tranquilidad-paz/violencia, por mencionar algunos. Bajo esta lógica de pensamiento occidental, si algo es *A*, no puede ser al mismo tiempo *no-A* (Osorio, 2012), de tal forma que el bueno no puede ser al mismo tiempo malo, el comunista no puede ser capitalista, la democracia no puede ser simultáneamente autoritaria, ni la tranquilidad o

la paz pueden ser violentas. Sin embargo, como Osorio (2012) menciona, la realidad del Ser es mucho más compleja, de tal forma que *A*, puede ser al mismo tiempo *no-A*. Como hemos de darnos cuenta, aquello que es “socialmente correcto”, es lo que excluye a lo “socialmente incorrecto”. En el modo de producción actual, lo “socialmente correcto” corresponde a la paz y la tranquilidad, a la no-violencia; de aquí se parte de la idea de que donde hay paz y tranquilidad no hay violencia, y viceversa. Estos son algunos ejemplos de las formas mediante las cuales se ocultan otras formas de violencia no explícita, de violencia estructural, pero que actúa constantemente detrás la normalidad de la cotidianidad.

Existe otro tipo de dicotomía, en donde ambos entes no se excluyen uno del otro, pero si se niegan y rechazan cualquier tipo de relación, por ejemplo, entre riqueza y pobreza, desarrollo y subdesarrollo¹² y, por supuesto, entre el campo y la ciudad. Evidentemente, tal como en los ejemplos anteriores, el rico no puede ser al mismo tiempo pobre, los desarrollados no pueden ser subdesarrollados, ni el campo ser simultáneamente ciudad. Sin embargo, a pesar de la negación, rechazo y desvinculación discursiva, existe una estrecha relación entre cada uno de éstos; de tal forma que para que haya ricos, debe haber pobres, asimismo el desarrollo requiere del subdesarrollo, y por último, para que la ciudad subsista, precisa indefectiblemente del campo. Existe una relación firme y concreta entre el campo y la ciudad; una relación de subordinación atravesada por la violencia —del primero ante la segunda—; asimismo, es necesario aclarar que esta subordinación es un proceso mediador y al mismo tiempo mediado. Mediador de su finalidad que responde a la reproducción del capital y mediado, entre otros factores, por la violencia.

La subordinación del campo ante la ciudad, probablemente sea tan vieja o incluso más que el capitalismo. Las ciudades han fungido como centro hegemónico de control y acumulación, es decir, como el núcleo que ha permitido el intercambio de productos, mercancías y personas; el capitalismo requiere de ese centro, pues funciona como punto neurálgico del sistema. Son las ciudades los espacios privilegiados del capital en el que convergen las interconexiones globales del capital, con los de las clases trabajadoras;

¹² En el capítulo tres de esta tesis abordamos con mayor profundidad el debate en torno a la construcción del discurso desarrollo-subdesarrollo.

concentra la actividad circulatoria de los bienes producidos (Echeverría, 2013), ocultando de esta manera, la fase productiva de las mercancías.

Este centro ha ido cambiando a lo largo de la historia. Así, en un primer momento, las ciudades que funcionaban como centro económico mundial, se hallaban al interior de Europa, actualmente, la encontramos en el continente americano¹³. Bolívar Echeverría (2013: 72) lo explica de la siguiente manera:

[...] en las ciudades italianas, es donde se iniciará el primer gran centro, que después se trasladará a las ciudades del Norte y luego regresará no a aquel conjunto de ciudades italianas sino a Venecia. Posteriormente, en medio de este forcejeo, el centro se correrá a Amberes pasando por Portugal; regresará luego al Sur, a Génova, e irá nuevamente al Norte, a Amsterdam. De ahí el centro de la economía-mundo va a pasar luego a Londres para terminar, después de muchos conflictos más, en América, en Nueva York, la ciudad central de una economía-mundo que se ha vuelto ya en definitiva transnacional.

Aunque nuestro objetivo no es el estudio histórico de las ciudades, consideramos importante realizar este sucinto recorrido. El capitalismo actual, tal como lo conocemos, es el resultado de un largo proceso histórico y político. A lo largo de este camino, ha generado diferencias económicas sustanciales, lo que nos lleva a tratar de entender el desarrollo diferencial del capitalismo, o en palabras de Harvey (2007a; 2011), el desarrollo geográfico desigual¹⁴.

Hemos hablado ya sobre la naturalización de los discursos ideológicos por medio de los cuales se buscan explicar y mantener las diferencias sociales, así como de la legitimidad de dicho discurso. Partiremos de esta explicación para entender cómo es que el campo es subordinado a la ciudad de distintas formas, situación que abona a la conformación de las desigualdades sociales. Subordinación campesina y la conformación de desarrollos geográficos desiguales se han compaginado en un mismo proceso, del cual no es posible distinguir ahora dónde acaba uno y dónde empieza el otro.

¹³ No obstante, algunas ciudades europeas, e incluso asiáticas, continúan siendo centros del capital de orden mundial.

¹⁴ Este concepto es abordado y explicado en mayor medida en el capítulo tercero de este trabajo.

Con el discurso que normaliza y naturaliza las diferencias sociales, se pregona que la ciudad simboliza el avance, la vanguardia, el desarrollo técnico-científico y por supuesto, el “desarrollo económico”. Y aunque efectivamente este discurso es utilizado como legitimador, las condiciones de desigualdad entre el campo y la ciudad, son reales y concretas. Es decir, efectivamente “la ciudad” se ha convertido en el centro de reproducción capitalista por excelencia; la ciudad es el centro acumulación de capitales y personas y director de los flujos del capital; sin embargo, hay que prestar especial atención a las formas en que el campo ha contribuido a que la ciudad lograra alcanzar su significado actual y, específicamente, las formas en que el campesinado además de ser explotado es rechazado, marginado y excluido. Para que la ciudad haya logrado representar todo lo que actualmente significa, ha tenido que subordinar de distintas formas a la clase trabajadora agrícola. Nos estamos refiriendo a una lógica eminentemente urbana de acumulación de capital.

No podemos negar que todos los objetos tienen un valor de uso; pero, dicho sea de paso, este valor no es una cuestión adquirida naturalmente, sino una atribución meramente social; asimismo, el valor de los objetos varía históricamente respondiendo a las necesidades sociales y culturales y a los intereses políticos y económicos, generando distintas espacialidades en los distintos momentos históricos¹⁵. “[El objeto] *vale* no como objeto en sí, sino *para* el hombre. [...] el objeto valioso no puede darse al margen de toda relación con un sujeto, ni independientemente de las propiedades naturales, sensibles o físicas que sustentan su valor”¹⁶ (Sánchez, 1973: 109). En este sentido, el *valor de uso*, es el valor que le damos a los objetos por el simple hecho de que satisfacen alguna necesidad humana; así pues, cuando además de sólo satisfacer las necesidades humanas se destinan (primordialmente) al intercambio, dichos objetos se convierten en mercancías, además de que adquieren un *valor de cambio* (Sánchez, 1973). Todos los objetos o mercancías que tienen un valor de cambio poseen un valor de uso; por el contrario, no todos los objetos que

¹⁵ Por ejemplo, la importancia y el valor de los minerales ha cambiado razonablemente a lo largo de la historia, en función del desarrollo tecnológico y las nuevas demandas; en este sentido, en algunos países latinoamericanos como Perú, Bolivia o México, que durante la época colonial desarrollaron gran capacidad minera y algunos de sus pueblos tuvieron su auge en cuanto a capacidad de producción y al tamaño de población, hoy es posible ver a dichas poblaciones prácticamente abandonadas. Los lugares centrales en la producción que pudieron ocupar ciertas minas, hoy son ocupados por distintos proyectos mineros enfocados en otros minerales.

¹⁶ Cursivas del autor.

poseen un valor de uso constan de un valor de cambio, por lo que este último no es, bajo ninguna circunstancia, equivalente al valor de uso¹⁷.

Decimos que el valor de uso se subsume ante el valor de cambio cuando a pesar de que el acto final de los productos o mercancías es el consumo, la finalidad de la producción de mercancías no es la satisfacción de las necesidades humanas sino la propia producción y sobre todo, la comercialización de dichas mercancías¹⁸. Es decir, la finalidad dejó de ser el consumo —valor de uso—, para dar lugar a la comercialización —valor de cambio—. No obstante, sólo el consumo de determinados productos permite la reproducción de dichas necesidades (Marx, 2007).

Existen dos elementos importantes en el proceso de subordinación del campo por la ciudad: por un lado está el jornalero y el campesinado, el primero es quien vende su fuerza de trabajo, que es constantemente violada, impidiéndosele su reproducción social y cuyo trabajo es el sustento o la base material de la reproducción urbana; y el segundo, que produce no en condición de asalariado, pero igualmente bajo lógicas capitalistas; por el otro lado, la tierra, que es el medio de producción que el campesino trabaja y que en ocasiones posee¹⁹ —aún sin garantizar su reproducción social—. De dicha forma, así como la máquina forma parte de los medios de producción del obrero, la tierra es el del campesinado. Este medio de producción —la tierra—, que históricamente ha sido motivo de cruentas y constantes luchas en las que principalmente se ha reivindicado la posesión de quien la trabaja, ha dejado de ser propio del campesinado; es decir, los campesinos han dejado de ser los propietarios de sus propios medios de producción. Para muchos campesinos la tierra no representa únicamente

¹⁷ Existen algunas mercancías que, a pesar de su enorme importancia social por su valor de uso, la mayoría de las veces no cuentan ni si quiera con la mínima remuneración, por lo que su valor de cambio es exiguo. El más claro ejemplo es el de la mercancía-fuerza de trabajo doméstica que, para algunas autoras como Davis (2005), es la base material que permite la reproducción social de la fuerza de trabajo y por lo tanto de la producción y sin embargo, pocas veces es remunerado y reconocido socialmente.

¹⁸ “La contradicción entre valor y valor de uso, alcanza aquí forma en la corporeidad de la clase obrera como un todo: la valorización del capital sólo es posible a condición de la negación, como valor de uso, de la fuerza de trabajo de uno de sus segmentos.” (Osorio, 2006: 93).

¹⁹ La subordinación de los jornaleros y campesinos son distintas, pues los segundos tienen acceso, aunque no de forma completa, a la tierra, a pesar de que a ambos se les extrae valor. Morett (2003) explica que la figura del ejido, fue también una forma de subordinar al campesinado, de manera incluyente. La posesión de la tierra, sin embargo, es un símbolo histórico del campesinado, cuyo significado va más allá de la simple tenencia y usufructo. La tierra es parte de sus formas de trabajo y de vida. No obstante, la posesión (limitada) de la tierra no exime de la subordinación. Este tema es abordado con mayor profundidad en el tercer capítulo.

el potencial de producir económicamente —es decir, sobreponer el valor de cambio al valor de uso—, sino que representa y significa toda una forma de vida; en muchos casos la cosmovisión campesina establece una estrecha relación entre campesino-tierra —valor de uso sobre el valor de cambio—. La tierra es, dice Giarracca (2004), además de una herramienta de trabajo y de vida, una herencia de los padres campesinos, un soporte de su historia y cultura. Los campesinos son desnudados de su materia prima, de su medio de producción y de su forma de vida. El despojo de sus medios de reproducción social, forma parte de la desnudez del campesinado.

Tierra-campesinado es un binomio que ha permanecido inseparable —hasta ahora— aún incluso cuando las formas de producción industrial cambian radicalmente las formas de vida, de siembra y de cosecha. “La agricultura se [ha transformado] cada vez más en una simple rama de la industria y dominada completamente por el capital. Lo mismo ocurre con la renta del suelo” (Marx, 2007: 28), sin embargo, el campesinado sigue siendo el productor por excelencia.

El valor de cambio subordina al campo justamente en este momento en el que la tierra y el trabajo campesino son desvalorados y desvalorizados, esto quiere decir que, como práctica sociocultural tiene poca importancia social y simbólica, así como una poca valorización como mercancía-fuerza de trabajo, pues aun cuando su trabajo es fundamental para la producción de alimentos y ésta a su vez para la reproducción social, económicamente son poco remunerados. Sin embargo, las mercancías generadas a partir de la fuerza de trabajo de los trabajadores agrícolas, o sea los granos y alimentos, si poseen una alta valorización social y comercial, generando una transferencia de valor del campo al sector agroindustrial. Hay una escisión, explica Marx (2013), entre los productores que no entran en contacto social hasta que intercambian sus productos y el valor que se le asigna al producto, tal como si éste fuera resultado de una cuestión mística. Se presenta una desconexión entre los procesos cotidianos urbanos y los procesos de producción campesina. El trabajo campesino es desvalorado, de tal forma que

Lo que ocurre es que en una sociedad en la que se produce para el mercado, y se equiparan los productos haciendo abstracción de sus propiedades útiles, y del trabajo concreto que encarnan, su significación humana, social, se oculta, y el valor de cambio se presenta sin

relación con el hombre, como una propiedad de la cosa. Esto da a la mercancía la apariencia de una cosa extraña, ajena al hombre, cuando es la expresión o materialización de una relación social, humana. El producto del trabajo humano se vuelve un fetiche, y a esta transformación de un producto del trabajo humano en algo ajeno al hombre —extraño y enigmático— al adoptar la forma de mercancía, es a la que llama Marx el ‘fetichismo de la mercancía’ (Sánchez, 1973: 111).

Uno de los procesos que no sólo permite la exaltación del valor de cambio por encima del valor de uso, sino que además se reproduce a la par de la subordinación, es la generación de plusvalía; esto quiere decir que la subordinación se alimenta en gran medida gracias a la generación de plusvalor, a la vez que la produce —no totalmente—. En este sentido, la plusvalía es la materialización de un proceso violento en el cual se explota a los trabajadores del campo.

El valor de la fuerza de trabajo, como cualquier otra mercancía, explica Marx (2013), se determina por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su reproducción, o sea, la producción de los medios de subsistencia que consume el trabajador. Si suponemos que la duración de la jornada laboral es equivalente al tiempo de trabajo socialmente necesario, entonces no habría nada más que explicar, empero, este *trabajo socialmente necesario* es sólo una parte de la extensión total de la *jornada laboral*; la otra parte de la jornada laboral es el *trabajo excedente* o plustrabajo. Bajo esta explicación, si suponemos que el tiempo que requiere un trabajador para producir sus medios de subsistencia es de ocho horas y el total de la jornada laboral es de doce, habrá cuatro horas de trabajo excedente o plustrabajo. “Este plusvalor constituye el *excedente del valor del producto por encima del valor de los factores que se han consumido al generar dicho producto*, esto es, los medios de producción y la fuerza de trabajo” (Marx, 2013: 252).²⁰

Este excedente genera un plusvalor o plusvalía, que Marx (2013: 255) define como el “excedente del valor del producto sobre la suma de sus elementos productivos”²¹. Este

²⁰ Cursivas del autor.

²¹ La plusvalía se divide en dos, en función de la forma en que se genera, de esta manera, tenemos: *plusvalía absoluta* que consiste, “por un lado, en la prolongación de la jornada laboral más allá de los límites del tiempo de trabajo necesario para la subsistencia del propio obrero, y por otro en la apropiación del plustrabajo por el capital” (Marx, 2009: 617); y *plusvalía relativa*, cuya “finalidad es el acrecentamiento del plusvalor por medio de la reducción del tiempo de trabajo necesario,

ejemplo resulta poco útil cuando la *composición orgánica del capital* es alta ($\uparrow C:V\downarrow$), es decir, cuando el aumento del *capital constante*²² en detrimento del *capital variable*²³ ha conducido a que la mayor parte de la extensión total de la jornada laboral esté constituida por trabajo excedente —que deviene en plusvalor—, lo que quiere decir que el tiempo de trabajo necesario para que el obrero produzca sus medios de subsistencia, representan una ínfima parte de la extensión total de la jornada laboral.

En cuanto a la situación de la jornada laboral en nuestro país, del año 2008 al 2012, el sueldo de un trabajador que gana el salario mínimo pasó de generarse en doce minutos a sólo nueve (Miranda, 2012); en la hipotética idea de que la jornada laboral sea de ocho horas —hipotética pues es bien sabido que las jornadas laborales son de diez e incluso doce horas diarias—, las restantes siete horas y cincuenta y un minutos, serían plusvalor en beneficio del dueño de los medios de producción. De esta manera, “abaratarse el valor de la fuerza de trabajo significa, para cualquier capitalista, dedicar menos tiempo a reponer la fuerza de trabajo del obrero; por lo tanto, disminuir el tiempo de trabajo necesario y aumentar, consecuentemente, el tiempo de trabajo excedente” (Foladori, 2013: 58).

De esta manera la $C:V$ es un proceso que tiene múltiples consecuencias; señalaremos, en primer lugar, los resultados en el proceso de trabajo: por un lado, es un proceso violento en tanto que el trabajo muerto absorbe y subsume la importancia del trabajo vivo, en este sentido, Marx (2007: 219) menciona que: “En la maquinaria el trabajo objetivado se le presenta al trabajo vivo, dentro del proceso laboral mismo, como el poder que lo domina y en el que consiste el capital —según su forma— en cuanto apropiación de trabajo vivo”; por el otro lado, lo es porque siendo la mercancía fuerza de trabajo el medio que permite la (escasa) reproducción social, prescindir del trabajo vivo significa violar la posibilidad de tal reproducción. Como es evidente, éstos no son fenómenos que comúnmente señalaríamos como violentos, porque visiblemente no lo son, sin embargo son parte de la violencia

independientemente de los límites de la jornada laboral, [y se logra] mediante el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo” (Marx, 2009: 617-618).

²² Al *capital constante*, Marx (2011) lo define como la materia prima, materiales auxiliares o los medios de producción que permiten la producción, más no modifican la magnitud del valor. A su vez, el capital constante representa el *trabajo muerto* del proceso productivo.

²³ Marx (2011.), define al *capital variable* como la fuerza de trabajo que cambia su valor en el proceso productivo al tiempo que reproduce su valor equivalente además de un excedente —el plusvalor—. Este capital variable es el que da el *trabajo vivo* al proceso productivo.

objetiva, que busca perpetuar la reproducción capitalista y que es el sostén de la violencia subjetiva, pero que al mismo tiempo ésta oculta a la primera.

En segundo lugar, las diferencias técnicas y las consecuencias en la transferencia de valor que esto trae. La composición orgánica del capital, se refiere entonces a las diferencias técnicas en cuanto a la producción, y permite un análisis en distintas escalas, por lo que podemos ver distintas composiciones, sea por sectores productivos, ramas o países. Una alta composición orgánica del capital implicaría contar con mejores condiciones productivas que una composición baja.

Mediante una alta composición orgánica del capital se disminuye el trabajo vivo en función del incremento del trabajo muerto; su elevación significa una seria contradicción capitalista, pues el capital constante aunque aumenta la producción de mercancías en menor tiempo, no agrega valor a éstas, pues únicamente la fuerza de trabajo puede incrementar el valor de la producción. Esta contradicción, ha conducido al capital no a una crisis de escasez, sino de sobreacumulación de mercancías y, fundamentalmente, a la caída de la tasa de ganancia de los sectores productores y países cuya composición orgánica es alta. Este descenso de la tasa de ganancia se resuelve, a nivel mundial, con la transferencia de valor que realizan los países dependientes hacia los centrales. Dicha transferencia es efecto de un *precio de producción mundial* que obliga a los países subdesarrollados transferir dicho plusvalor, pudiendo sin embargo tener ganancia aunque vendan su mercancía por un precio final *menor* al valor de su mercancía (Dussel, 2014).

Por su parte, los países dependientes ante la pérdida de plusvalor, recurren a la superexplotación del trabajador²⁴ como la vía de recuperación del valor transferido; esta es la razón por la cual esta forma particular de reproducción del capital sólo tiene lugar en América Latina.

A una menor escala, consideramos que el valor que transfiere el sector campesino a la ciudad, es una de las formas principales de subordinación del primero ante la segunda; este proceso de transferencia de valor reproduce y profundiza las condiciones sociales y económicas que mantienen la subordinación campesina. Las menores condiciones técnicas

²⁴ El concepto de superexplotación es abordado con mayor profundidad en el capítulo segundo.

del campo, en comparación con la industria o los servicios urbanos, le otorgan un papel subordinado, por lo que la agricultura al ser una rama con una menor composición orgánica, en general, transmite valor al resto que posee una mayor composición.

Podría argüirse que Marx habla específicamente sobre los obreros, pero, ¿acaso la situación que hemos explicado hasta ahora no es también la del campesinado? La respuesta es afirmativa; así como el obrero, el campesinado es arrebatado de sus medios de producción; el campesino, cuando no es expoliado de sus medios de producción y echado de ellas —sus tierras—, continúa trabajando en ellas, pero bajo las riendas de la agroindustria. Así pues, “El tiempo durante el cual trabaja el obrero [y los trabajadores agrícolas] es el tiempo durante el cual el capitalista *consume* la fuerza de trabajo que ha adquirido” (Marx, 2011: 280). No interesa tanto compararlos, ni mucho menos observar cuál es más o menos explotado, sino poner de manifiesto las formas en que el capital, a través de la agroindustria, ha reconfigurando el papel del campesinado, trasladándolo de un papel participativo, explotado pero al mismo tiempo incluyente en un proyecto político y económico de nación, a uno en donde más que dominio de la explotación, predomina el de la exclusión. La condición actual —la de excluido— no lo hace ajeno a la subordinación capitalista, más bien ha significado la reestructuración de dicha subordinación, su proletarización.

Hemos mencionado que existen dos formas principales a través de las cuales se realiza la subordinación del campo, el campesinado por un lado, y la tierra por el otro; sin embargo, de la segunda, se desprende una forma que, por su relevancia, merece una mención especial: la renta del suelo²⁵. En la industria “el proceso de producción está determinado en general por elementos artificiales. Por lo tanto, [cuando las empresas tienen productividad de trabajo diferente], se puede llegar a homogeneizar a través de la incorporación de mejores técnicas de producción, medios de producción más sofisticados, una organización del trabajo más eficiente, etc. [—plusvalía relativa—]” (Foladori, 2013: 28). Es por esta explicación por la que, según este autor, al fijarse las ganancias en cuanto al valor medio de producción, las empresas que trabajan en peores condiciones, son eliminadas si no logran volver más eficiente su producción.

²⁵ Sobre el tema de la renta del suelo se ha discutido vastamente desde la economía política, con autores que van desde Smith y Malthus, pasando por Ricardo y West, hasta Engels y Marx (Foladori, 2013).

Sin embargo, el caso de la agricultura es distinta, pues aquí, además de las condiciones tecnológicas con que pueda contar cada productor, influyen, en gran medida, las condiciones naturales del suelo; de esta manera, “en la agricultura el valor medio no se convierte en el valor de mercado en vista de que las diferencias de productividad del trabajo no son totalmente nivelables a causa de la incidencia de la naturaleza en el proceso de producción. Por esta razón, los valores de mercado se establecen a partir de los valores individuales de las empresas que cultivan los peores suelos.” (Foladori, 2013: 30). Así pues, en la agricultura no se eliminan del mercado aquellos que produzcan en las peores condiciones, sino que es el precio de producción de éstos el que se fija como precio de mercado. No obstante, esto no significa que todos ganen igual, sino que, por el contrario, se traduce en ganancias *extraordinarias* para aquél que produce en las mejores condiciones. Veamos un ejemplo en la tabla siguiente:

Suelo	Producto	Tiempo de trabajo	Valor individual	Valor de mercado	Valor recibido	Diferencia
A	2	40	$40/2=20$	20	$20 \times 2=40$	$40-40=0$
B	4	40	$40/4=10$	20	$20 \times 4=80$	$80-40=40$
C	6	40	$40/6=6.6$	20	$20 \times 6=120$	$120-40=80$

Fuente: Foladori (2013: 63)

En este caso, el suelo y la fertilidad corresponden a una empresa (A, B y C). Siendo que las tres empresas invierten el mismo tiempo de trabajo en la producción y tienen resultados diferentes, y por lo tanto ganancias diferentes, son las diferencias en la fertilidad del suelo y no (sólo) las del capital constante, la que dan estas diferencias de producción. En la última columna podemos ver que, como hemos dicho, ningún productor, por mínimas que sean sus condiciones, obtiene ganancias negativas, pues por el contrario, son precisamente estas condiciones las que fijan el valor de mercado y no la ganancia media, como sucede en la industria; de tal forma que mientras la empresa productora en suelo A no obtiene ganancias negativas ni positivas, sino sólo la recuperación de lo invertido, las empresas B y C obtienen ganancias extraordinarias. En este sentido, los 40 y 80 obtenidos por B y C respectivamente, constituyen la renta diferencial. Cabe aclarar que

en realidad la mayor fertilidad de los suelos B y C no aportan ningún valor, a pesar de participar en el proceso de producción. [...] No es pues, la fertilidad natural superior de la

empresa C y la B frente a la A lo que permite la apropiación de una renta diferencial o ganancia extraordinaria. La fuerza natural monopolizable no es sólo la base. La fuente de ganancia extraordinaria está en la formación de los valores de mercado y la distancia con los respectivos valores individuales. La fuente está, por lo tanto, en la forma social capitalista de producción y no en la forma natural (Foladori, 2013: 64).

A la renta de la tierra, debemos sumar la renta tecnológica, que es el pago que se le realiza, por su uso, a los dueños de determinados procedimientos de producción, especialmente elaborados en término técnicos, y sin los cuales, la producción no podría tener lugar; “Las riquezas naturales —señala Bolívar Echeverría—, todo aquello de lo que proviene la renta de la tierra de la cual habían vivido los estados latinoamericanos y que había sustentado a las ciudades latinoamericanas, pasa a un segundo plano, debido a que los monopolistas propietarios de la tecnología están en capacidad de exigir y exigen más renta que los propietarios de la tierra” (Echeverría, 2013: 83)

La diferencia en la formación de los valores de mercado —que en la agricultura se fija en el precio de producción en las peores condiciones— da como resultado que el valor total que se paga por los productos agrícolas sea siempre mayor al valor total que surge de tasar los productos según las condiciones medias. Esto significa que la agricultura se está apropiando de mayor valor que el generado (Foladori, 2013); sin embargo, no es la agricultura *per se* la que obtenga mayor valor, sino aquellos que controlan la producción, en este caso, el sector agroindustrial.

De acuerdo con Blanca Rubio (2012), el hecho de que la tierra esté cultivada por campesinos tiene dos puntos importantes en cuanto a la generación de renta del suelo; en primer lugar, al no producir en condiciones capitalistas, los campesinos no tienen la capacidad de captar la renta, por lo que sus productos en el mercado son más baratos que si fueran producidos por capitalistas y; en segundo lugar, que las tierras ocupadas por los campesinos generalmente son las peores y escapan al establecimiento de los precios de producción, por lo que el monto general de la renta se reduce, beneficiando a la producción capitalista.

En este sentido, la relación entre la renta del suelo y la agricultura con la violencia, permanece oculta en las formas que buscan garantizar la reproducción capitalista y mediante

las cuales se subordina al campesinado, anclándolo a la producción agrícola industrial. La producción agroindustrial y renta del suelo son dos de los procesos que reafirman y socavan en la subordinación campesina. En la actualidad, la agroindustria, a través del acaparamiento de la renta del suelo subordina y somete al campo y campesinado a sus formas de producción acelerada sin ningún beneficio claro, violentando su capacidad de reproducción social y su soberanía productiva y alimentaria. La producción agroindustrial excluye y despoja al campesinado de cualquier forma digna de reproducción social; por un lado, porque los peores productores, deben competir en condiciones de desigualdades en comparación con aquellos que lo hacen en mejores condiciones y, por el otro lado, aquellos productores que no logran entrar en la cadena productiva capitalista son totalmente aislados y excluidos.

La materialización de la subordinación se sirve del discurso y la ideología, así, “La visión ideológica neoliberal presenta a los campesinos contemporáneos como ‘retrógradas, atrasados, inadaptados al progreso, carentes de visión del porvenir’. Sin embargo, estos ‘campesinos atrasados’ surten el trabajo más expoliado y en las más sofisticadas formas de tecnología contemporánea, y son víctimas privilegiadas de las nuevas tecnologías de punta” (Vergoupolus, 2002, en Rubio, 2012: 22). Esta visión ideológica neoliberal discursiva, tiene una expresión material clara, que es el llamado desarrollo geográfico desigual (Harvey, 2011).

El desarrollo geográfico desigual no es la finalidad del capital en sí mismo, sino una mediación a través de la cual se reproduce la subordinación campo-ciudad y se construyen o acentúan espacialidades diferenciales violentas, que son útiles a la reproducción del capital, pues tal como señala Harvey (2004), parafraseando a Lefebvre, el espacio —diferencial, agregaría yo— permite sobrevivir al capitalismo. Podríamos cuestionarnos sobre si el desarrollo geográfico desigual resulta en la subordinación campo-ciudad, o si, a la inversa, ésta genera un desarrollo geográfico desigual. Quizás en un primer momento, la subordinación del campo a la ciudad propició un desarrollo diferencial, sin embargo, la subordinación y dicho desarrollo se han envuelto en una relación dialéctica, en donde uno permite al otro y viceversa. De tal forma que intentar definir qué fenómeno deriva en otro o cuál fue primero, no es relevante. Son las ciudades los lugares de reproducción capitalista que median tal reproducción con el campo; es desde las ciudades, y a través de la

agroindustria, donde se implementan estrategias capitalistas a diversas escalas y donde se centraliza el poder que somete al campesinado.

Son las propias diferencias productivas y socioeconómicas las que, a pesar del discurso oficialista de igualdad, equidad e inclusión, nutren al capital. En el capitalismo todos tienen una función, lo que permite que la subordinación se reproduzca de diversas maneras; esto da pie a que los campesinos tengan una condición de *exclusión*, y jueguen al mismo tiempo un papel central en la producción y reproducción capitalista. A esto es a lo que Jaime Osorio (2012) nombra como exclusión por inclusión.²⁶ Explotación y exclusión, se acompañan en un mismo proceso de subordinación.

La jornada laboral de la clase proletaria y, en función de lo hasta ahora expuesto, del campesinado, consume la vida de este. A pesar de las mejoras técnicas que permiten la producción del trabajo necesario en una cantidad de tiempo mínima, se sigue pagando a los trabajadores míseramente; de igual manera sucede en la agricultura, pues aún cuando las fuerzas productivas actuales permiten el aprovechamiento de suelos que antes era imposible trabajar y la producción de granos y alimentos diarios es enorme, hay una buena parte de la población que permanece sin acceso a éstos. La producción en general, se sustenta principalmente en el mayor desgaste de la fuerza de trabajo; mediante “la prolongación de la jornada [laboral], así como con la intensificación del trabajo, el capital logra apropiarse en la actualidad de años futuros de trabajo y consumir ahora años futuros de vida del trabajador. [...] el valor total de la fuerza de trabajo se ve violada” (Osorio, 2012: 101); y de ninguna manera éstos podrán ser repuestos ni con el más alto salario. De este modo,

es el trabajador y [por supuesto el campesinado], la expresión del moderno *Homo sacer* en la sociedad regida por la lógica del capital. Su vida desnuda queda en entredicho desde el momento mismo que se ve obligado a poner a disposición del capital no sólo su fuerza de trabajo sino su cuerpo viviente. Es su corporeidad viva la que termina expuesta diariamente, agotada y desfalcada por los diversos mecanismos que el capital emplea en el proceso de trabajo, azuzado por el hambre de valorización y de trabajo excedente. [...] El capital

²⁶ Osorio (2012: 116) menciona que “en el fondo [el capital] los rechaza, pero al mismo tiempo los necesita para valorización [...] [es] una de las condiciones de la vida de la producción capitalista”. Este punto es abordado en el capítulo tres.

conforma así un espacio de poder soberano de excepción, una economía-política en donde la vida expuesta de los trabajadores se constituye en norma (Osorio, 2012: 107-108).

Este proceso que subordina y desnuda trabajador agrícola de su fuerza de trabajo, tiene una participación activa en la conformación de los desarrollos geográficos desiguales. Cuando no es sometiendo a largos e intensos jornales mal remunerados o a las ataduras de los agroquímicos, lo hace excluyéndolos y expulsándolos del campo, forzándolos a trasladarse a la ciudad, donde también son excluidos.

1.3 De la Industrialización por Sustitución de Importaciones al Neoliberalismo

El campo ha sido, histórica e indudablemente, el medio de subsistencia de la humanidad entera; dicho esto, se ha cambiado la forma de producir y trabajar el campo a lo largo de los distintos modos de producción. Dentro del propio capitalismo existen etapas en las que se reproducen estos cambios en la forma de producción; podemos diferenciar, por ejemplo, entre el capitalismo mercantil o preindustrial de la Europa occidental de hace cinco siglos, con el capitalismo industrial ligado a la primera revolución industrial, del capitalismo monopolista²⁷ de principios del Siglo XX ligado con la segunda revolución industrial y del capitalismo global actual (Méndez, 1997). En este apartado analizaremos los cambios que ha habido en el campo a partir del modelo desarrollista, impulsado durante y fundamentalmente en la segunda posguerra mundial, por la CEPAL, hasta la fase neoliberal actual.

Para Raúl Prebisch (1986), uno de los más importantes teóricos de la CEPAL²⁸ de mediados del siglo XX, la oportunidad de desarrollo económico de los países latinoamericanos se encontraba primordialmente en la industrialización, sobre todo, aprovechando la coyuntura política y económica que la Segunda Guerra Mundial estaba generando. Es importante destacar que para Prebisch, la industrialización no era un fin en sí mismo, sino un medio —el único, según él—, por el cual se podrían ir captando los beneficios del progreso técnico, con lo que progresivamente se elevaría el nivel de vida de la clase

²⁷ Méndez (1997) lo nombra capitalismo monopolista o fordismo, por su tipo de producción en masa o en cadena.

²⁸ Prebisch fue líder y editor de decenas de libros y artículos de la Comisión. Véase: <http://prebisch.cepal.org/es/raul-prebisch-y-la-cepal>

trabajadora (Prebisch, 1986). Para este autor, el adelanto técnico científico y el rumbo correcto de la industrialización de los países, permitiría un “crecimiento hacia adentro”. Además de esto, pone énfasis en el camino de la industrialización, como el único que permitiría el desarrollo económico y el mejoramiento del nivel de vida de los trabajadores.

La Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), fue un modelo de desarrollo económico impulsado por la CEPAL, y adoptado por una buena parte de los países latinoamericanos; éste era un modelo que pretendía incorporar al desarrollo económico a los países *periféricos*, y equipararlos a los *centrales*²⁹. Si bien la ISI no surgió a la par del fordismo, éste fue decisivo en su momento; sin lugar a dudas, la producción en serie desarrollada con el fordismo³⁰ marcó la pauta para la mayor producción de alimentos, herramientas y maquinaria —de guerra, en muchas ocasiones—.

La Segunda Guerra Mundial fue uno de los sucesos históricos que se combinó y se vio beneficiado por la reestructuración de relaciones sociales de producción y reproducción capitalista de aquella época. Las formas de hacer la guerra cambiaron y los métodos de batalla se renovaron. El periodo de entreguerras, no fue precisamente un periodo de paz o de acuerdos que la buscasen, por el contrario, fue un periodo de reestructuración y de avance técnico-científico-militar; este avance condujo a salir de las trincheras y pasar a los barcos, submarinos y aviones; se pasó de las caballerías al dominio de los tanques de guerra y de los combates cuerpo a cuerpo a las bombas y misiles a distancia. Para nuestros fines, no importa tanto cuáles fueron los cambios cualitativos que trajo esta guerra, sino la demanda de recursos y los cambios que significó a la industria y el campo. Estas transformaciones tuvieron lugar, en gran medida, gracias al desarrollo de la producción en serie y al proyecto de industrialización.

²⁹ En los primeros planteamientos de Raúl Prebisch al interior de la CEPAL, divide y se refiere a los países como *centrales*, aquellos que dominan la economía mundial y se encuentran en el centro del poder económico y, *periféricos*, como aquellos que se hallan económicamente subordinados a los primeros. Véase Prebisch, Raúl (1968). *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*. CEPAL.

³⁰ Sin embargo el significado del Fordismo fue mucho más amplio que sólo la producción en masa; lo que significó esta forma de producción fue “su concepción, su reconocimiento explícito de que la producción en masa significaba un consumo masivo, un nuevo sistema de reproducción de la fuerza de trabajo, una nueva política de control y dirección del trabajo, una nueva estética y una nueva psicología; en una palabra: un nuevo tipo de sociedad racionalizada, modernista, populista y democrática” (Harvey, 2012: 147-148).

Aunque puede ser arbitrario, además de conducirnos a pensar la historia linealmente, podemos dividir al desarrollismo en dos grandes épocas, de tal forma que nos ayude a entender las formas cambiantes en que el campo ha sido subordinado; la primera, que tomó su cauce con la Segunda Guerra Mundial y en la posguerra hasta mediados de la década de los años setenta; y la segunda, desde los setenta, aproximadamente hasta inicios de los años noventa, época en la que paulatinamente el neoliberalismo se convirtió en el nuevo modelo de producción.

Con el establecimiento del proyecto de Industrialización por Sustitución de Importaciones, la producción en serie impuesta por el fordismo, sustituyó al carbón por los hidrocarburos y la electricidad. Con el motor de combustión sobrevino la industria automovilística y aeronáutica, lo que se tradujo en la reducción de tiempos de traslado y costes de transporte. Se desarrolló también la comunicación, el telégrafo y posteriormente la radio y la televisión. En la agricultura también sobrevino la industrialización, el desarrollo de tractores, maquinaria y agroquímicos tuvieron su auge, principalmente con la llamada Revolución Verde³¹. Cuando se gestaba la Segunda Guerra Mundial, América Latina tomó un lugar en la economía mundial gracias a diversos factores que se conjugaron en un solo momento: el desarrollismo, por un lado, como ideología dominante mediante la cual se colocó a la industrialización como el único camino hacia el aclamado desarrollo; el fordismo, como régimen de acumulación del capital que aceleró enormemente la producción, reduciendo los tiempos de producción e incrementando el tiempo de trabajo excedente, y; el keynesianismo, como política principal del *Estado de bienestar*³², que en México y en general

³¹ "Consideramos aquí que la «revolución verde» es algo más que una investigación de laboratorio y algo menos que una estrategia de modernización; es la introducción de un «paquete» determinado de prácticas e insumos (con la utilización de semillas mejoradas, la aplicación de fertilizantes químicos, insecticidas y herbicidas, y la cuidadosa regulación del agua) necesarios para explotar el potencial de elevados rendimientos de que se dotó mediante la investigación genética a nuevas variedades de granos alimenticios." (Hewitt de Alcántara, 1999: 13).

³² El *Welfare State* o *Estado de Bienestar* hace referencia a la posición que tomaría el Estado después de la crisis de 1929, a partir de la cual se convertiría en el principal y único rector de la economía nacional, así como el regulador e impartidor de la seguridad social y servicios brindados a los trabajadores; en México y América Latina esta postura estatal también se implantó pero en menor medida, en comparación con los países europeos.

Este proyecto estatal iba más allá del control productivo y de circulación de mercancías; al intermediar en las organizaciones de trabajadores, su control fue absoluto. En 1936 se crea la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y la Confederación Nacional Campesina (CNC) en 1938, con las cuales se buscaba conjuntar todas las organizaciones y agrupaciones obreras y campesinas, respectivamente, en un solo órgano. Sin embargo, ambas aceptaron la "ayuda" e influencia del Estado, lo que finalmente las

en América Latina, se convirtió en un *Estado desarrollista*³³. El keynesianismo fue probablemente el principal factor que permitió el desarrollo económico; a partir de la gran crisis de 1929, en gran parte del mundo cambiaron las políticas económicas, posicionándose el Estado como el principal controlador de la política nacional, de tal forma que la producción y consumo pudieran estar bajo el control y regulación estatal. Esto supondría sustituir la importación de bienes de capital por producción nacional.

América Latina, fungió como exportadora no solamente de materias primas y alimentos básicos, sino que, de acuerdo con Echeverría (2013), fue fundamentalmente exportadora de renta de la tierra. De acuerdo con este autor, el hecho de que la mayoría de los países latinoamericanos sustentaran sus economías en la exportación de materias primas se sostenía principalmente en la generación de la renta de la tierra que, como hemos explicado, es generada por la producción campesina, a pesar de no ser acaparada por éste sector. Actualmente se exporta renta tecnológica que es acaparada por las grandes y pocas transnacionales que controlan los mercados agroalimentarios.

En algunos casos se señala como el inicio de la fase industrializadora a la gran depresión de 1929, momento en el que, el Estado se convirtió en el principal regulador y ordenador de la economía; y aunque en el caso mexicano los inicios de la industrialización se remontan incluso hasta el Porfiriato, es hasta la Segunda Guerra Mundial cuando tuvo su mayor avance. En esta época tiene su auge la industria metalúrgica en Monterrey, Nuevo León, se crea la Refinería 18 de marzo en la Ciudad de México, posteriormente las de Salamanca, Guanajuato y Minatitlán, Veracruz en 1950 y 1956 respectivamente, así como los Altos Hornos de México; de igual forma, ven la luz algunas instituciones cuya finalidad era dar el sustento a este modelo industrializador, como el Banco Nacional de Crédito Ejidal, el Instituto Politécnico Nacional (IPN), la Comisión Federal de Electricidad (CFE), el Banco

convirtió en órganos regulados totalmente por éste, logrando así el control y vigilancia absolutos de todos los sindicatos y organizaciones obreras y campesinas. Dichas organizaciones fueron utilizadas también para la cooptación de votos en períodos electorales.

³³ Osorio (2005: 164) propone utilizar esta “noción en tanto tiene una carga menos peyorativa que las de Estados populistas o clientelares, y más precisa que la de Estado benefactor (por lo menos para América Latina, donde es discutible su presencia), y que se propuso como tarea central impulsar los procesos de industrialización, asumiendo formas diversas”. Ocasionalmente nos referiremos también al Estado como *proteccionista*, entendiendo que su regulación tendió, durante cierto período, a la protección de la producción interna y de la capacidad de reproducción social de la clase trabajadora.

Nacional Obrero de Fomento Industrial, etcétera. La ISI buscaba no sólo desarrollar la producción nacional a partir del aprovechamiento de la mano de obra nacional, sino crear sus propias bases técnico-científicas para el desarrollo interno.

La ISI fue un modelo industrial de producción capitalista, motivo por el que nunca tuvo como finalidad acabar con las desigualdades sociales; por el contrario, la industrialización diferenciada contribuyó al desarrollo de una burguesía nacional; no obstante, es innegable que todos—o al menos la gran mayoría de los productores, fueran grandes o pequeños—, al insertarse al mercado capitalista, lograban alcanzar los medios de subsistencia mínimos que les permitieran reproducirse socialmente. En este proceso industrializador, el Estado jugó un papel central, pues brindaba apoyo tanto a los grandes como a los pequeños productores. Bajo el modelo keynesiano, el Estado era el principal regulador de la economía, de tal forma que prácticamente se encargaba de todos los sectores de la producción; en México, intervino desde alimentos y bebidas, pasando por maquinaria, generación y abastecimiento de electricidad, hasta la producción petróleo y automóviles. El Estado fue el precursor e impulsor de la política industrializadora. De esta manera

Los obreros se insertaban como fuerza de trabajo y a la vez que como consumidores de los bienes industriales y, por lo tanto, era fundamental para la industria de punta que el ingreso real de la clase trabajadora se incrementara, con el fin de ampliar la demanda de sus productos. [...] el incremento de los salarios reales, referidos a la capacidad de compra de la población, constituía una condición para el régimen de acumulación industrial (Rubio, 2012: 58).

Así pues, *grosso modo*, la economía dirigida mediante el *crecimiento hacia adentro*, se lograba por el consumo directo de los trabajadores, de los productos generados dentro del país; para esto, eran necesarios salarios que permitieran el consumo de productos y mercancías a bajo costo —o que al menos permitieran consumir los elementos mínimos de subsistencia— y que tuvieran poder adquisitivo. En otras palabras, el ciclo del capital se concretaba internamente entre la producción y el consumo, siempre con la intervención estatal.

A pesar del *crecimiento hacia adentro* y de los apoyos y subsidios estatales, la industrialización que se tuvo en ciertos países latinoamericanos, entre ellos México, fue

incipiente, en comparación con la que se tuvo en los países centrales. En latinoamericana tuvo lugar un tipo de industrialización que ciertos autores como Marini (1982) y Osorio (2004) señalan como de tipo dependiente.

Durante el modelo sustitutivo de importaciones los campesinos participaron y tuvieron un lugar importante en la economía nacional, fueron beneficiarios de créditos, subsidios y parcelas por medio de la reforma agraria. El campesinado logró convertirse, en una clase constituyente del sistema. Debido a la producción abundante y barata de alimentos, a los salarios con suficiente poder adquisitivo³⁴, a la industrialización y la existencia de un gran número de mercancías en circulación accesibles al sector de los trabajadores, se consolidó, al menos en apariencia, una especie de igualdad social, aunque dependiente por completo del desenvolvimiento del capital (Benítez, 2011).

Por otro lado, en la agricultura también tuvo lugar la industrialización; aunado a la demanda de granos y alimentos de los países centrales, las ciudades y su constante crecimiento impulsado por la propia industrialización, generaban una gran demanda de alimentos, lo que junto con la demanda internacional, dio cabida a la tecnificación de la producción agrícola por medio de la llamada Revolución Verde.

El régimen de acumulación de esta época, consistió “en que los salarios estaban vinculados al precio de los alimentos, o dicho de otra manera, la vía para abaratar el salario provenía de mantener bajo el precio final de los alimentos” (Rubio, 2012: 59). Vemos de esta manera el papel primordial que jugaron los alimentos y, evidentemente el campo y el campesinado en el desarrollo del proyecto de nación que significó la ISI. La industrialización, cuyo fundamento primordial fue el autoconsumo por medio del incremento del poder adquisitivo de los salarios se logró, en gran medida, gracias al bajo precio de los alimentos. A su vez “Lo que permitió que se mantuvieran bajos los precios de los alimentos durante la posguerra fue la presencia importante de los campesinos en la producción de bienes básicos del continente, lo cual garantizaba reducir el precio de dichos bienes por la vía de disminuir el monto de la renta de la tierra.” (Rubio, 2012: 60).

³⁴ Éste binomio constituye el dominio articulado que caracterizó a la etapa desarrollista, (Rubio, 2012).

En este modelo productivo, los obreros fueron la mano de obra industrial, al mismo tiempo que los campesinos fueron la mano de obra que producía los alimentos baratos que permitían subsistir a la industria y a las crecientes ciudades. Durante las décadas de los años cuarenta y cincuenta, la producción agrícola nacional incrementó, permitiendo no sólo el abasto nacional sino la exportación; esto se logró gracias al incremento de la superficie sembrada y sobre todo, a los avances científicos y tecnológicos de la Revolución Verde, tales como la inserción de tractores, fertilizantes e insecticidas, que permitieron incrementar la eficiencia de la producción. Y aunque es cierto que una parte de la producción nacional estaba controlada por la agroindustria, otra buena parte de la producción provenía de pequeños productores. Tan sólo para 1950 el 60% de la producción de maíz y frijol y aproximadamente el 38% de la producción de trigo provenía de pequeños ejidatarios y minifundistas privados. (Robles, citado en Rubio, 2012).

En este sentido, es importante mencionar que el incremento de la productividad debido a los factores anteriormente mencionados, brindaron los elementos necesarios para que la producción comenzara a basarse, principalmente, en la intensificación del trabajo, lo que reduce el valor de la fuerza de trabajo; ante esto, Marini (1982: 23) afirma que “[...] el eje de acumulación de la economía industrial se [ha desplazado] de la producción de plusvalía absoluta a la de plusvalía relativa, es decir, que la acumulación [ha pasado] a depender más del aumento de la capacidad productiva del trabajo que simplemente de la explotación del trabajador”.

De la Peña y Morales (citados en Rubio, 2012) explican que los salarios mínimos rurales se establecían a modos de reflejo de los urbanos, sin embargo, este reflejo tenía diferencias negativas para los salarios rurales; entre 1940 y 1945, éstos eran 15% menores que los primeros, siendo que para 1950-1951 esta diferencia ya se había incrementado a 25%. De esta manera, la pérdida del poder adquisitivo del salario fue uno de los elementos que contribuyó a que poco a poco este modelo sustitutivo se viera en la necesidad de ser reemplazado, al dejar de ser lo suficientemente rentable para el capital. Las diferencias sociales que esto generaba, paulatinamente se iban tornando más grandes, a la vez que el gobierno favorecía cada vez más a los hacendados y empresarios. Así pues, esta acumulación

articulada el Estado, industrial, obreros y campesinos, comenzaba a deteriorarse gradualmente, al mismo tiempo que el fordismo llegaba a su límite productivo.

A pesar de ello, aunque los campesinos participaban activamente en la producción agrícola, un sector de los agricultores se convirtió en una especie de asalariados de la gran agroindustria; es decir, participaban activamente en la producción de alimentos, pero en gran medida lo hacían subordinadamente a la agroindustria. Como vemos, el campesinado estuvo también subordinado a los intereses del capital, sin embargo, la diferencia más evidente y la más importante entre aquella etapa —del desarrollismo— y la actual —neoliberal—, es que con su participación (subordinada), le era posible reproducirse socialmente, mientras que en el momento actual, además de ser explotados son excluidos.

A mediados de la década de los años setenta, se profundizó el deterioro de la acumulación articulada desarrollista; con esto tuvieron su lugar en la historia, una serie de cambios que, si los analizáramos aisladamente no tendrían quizás un impacto considerable sobre la forma de acumulación implantada por el desarrollismo.

A partir de 1966 se abrió paso un paulatino estancamiento en la producción agrícola que se mantuvo hasta 1977, y que se reinició en 1982, el resultado de esto, fue el constante incremento de la importación de alimentos y materias primas agrícolas³⁵; así se expresaba el “fin de la autosuficiencia alimentaria y de la capacidad del sector agrícola mexicano para aportar suficientes materias primas a la industria, alimentar a la población urbana y generar divisas, es decir, para soportar la industrialización y la urbanización, para cumplir sus funciones en el desarrollo capitalista.” (Pradilla, 2009: 227).

La crisis del modelo sustitutivo se profundizó, según Rubio (2012), cuando el salario real comenzó a crecer más rápidamente que la productividad del trabajo, lo que devino en la caída de la tasa de plusvalía y finalmente en el declive de la cuota de ganancia industrial. De este modo, para contrarrestar la caída de la cuota de ganancia, se debía reducir el salario real; a su vez, la caída del salario real se tradujo en el decaimiento de la capacidad de compra y de poder adquisitivo de los trabajadores, con lo que se truncaba la realización de las mercancías en del mercado interno —que era la base y el sustento del *crecimiento hacia adentro* y del

³⁵ Éstas pasaron del 5% entre 1954 y 1969 a 10% entre 1973 y 1978 (Pradilla, 2009).

dominio articulado—. La reducción del salario real significó el decremento del tiempo de trabajo necesario —para alcanzar su salario, aunque este salario no necesariamente alcanzaba para cubrir las necesidades de reproducción social—, de esta manera, “mediante el aumento de trabajo excedente sobre el necesario, [se] puede modificar la cuota de plusvalía” (Marini, 1991: 26). En general, esta ha sido la forma en que se ha buscado recuperar la tasa de ganancia del capital.

El régimen de acumulación fordista comenzó a fracturarse a la par del resquebrajamiento de fuerzas económicas mundiales y la pérdida de hegemonía estadounidense; asimismo, el keynesianismo y su Estado de proteccionista comenzaron a ser vistos con escepticismo y cuestionados sobre si en verdad eran el paradigma que conducía al desarrollo; y por último, el derrumbe de países socialistas y la crisis y (supuesto) fin del marxismo (Rubio, 2012). Además de esto, Pradilla (2009) hace referencia a que la reproducción simple y ampliada del capital industrial exigía una masa creciente de medios de producción importados, cuyo costo debía ser solventado por las exportaciones agropecuarias y mineras; el déficit crónico de la balanza comercial surgió cuando éstas exportaciones no pudieron crecer al mismo ritmo que su demanda y el mercado tendió a saturarse. El déficit, señala Pradilla, debió ser cubierto por el endeudamiento externo.

Estos cambios no sucedieron linealmente, sino que algunos, como la crisis del keynesianismo comenzó desde principios de los años setenta, mientras que el derrumbe de los países socialistas, hasta fines de la década de los ochenta. No fueron eventos sucesivos, ni todos a la par, pues cada uno fue un proceso paulatino, entre los cuales indudablemente hay conexiones y conjuntamente, brindaron las condiciones suficientes para que un nuevo modelo de producción sustituyera paulatinamente al Estado de proteccionista y al keynesianismo: el neoliberalismo.

A pesar de que los salarios se redujeron, los precios de los alimentos no hicieron lo mismo, con lo que sólo se perjudicó el poder adquisitivo de los trabajadores. Con el establecimiento del neoliberalismo como nuevo paradigma económico, el panorama económico del país y en general de América Latina, pintaba cada vez más deplorable: quebraron cientos de empresas, el salario se redujo y disminuyó su poder adquisitivo, bajaron la productividad y las exportaciones, al mismo tiempo que las importaciones crecían, creció

la deuda externa, poco a poco concluyeron los créditos y subsidios al campo y el reparto agrario; las migraciones del campo a la ciudad no se detuvieron, el campo quedó casi abandonado, incrementó el desempleo y con ello, el fin de la producción barata y abundante de alimentos (Rubio, 2012). En conjunto, estos elementos propiciaron el fin de un proyecto productivo que otorgaba ciertas protecciones al sector de los trabajadores

Prácticamente desde el inicio de la industrialización se demandó de una gran cantidad de mano de obra que las ciudades, por sí mismas, no podían satisfacer, tanto por el número de empleados como por los salarios urbanos que en general era más altos que los rurales; de tal forma que comenzó a ser demandada mano de obra de las zonas rurales y con ello el comienzo del gran éxodo rural. Sin embargo, durante la crisis del modelo sustitutivo y de la industrialización dependiente, la migración no se detuvo, por lo que el incremento de la población urbana acrecentaba la demanda de alimentos que el campo ya no podía abastecer. Además, la demanda de trabajo nunca pudo absorber por completo las migraciones, generando grandes cinturones de miseria alrededor de las ciudades.

El crecimiento poblacional, primordialmente urbano que sobrevino durante esta época, provocó que la cantidad de población rebasara en número a la producción interna de alimentos, generándose un déficit en el abasto de los granos, situación que, junto con el estancamiento productivo y la crisis del modelo de sustitución de importaciones, condujeron a que la importación de alimentos paulatinamente comenzara a ser más barata que la producción nacional. De esta forma, para dar abasto a la demanda nacional, se tuvo que recurrir a las importaciones, fracturando aún más el modelo desarrollista. Estos procesos, sumados a la coyuntura internacional de la crisis de los setenta debido al alza de precios del petróleo, y a la inserción de la URSS como compradora de granos, condujeron al elevamiento de los precios de granos.

Con el incremento de las importaciones de granos caros, la deuda pública comenzó a crecer y se redujeron los subsidios y créditos al campo, por lo que la producción nacional entró en una especie de ciclo vicioso: con la reducción de los apoyos, también vino la reducción de la producción nacional de alimentos —que también se volvía más cara—, esto condujo a que se incrementaran las importaciones en el momento en que los precios del mercado mundial eran altos, de tal forma que se incrementó la deuda pública y nuevamente

la reducción de apoyos y subsidios. Hubo un agotamiento paulatino, de la acumulación articulada gobierno-industrial-campesinado. Es de esta forma en la que, el pacto social posrevolucionario entre Estado y campesinado, que logró mantener un proyecto económico de nación, se acercaba a su fin.

Es innegable la participación de la agroindustria en la producción agrícola, sin embargo, hubo una participación incluyente de los campesinos en la agroindustria, esto quiere decir que, no sólo se permitió la participación de productores rurales en la producción de alimentos, sino que se fomentó; una pieza clave en esta etapa del desarrollismo es que el capital industrial no interfería en gran medida en la fase productiva campesina, por lo que el campesinado tenía relativa autonomía en cuanto a la producción —aunque esta siempre subordinada y controlada por el Estado—.

Con las reformas al artículo 27 constitucional de 1992 sólo se consolidó la debacle del campo mexicano, que en realidad fue la culminación de un anquilosamiento añejo y de una crisis que venía desde la década de los ochenta, cuando se comenzó a importar alimentos. Las contradicciones del capitalismo se hacían cada vez más evidentes, pues por un lado se buscaba un mercado de consumo —interno aún— de las mercancías que aquí se producían, mientras que la capacidad adquisitiva de los trabajadores decrecía. El desarrollismo fue “un modelo que [los] llevó de la explotación a la exclusión, de un sistema injusto donde los campesinos producían alimentos y materias primas baratos para subsidiar el desarrollo industrial a un sistema marginador donde los productores nacionales de básicos son arruinados por las importaciones y los agroexportadores por la caída de los precios internacionales” (Bartra, 2003: 28).

El modelo de sustitución de importaciones, como ya dijimos, fue un proceso que tuvo lugar prácticamente en toda América Latina y que transformó, particularmente, las realidades de cada país. En términos de lo que plantea Jaime Osorio, podemos decir que la ISI modificó, “las formas como el capital se reproduce en periodos históricos específicos y en espacio económico-geográficos y sociales determinados, sean regiones o formaciones económico sociales. [...]” (Osorio, 2004: 36).

La ISI fue muy prometedora y parecía alcanzar sus frutos prontamente. El campo fue sin duda, un sector estratégico de este modelo de desarrollo. Por un lado, se trató de apoyar al sector campesino con tierras, subsidios y créditos, de tal forma que hubiera una producción constante; por otro lado, sólo se dotó de verdadera infraestructura industrial a una pequeña porción del sector agrícola. Este proceso tuvo dos objetivos primordiales: 1) mantener una producción constante de alimentos en el campo y satisfacer la demanda nacional y; 2) mantener el control de la organización del campesinado mediante el corporativismo de Estado. Este segundo punto es importante, porque el corporativismo estatal formó parte —y forma aún, aunque en menor medida— de la compleja estructura del pacto social que permitió al PRI controlar las elecciones y arrasar con “carro completo” los cargos populares, de controlar organizaciones, sindicatos, etcétera; permitió también, mantener cierta estabilidad política, ya sea a través de la ideología, las opiniones o el uso de la fuerza policial, en momentos de mayor efervescencia política mediando las relaciones entre los distintos intereses de clase. Se ha convertido en una práctica política común en nuestro país a la que recurren la mayoría de los partidos políticos; es uno de esos vicios de los que la partidocracia mexicana no se desprende. León (2011: 189) menciona que “El reparto agrario, [funcionó] como instrumento gubernamental de corporativismo y clientelismo político, de control de oligarquías locales y de apaciguamiento de conflictos sociales”. El clientelismo político incluyó a los campesinos al proyecto de nación, por lo que éste fue también importante para el proceso de industrialización.

Bajo el paradigma neoliberal, el campesinado ha dejado de ser una clase constituyente del sistema económico. Cada vez más, el campesino es visto como un obstáculo que impide el desarrollo económico. El campesino y las formas de organización y propiedad social de la tierra, como el ejido y las comunidades agrarias, bajo estos términos, son retrógradas y vistos como elementos anacrónicos de la modernidad occidental. Aun cuando es él quien sigue laborando largas jornadas de trabajo, ha dejado de ser incluido, por lo que además de ser explotado, es excluido, inclinándose la balanza sobre todo a este segundo elemento. La fase agroexportadora neoliberal se caracteriza por un tipo de subordinación o dominio excluyente. El hecho de que sea excluyente, no quiere decir que el campesino ha dejado de ser útil al capital —aunque esto aparenta—, pues, por el contrario, los subordina, explota y excluye, convirtiendo a fuerza de trabajo en desechable. Se convertido a los campesinos en

asalariados, que deben vender su fuerza de trabajo ya sea como jornaleros o como trabajadores descalificados en las ciudades.

Shneider (2004) señala que, la profundización del progreso técnico, la flexibilización laboral y la reducción del papel del Estado como regulador económico, eventos que se incrementaron sobre todo después de la caída del Muro de Berlín y de las reestructuraciones económicas comenzadas en la década de los setenta y ampliada en la de los noventa, son la manifestación más clara del fin del régimen fordista de producción y de expansión del proyecto neoliberal. Asimismo, en cuanto a los cambios que se tuvo en la agricultura y el sector rural, señala que: se aceleraron los procesos comerciales y se profundizó la competitividad en función del control de la producción por parte de poderosas cadenas agroalimentarias; lo rural dejó de ser el *locus* específico de las actividades agrícolas. Dicho esto, podemos ver más claramente como el sector rural dejó de tener el papel central que tuvo como productor de alimentos durante la etapa industrializadora.

“El Modelo Neoliberal es urbano por naturaleza: se sustenta en la exportación de bienes industriales hacia clases altas y países desarrollados. Excluye a la agricultura nacional productora de alimentos básicos y avanza generando la marginación a su paso. Construye los monstruos urbanos del subdesarrollo: una enorme cabeza citadina sostenida sobre disminuidos pies rurales.” (Rubio, 2012:45). Estos pies rurales son los que históricamente han sido el sustento del desarrollo y avance económico de las ciudades, y de los que aun negándolo, depende.

La subordinación del campo a la ciudad se produjo y se reproduce en distintas escalas; el campo no ha servido únicamente a la reproducción y crecimiento de la industria y la burguesía nacional, también les permitió a los países centrales fomentar su desarrollo industrial. Mientras éstos se industrializaban, confiaban al mercado exterior — específicamente a América Latina— su abasto alimenticio. El campo mexicano, y en general, el latinoamericano, han sido históricamente subordinados multiescalarmente, la diferencia fundamental es que con su salario tenían la capacidad de reproducirse socialmente, mientras que ahora es insuficiente para sobrevivir. Esta relación de sometimiento ciudad-campo es

una de las formas mediante las cuales se reproduce la dependencia³⁶ latinoamericana. Para Echeverría (2013: 81) “la ciudad latinoamericana ha dependido de manera decisiva [del] protagonismo de la riqueza del campo como sustento de la empresa histórica estatal-nacional en la que se ha desarrollado”.

Bajo la careta de la democratización y del adelgazamiento del Estado de desarrollista, el neoliberalismo ocupó el lugar que dejó el desarrollismo. El neoliberalismo entró con fuerza en los países dependientes a través de los procesos de privatización de las empresas que alguna vez fueron públicas. Si bien ha sido un proceso que en algunos países, europeos principalmente, comenzó desde mediados de la década de los setenta, en México se considera su inicio durante el sexenio de Miguel de la Madrid (1982-1988), actuando con mayor vigor durante la década de los años noventa. Ha sido un proceso en el cual paulatinamente han sido vendidas empresas públicas al sector privado, otras más, completamente desaparecidas, tal como ha sucedido con sindicatos, servicios y prestaciones laborales.

La subordinación campesina no pasa únicamente por cómo se les mira, por ejemplo, trasladarlos de productores a indigentes o necesitados y dependientes de la beneficencia pública; este discurso y esta forma de verlos tiene formas concretas en las que se materializa, la mendicidad, el ambulante, el servicio doméstico o la lumpenización son, de acuerdo con Pradilla (2009), algunas de sus formas de reproducción más miserables a las que son orillados. Los programas gubernamentales destinados al campo no están enfocados ya a mejorar la capacidad productiva de los campesinos, sino a reducir la pobreza; dichos programas, que cambian de nombre sexenio tras sexenio no han ni reducido la pobreza ni incrementado la producción campesina³⁷, a través de éstos se perpetúa su condición de pobres y subordinados, y se reafirma de la de excluidos. El sector campesino sigue siendo visto como un lastre, pero que es de gran utilidad sobre todo en épocas electorales.

³⁶ La dependencia es entendida “como una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia. El fruto de la dependencia no puede ser por ende sino más dependencia, y su liquidación supone necesariamente la supresión de las relaciones de producción que ello involucra” (Marini, 1982: 18). Es en este sentido en el que hablamos de una reproducción en distintas escalas, de la subordinación campo-ciudad.

³⁷ Véase: “De Solidaridad a Prospera: 4 nombres y pocos resultados contra la pobreza”, en línea en: <http://mexico.cnn.com/nacional/2014/09/03/de-solidaridad-a-prospera-4-nombres-y-pocos-resultados-contra-la-pobreza>

Debido al tamaño y población de las grandes ciudades, quizás sea este el momento en que más se depende de la explotación de la fuerza trabajadora campesina pero, contradictoriamente, es el momento en el que menos se le reconoce y más se le excluye y denigra. Esta es, indudablemente, una contradicción de la fase neoliberal actual, pues a pesar de que los campesinos no han sido “invitados” a venir a las ciudades, han sido éstas las que a través de las diversas formas de subordinación y exclusión, como el despojo, el desempleo, la reducción de apoyos y subsidios, o en otras palabras, excluyéndolos del proyecto de nación, los han orillado a venir en su búsqueda de alguna forma de subsistencia.

El modelo desarrollista no fue equitativo, pero fue incluyente al consentir la participación campesina y obrera en la producción nacional, y sobre todo, al permitir la reproducción social a través de los salarios con suficiente poder adquisitivo. No obstante, este modelo estuvo condenado desde su nacimiento al fracaso, pues países como Argentina, Brasil y específicamente México, nunca llegaron a conformar una verdadera economía industrial, y, por el contrario la industria que se desarrolló nació subordinada a la producción y exportación de bienes primarios (principalmente), que eran los que constituían el núcleo del proceso de acumulación (Marini, 1982); para los países latinoamericanos —y México no es la excepción— estaba reservada la tradicional industria siderúrgica y metalúrgica y la industria agroalimentaria, mientras que para los países centrales, estaba reservada la industria electrónica y de mayor tecnología.

Aunado a esto, los países latinoamericanos, incluido por supuesto México, en muchas ocasiones no fueron capaces de desarrollar su propia tecnología sino que recurrieron a la compra de maquinaria de segundo uso de los países centrales, México, por ejemplo, a Estados Unidos. De la misma manera, la industrialización latinoamericana, no se constituyó por la demanda local, sino que respondió en muchas ocasiones a una demanda preexistente en los mercados extranjeros (Marini, 1982).

El gran cambio, además de la exclusión del campesinado, es que la producción de alimentos no depende ya de su consumo interno, sino de las exportaciones; mientras que las importaciones abastecen al consumo nacional. La nueva economía exportadora, “acentúa hasta el límite las contradicciones que le son propias [al capital]. Al hacerlo, configura de manera específica las relaciones de explotación en que se basa, y crea un ciclo de capital que

tiende a reproducir en escala ampliada la dependencia en que se encuentra frente a la economía internacional” (Marini, 1982: 53). Ha sido el triunfo de la mundialización el que ha impuesto, a través de la transición del campo tradicional al agroindustrial subsidiado por la ciudad, la necesidad de desdeñar la base natural de la producción agrícola, por una base tecnológica y artificial (Echeverría, 2013)³⁸; y que ha traído consecuencias penosas a la producción y organización campesina.

Esta etapa productiva conducida por el desarrollismo y el keynesianismo significó una reorganización en la división internacional del trabajo, en la que aparentemente, los países dependientes tendrían más capacidad de decisión en cuanto su producción y abastecimiento. Fue esta etapa la que incluyó a los campesinos en aquella división del trabajo; la subordinación campo-ciudad no respondía únicamente a factores de la escala nacional, sino que respondía también, a factores de escala internacional.

La fase agroexportadora neoliberal no ha traído la misma suerte para todos los productores agrícolas, de forma general, mientras que en América Latina el sector campesino ha sido olvidado, devastado y desahuciado, para los agricultores y *farmers* de países centrales ha significado el incremento de su capacidad productiva; en México se rompió el pacto social con el campesinado, han sido excluidos, se incrementó la dependencia alimentaria y las importaciones, las migraciones se han incrementado junto con la pobreza; a los campesinos se les ha despojado de sus tierras y sus recursos naturales, de su cosmovisión; se les ha dado la espalda y se les ha ignorado, sin embargo, no han desaparecido, ellos siguen ahí.

³⁸ Sin embargo esto no ha significado la sustitución absoluta de la base natural de la producción agrícola.

Capítulo II

Territorio y superexplotación, formas de despojo

“La praxis social cobra así la forma de actividad práctica revolucionaria que entraña la destrucción de un orden social dado para instaurar o crear una nueva estructura social. Se abre así —y se ha abierto históricamente— un ancho campo de violencia. La materia de la acción humana se resiste a ser transformada y la acción del hombre adopta una forma de violencia porque sólo ella permite remover obstáculos para que una creación tenga lugar.”

Adolfo Sánchez Vázquez en “Filosofía de la praxis”.

El territorio es una categoría que tiene una fuerte carga política, de disputas e intereses divergentes. En éste, se van concretando las prácticas de despojo, que se han vuelto una acción cotidiana en el andar del neoliberalismo; sin embargo, como hemos de ver, estas prácticas son también diversas. De esta manera vemos distintas formas de despojo; algunas visibles y evidentes, como el arrebato de territorios, y otras ocultas en las prácticas cotidianas, como el trabajo. Así, la superexplotación del trabajo se convierte en una de las formas más violentas de expoliación, no sólo al extraer plusvalor del trabajador, sino al deteriorar prematuramente su vida y arrebatándole años de ésta.

El neoliberalismo y los cambios estructurales que devinieron con su implantación, no se pueden entender si no es gracias a las prácticas estatales que permiten la reproducción capitalista. En este sentido, analizamos cómo es que la “retirada” del Estado no han sido otra cosa sino una reestructuración política, que favorece y da cabida a las prácticas capitalistas.

2.1 Producción y apropiación del espacio: el territorio

Las relaciones sociales capitalistas han generado grandes diferencias económicas y sociales, polarizando el mundo en el que vivimos; son estas diferencias las que para mantenerse a sí mismas —en beneficio de una clase dominante— requieren constantemente de la violencia del capital³⁹ y de sus medios de coerción y coacción ejercidos por los aparatos de Estado. Este poder de la clase dominante se ejerce no sólo a través de la violencia directa, sino que es ejercida primordialmente, por medios más sutiles de violencia —no por ello menos violentos—, a la que hemos denominado estructural. Esta forma de violencia está en la condición misma del capitalismo, la historia nos muestra la recurrente necesidad de ésta, pero que busca ser ocultada por la violencia subjetiva. De esta manera, la hegemonía⁴⁰, la implantación de formas de vida y pensamiento y el despojo, son imposiciones intrínsecas de la propia cotidianeidad inserta en la reproducción del capital. Sin embargo, ante estas formas de imposición, hegemonía y despojo, han existido, y existen, formas de lucha y resistencia social de aquéllos que se niegan a abandonar sus históricas formas de vida y reproducción social.

El espacio ha sido generalmente considerado por las ciencias sociales como un ente neutral, sin cargas ni tendencias económicas y mucho menos políticas; de igual forma, desde los enfoques tradicionales de la geografía se le ha prestado poca atención al considerarlo como un espacio neutro y (únicamente) objetivo, es decir, un espacio dado, que existe *per se*, independiente de las relaciones sociales y de los sujetos (Ortega, 2000). No partiremos de esta idea sino de un espacio socialmente activo, y que, contrariamente, es un espacio no neutral y plenamente político; no es un espacio dado, fijo, ni preexistente, sino uno producido y reproducido en la cotidianeidad de las relaciones sociales históricas. En este sentido,

³⁹ Las diferencias sociales son la esencia del capitalismo, las desventajas de algunos, mantienen los privilegios de otros pocos. Para esto, el capital recurre constantemente a distintas formas de violencia, objetiva y subjetiva, por medio de las cuales se procura mantener y garantizar la oportuna reproducción del capital.

⁴⁰ Roseberry (2002: 220) propone utilizar el concepto “no para entender el consenso sino para entender la lucha; las maneras en que el propio proceso de dominación moldea las palabras, las imágenes, los símbolos, las formas, las organizaciones, las instituciones y los movimientos utilizados por las poblaciones subalternas para hablar de dominación, confrontarla, entenderla, acomodarse o resistir a ella. Lo que la hegemonía construye no es, entonces, una ideología compartida, sino un marco común material y significativo para vivir a través de los órdenes sociales caracterizados por la dominación, hablar de ellos es actuar sobre ellos”.

afirmamos que el espacio es político, ideológico y estratégico; Lefebvre (1976a) explica que aunque en apariencia un espacio se muestre neutro e indiferente, éste tiene una intencionalidad política e ideológica, siendo justamente estas características aparentemente neutrales, las que generan que se muestre como tal, no obstante, la configuración de la espacialidad social, responde cuestiones históricas y políticas, no naturales.

A partir de lo anterior, es que el espacio ha sido un instrumento de utilidad para el capital, por medio del cual ha logrado sostener y ampliar sus formas de reproducción. El espacio se constituye entonces, de elementos objetivos y subjetivos. Los territorios son controlados o instrumentalizados de distintas maneras: una de las formas más recurrentes, según señala Lefebvre (1976a), es el ordenamiento territorial, y más recientemente, el ambientalismo y la protección de la naturaleza. El espacio es el instrumento que media las estrategias del capital a través de las políticas gubernamentales, se busca que mediante las leyes o el uso de la fuerza policial, la reproducción capitalista esté garantizada; además de ser instrumento, el espacio es un proyecto político.

No obstante, el espacio es también la mediación que puede permitir a la sociedad, a sus pueblos y a sus distintas formas de organización social, “[...] frenar, revertir y ensayar nuevas formas productivas no capitalistas, [lo que] nos obliga a reconocerlo como un resultado parcial de nuestra propia obra histórica colectiva” (León y Calderón, 2011: 19). El espacio como instrumento político es utilizado no solamente por el capital, sino que también puede —y debe— ser utilizado por la organización social⁴¹ con el fin de crear espacialidades más justas y equitativas.

De acuerdo con Lefebvre (1976a), la estrategia de cada clase trata de asegurar la reproducción de sus relaciones sociales —capitalistas o no—, a través de la totalidad del espacio. En este sentido es que entendemos que un mismo espacio puede ser disputado, apropiado, concebido, imaginado y materializado de distintas maneras, por distintas clases; sin embargo, cuando hablamos de una apropiación y específicamente de una instrumentalización consciente de la espacialidad⁴² en función de un proyecto o fin político

⁴¹ No nos referimos únicamente a la conformación de distintos grupos políticos o sociales, sino, en general, a la generación de una cohesión social.

⁴² Ésta es la materialidad de la tensión entre las tres dimensiones del espacio: vivido, percibido e imaginado. La espacialidad media la forma, función y estructura del espacio.

del sujeto social que lo genera, nos referimos entonces, a una territorialidad (León, 2011). El capitalismo, sin embargo, se apropia del espacio, material, simbólica, ideológica, objetiva y subjetivamente; de dicha manera, “el capitalismo no se ha mantenido más que entendiéndose a la totalidad del espacio” (Lefebvre, 1976a: 99). Este mismo autor explica que el capitalismo se ha extendido apropiándose de todas las condiciones materiales que antes existían, por ejemplo la agricultura, el patriarcado, las condiciones diferenciales de la naturaleza, etcétera; a la vez que se ha extendido al crear nuevas formas de acumulación y despojo, como la industrialización, el ocio, la cultura y la urbanización.

Es gracias a la apropiación de dichas condiciones materiales que el capitalismo produce nuevas formas de reproducción y nuevas espacialidades. No obstante, los espacios que se ha apropiado y se apropia el capital, al no ser espacios neutros, son disputados por otros grupos sociales con concreciones materiales, intencionalidades y finalidades políticas distintas; dentro del espacio capitalista los territorios están en una constante lucha de poderes y disputa política.

El concepto de territorio, entendido como una concreción política del espacio asumida por algún grupo social, está mediado por verticalidades y horizontalidades de escalas globales, nacionales y regionales, esto quiere decir que no es posible entender al territorio como una simple concreción de las configuraciones locales, sin interconexiones con otras escalas, así como tampoco es posible entenderlo simple y llanamente como una manifestación de la influencia global (Gehlen y Riella, 2004). En este sentido, el territorio es un centro articulador de mediaciones entre las heterogeneidades locales y globales (Shneider, 2004), es el lugar donde convergen los intereses, los proyectos políticos y las finalidades de distintos sectores sociales, distintas clases. El concepto de territorio es identidad, resistencia, lucha, autodeterminación, reapropiación y revalorización⁴³, pero al mismo tiempo es conflicto y fragmentación. El territorio es también, un proyecto político que cada vez adquiere más importancia y cada vez resuena más en la organización de resistencias sociales.

⁴³ Sin embargo, estas características del territorio, debemos recuperarlas con precaución, pues al mismo tiempo que pueden ser reivindicativas, también están atravesadas y son formas del ejercicio de la violencia objetiva; son formas por las que discursivamente se reproduce el capital.

Guiados por distintas finalidades y por distintas relaciones sociales, los espacios son intencionalmente manipulados y transformados; de esta manera “la formación de territorio es siempre una fragmentación del espacio” (Mañano, 2011: 25); toda vez que existe una desterritorialización a través de la expansión del capital, tiene lugar una nueva reterritorialización (Ortiz, 1998). Debemos centrar parte de nuestra atención en los procesos de desterritorialización campesina, reterritorialización capitalista, y las formas en que, desde la organización social y campesina se busca se intenta recuperar los territorios perdidos.

El capital requiere constantemente de realizar ciertas reconfiguraciones⁴⁴ al espacio con el fin de alcanzar y asegurar su acumulación y reproducción. Sin embargo, dichas relaciones sociales se concretizan en distintos niveles escalares, por lo que un mismo territorio que puede aparecer de manera fragmentada, puede ser un territorio con distintas territorialidades en menor escala; esto sostiene la heterogeneidad de los proyectos políticos distintos que pueden conformar y confrontar dicho territorio, es esta la articulación de diversas escalas. La fragmentación e integración de un territorio por fracciones de otros territorios, implica que cada uno es una totalidad que se diferencia de los otros por las relaciones sociales y escalas geográficas y que además son dotados de distintos contenidos políticos, pero que vistos de manera conjunta, se interrelacionan; a esto es a lo que Mañano (2011) ha nombrado como la *multiescalaridad* y *multidimensionalidad* de los territorios. Para reforzar esta idea de territorio, retomamos la definición de Becker (Citado por Shneider, 2004: 109), quien menciona que es “un producto producido por la práctica social, y también un producto consumido, vivido y utilizado como medio, sostenido, por lo tanto por la práctica social”⁴⁵

Es justamente a partir de la concreción del neoliberalismo como proyecto productivo y como ideología, que el espacio rural sufre una reterritorialización en función de los intereses de la reproducción del capital; ésta se ha efectuado a partir de diversas prácticas de despojo —que explicaremos más adelante—, dicha reterritorialización ha sido mediada por políticas públicas que más que resolver los distintos intereses entre capitalistas y

⁴⁴ Por ejemplo, construcción de infraestructura, eliminación de barreras físicas, reformas y creación de leyes, establecimiento de discursos, etcétera.

⁴⁵ Traducción propia del original: “um produto produzido pela prática social, e também um produto consumido, vivido e utilizado como meio, sustentado, portanto a prática social”.

campesinado, profundizan las desigualdades y las tornan más conflictivas. Mançano (2011) señala que la menor capacidad de autodeterminación de las comunidades brinda una menor posibilidad de incidir sobre las políticas públicas que impactarán sobre su territorio. Por más que se arguya a favor del incremento de la capacidad de decisión de las comunidades rurales, la realidad de la mayoría de las políticas públicas, es que favorecen la apropiación de territorios por el capitalismo, propiciando el despojo y las relaciones sociales capitalistas. Esta transformación se materializó, principalmente, en los retiros de apoyos y subsidios al campo⁴⁶, el decremento de la producción nacional y el aumento de las importaciones de alimentos, el incremento de la pobreza en el campo y la migración masiva del campo a las grandes ciudades⁴⁷; el GATT (siglas en inglés del Acuerdo general sobre Aranceles Aduaneros y Comercios), las reformas al artículo 27 constitucional en 1992, la entrada en vigor del TLCAN y los programas asistencialistas de carácter nacional como Solidaridad, Progresá, Oportunidades, Próspera y Procampo, son parte de las políticas específicas a través de las cuales se concretiza el proyecto político neoliberal.

Un mismo espacio puede tener distintas apropiaciones y proyectos políticos, que lo ponen en constante conflicto; así pues, partiendo de la idea del espacio como producto social y de los territorios como una forma específica de apropiación, de acuerdo con Mançano (2011: 30), existen “varios tipos de territorios que están en constante conflicto. [Por lo que] considerar al territorio como uno es ignorar la conflictividad”.

En cuanto a la apropiación capitalista del espacio y la necesidad de ampliación del capital, Lefebvre (1976a:102) menciona que “La inversión desencadenada del capital no puede soportar la ralentización y se ve abocada a buscar sin tregua terrenos, territorios, nuevas zonas. O bien, compensaciones”. El capital ha tenido la histórica necesidad de la expansión de sus medios de producción, es por ello que el mismo Lefebvre menciona que el capital se reproduce *por y en la totalidad del espacio, y por y en el espacio instrumental*. Evidentemente, las relaciones sociales son una de las dimensiones de la totalidad del espacio. En este sentido, cuando el capital controla dicha totalidad, también lo está haciendo con las

⁴⁶ Rubio (2012), sostiene que la participación porcentual del sector agrario de América Latina en su conjunto, representaba en 1940 el 25.1%, para 1970 significó un 13.8% y para 1997 tan sólo el 6.55%.

⁴⁷ La mayor apertura comercial y la consecuente competencia capitalista desprotegió a la gran mayoría de los productores mexicanos, asignándoles paulatinamente la condición de exclusión.

relaciones sociales, de forma tal que no existen formas de relación social que escapen a tal control.⁴⁸ Ávalos (citado por Benítez, 2011: 159) menciona que “si el capital no es una forma económica sino una forma de vida humana, entonces el Estado y la política se forman o constituyen desde y en la totalidad del capital”.

El capital articula la totalidad del espacio, y en buena medida lo alcanza a través de su expansión geográfica o espacial. Si partimos de la idea de que el espacio se constituye no sólo de condiciones concretas, materiales y objetivas, sino también de elementos simbólicos y subjetivos, entonces, cuando hablamos de que el capital se ve en la necesidad de expandirse espacialmente, no nos referimos únicamente a una cuestión de términos numéricos de extensión de terreno —condiciones concretas—, sino también a una expansión ideológica y simbólica —condiciones subjetivas—. La etapa neoliberal actual, aunque sigue aprovechando la ampliación geográfica —hablando en términos concretos—, se ha beneficiado bastante de su extensión ideológica. Éstos no son procesos separados que sólo convergen en determinado punto, más bien son dos dimensiones (ideológica-material) de un mismo proceso, el de expansión de las formas de reproducción capitalista.

Harvey (2004), señala que la expansión geográfica implica inversiones en infraestructura, física y social, como transportes, vías de comunicación, así como educación e investigación. La expansión del capital, abarca cuestiones materiales e inmateriales. En este sentido la realización de las mercancías se ha asumido no solamente en su forma típica de compra-venta, sino que se ha asumido incluso como una forma de vida y una ideología.

Los cambios de los procesos productivos en función de las necesidades propias del sistema capitalista tienen una expresión material y concreta. El capital es contradicción, y una de las formas en que el capital alcanza su reproducción ampliada es por medio de los cambios en el patrón de reproducción del capital⁴⁹, sin embargo, estos cambios han

⁴⁸ Podrían existir ejemplos de pequeñas comunidades en ciertos lugares del planeta cuyas relaciones no son meramente capitalistas, sin embargo, salen de la vista del capital al ser ínfimas, y asimismo de nuestra escala de análisis.

⁴⁹ Por patrón de reproducción del capital es, según Valenzuela (1997: 27), “una forma históricamente delimitada, de funcionamiento de la economía capitalista. [...] el fenómeno implica un conjunto de aspectos básicos que asumen rasgos específicos y que se articulan entre sí de un modo que también es peculiar”. El neoliberalismo forma parte de la estructura política que ha dado cabida a la transición del desarrollismo al nuevo patrón de especialización productiva (Osorio, 2012).

remarcado aún más las diferencias socioeconómicas en cuanto a la producción de mercancías. Cuando hablamos de que el capital es contradicción nos referimos, por un lado, a que el capital busca, en cierta medida, la homogeneización del consumo, mientras que, por el otro, mantiene las diferencias sociales, y las profundiza, impidiendo dicha homogeneización. En otras palabras, el capital requiere de una complicada relación entre homogeneidad y heterogeneidad, pues son las diferencias tecnológicas las que permiten la producción y acumulación desigual del capital, son las que alimentan la reproducción capitalista.

Al mismo tiempo que el capital amplía sus mercados, también los hace con sus formas de producción, de esta manera, se

ha ido variando desde el trabajo a domicilio, las primeras manufacturas, las grandes industrias, el fordismo y el trabajo en cadena, el posfordismo (o “toyotismo”) y la conformación de equipos flexibles, la producción *just in time* [...]. [No obstante], el predominio de cierta organización del trabajo no supone necesariamente la extinción de las formas previas, sino regularmente su combinación (Osorio, 2004: 52).

Evidentemente, esta reconfiguración en cuanto a la organización y reestructuración del capital tiene una base concreta y material, es decir, las empresas y fábricas se sitúan en algún lugar específico e identificable, sin embargo, como hemos explicado, la expansión geográfica del capital no se refiere únicamente a esta base material, sino también a la combinación de formas de reproducción —objetivas y subjetivas—. Cuando Mançano (2011: 29) afirma que el capital “necesita apropiarse continuamente de los territorios campesinos para su expansión”, debemos entender que dicha apropiación del territorio campesino no hace referencia únicamente a elementos concretos u objetivos, como el terreno, sino también elementos subjetivos, como sus raíces históricas y culturales. Estas son algunas de las distintas formas de despojo.

El espacio, para el capitalismo, se ha convertido en una mercancía más; se mercantiliza, se compra, vende, revende, fragmenta y pulveriza en función de los intereses capitalistas. Y asumido como tal, adquiere un valor de cambio y un valor de uso.

Los cambios económicos estructurales que sobrevinieron con el fin del fordismo, el modelo desarrollista y el Estado de proteccionista han abierto el cauce a un nuevo patrón de producción, y la consolidación de este

“patrón exportador de especialización productiva en América Latina sólo ha sido posible en momentos de un elevado desarrollo del gran capital local, en todas sus fracciones, en asociación al capital extranjero. Ese desarrollo estructural ha ido acompañado de una gran ofensiva política, tanto por medios coercitivos (de allí muchas de las dictaduras de los años setenta en la región, como consensuales (arropada en la llamada “transición democrática”), lo que ha permitido alcanzar la hegemonía estatal y avanzar en el impulso de las políticas económicas que fortalezcan las modalidades de reproducción del capital afines a sus intereses.” (Osorio, 2004: 64).

La reproducción del capital es impensable sin la acción del Estado; y éste echa mano de los medios coercitivos o visiblemente violentos como la movilización de fuerzas estatales, además de distintos medios hegemónicos y, como dice Osorio, consensuales, tales como los procesos electorales y la transición democrática. La educación, los medios de comunicación y la religión son otros medios ideológicos y culturales que coadyuvan en la reproducción capitalista. Estas son algunas de las estrategias de legitimidad de las que se ayuda la reproducción capitalista.

El capital se expande, y en este proceso de apropiación y creación de nuevos espacios capitalistas, recrea desigualdades. “Ya no hay afuera, todo está conectado, pero no existe homogeneidad espacial ni temporal” (León y Calderón, 2011: 11). A esto es a lo que nos referimos cuando mencionamos que la expansión del capital no es únicamente en términos concretos, visibles y en unidades de medida, sino además, en términos subjetivos y abstractos como la ideología. Aunque evidentemente, la ideología tiene una concreción material en el espacio, es decir, es ésta la que da sentido a la producción capitalista del espacio.

La globalización, es la materialidad de la totalidad del capital; penetra y atraviesa hasta las más distintas formas de organización social. Las especificidades sociales y culturales se ven atravesadas por la modernidad/mundo (Ortiz, 1998). Bajo esta idea podemos entender cómo es que la mundialización, a través de la modernidad y el pensamiento occidental, rompe las fronteras del Estado-Nación. Aquí es importante destacar la idea de *sistema-mundo* de Wallerstein (2006: 32), que se refiere a “una zona espaciotemporal que atraviesa múltiples unidades políticas y culturales, una que representa una zona integrada de actividad e instituciones que obedecen a ciertas reglas sistémicas”.

Bajo estos términos se facilita comprender la penetración de las fronteras del Estado-Nación, que según Wallerstein, ha dejado de funcionar por sí sola como propia categoría de análisis.

El sistema-mundo adquiere la forma de *economía-mundo*⁵⁰, que se diferencia de la *economía mundial*. La primera en algunos momentos estará dominada por ciertas potencias hegemónicas, y cambiará en otros momentos cuando las fuerzas e intereses políticos también lo hagan; lo más importante que buscamos rescatar de la economía-mundo no es quién o quiénes son los que poseen la hegemonía, sino cómo es que estas reorganizaciones proveen una nueva configuración a la estructura del capital, dándole vitalidad a su reproducción y prolongando su acumulación incesante. Asimismo permite entender una división del trabajo específica, correspondiente a sus flujos de capital y trabajo. Por el otro lado, la segunda puede entenderse a “la economía del mundo tomada en su totalidad” (Braudel, 2006: 86).

Debemos partir entonces de que las condiciones sociopolíticas y económicas de algún lugar, no depende únicamente de sus configuraciones internas, así como tampoco únicamente de las condiciones externas, sino de las relaciones escalares del capital, que van configurando particularmente cada lugar.

En cuanto a las diferencias entre globalización y mundialización, Ortiz (1998: xxiv) señala que:

Cuando nos referimos a la economía y la técnica, nos encontramos ante procesos que reproducen sus mecanismos, de modo igual, en todos los rincones del planeta. Hay un solo tipo de economía mundial, el capitalismo, y un único sistema técnico (fax, computadoras, energía nuclear, satélites, etc.). Sin embargo, es difícil sustentar el mismo argumento respecto de los universos culturales. Por ese motivo, [...] el término “globalización” [permite referirnos] a la economía y a la tecnología; [pues] son dimensiones que nos reenvía a una cierta unicidad de la vida social. [Mientras que] el término “mundialización” [permite referirnos] al dominio específico de la cultura. En este sentido, la mundialización se realiza en dos niveles. Primero, es la expresión del proceso de globalización de las sociedades, que

⁵⁰ Para Wallerstein (2006: 40) la economía-mundo es “una gran zona geográfica dentro de la cual existe una división del trabajo y por lo tanto un intercambio significativo de bienes básicos o esenciales así como un flujo de capital y trabajo. [La] economía-mundo no está limitada por una estructura política unitaria. Por el contrario, hay muchas unidades políticas dentro de una economía-mundo, tenuemente vinculadas entre sí en nuestro sistema-mundo moderno dentro de un sistema interestatal”

se arraigan en un tipo determinado de organización social. La modernidad es su base material. Segundo, es una *weltanschauung*⁵¹, una “concepción del mundo”, un “universo simbólico”, que necesariamente debe convivir con otras formas de comprensión (política o religiosa).

Los cambios y ampliación en las formas de reproducción del capital requieren de un simultáneo cambio en las demandas, así,

mientras la lucha por la tierra expresaba una contradicción de clase entre campesinos y empresarios o terratenientes por el medio de producción principal, la lucha por el territorio expresa la contradicción entre el capital global y los pobladores de una región por el lugar de supervivencia, el derecho a integrarse y decidir sobre sus formas de gobierno. Ya que los habitantes se enfrentan a un proceso de exclusión como productores, resisten como pobladores de un territorio que les da el sentido de pertenencia. (Rubio, 2006: 1052).

La etapa neoliberal ha traído uno de los mayores desajustes del sustrato material del territorio campesino, a partir de distintas y renovadas estrategias de despojo que se articulan a las ya existentes (León, 2012). Y es que precisamente el despojo es una de las estrategias de acumulación del capital, por medio de las cuales se apropia de los medios de subsistencia y reproducción social de la clase trabajadora del campo.

2.2 El despojo como medio de acumulación del capital

La sobreacumulación capitalista es el resultado de su búsqueda incesante de reproducción. Ésta, además de ser un excedente de capital, es decir, de una sobreoferta de mercancías en el mercado que no pueden realizarse y de una sobreabundancia de dinero carente de oportunidades de inversión, es también de trabajo, lo que supone una amplia y creciente masa de trabajadores desocupados, generando una caída en la tasa de ganancia; de tal forma que, mientras no se produzcan devaluaciones o incluso la destrucción de dicha excedencia de capital y fuerza de trabajo, la expansión geográfica del capital y la reorganización del espacio son las opciones posibles para el capital (Harvey, 2004). Todo esto sumado al aplazamiento temporal del capital, es lo que Harvey nombra como “el ajuste espacio-temporal”.

⁵¹ Original del autor.

La expansión geográfica del capital, a la que nos hemos referido anteriormente, requiere de dichos ajustes o reacomodos, por eso no debe de extrañarnos la orientación de las inversiones del capital a los países subdesarrollados. No obstante, los flujos del capital direccionados e invertidos en países subdesarrollados, como México, no tiene como finalidad el “desarrollo” de tales países, sino la reproducción de las formas de producción y la acumulación del capital. La apertura y la extensión de los flujos del capital hacia otros países son para liberar la presión de la acumulación en ciertos lugares, así como para ampliar sus formas.

El modo de producción capitalista busca extender y ampliar a sus formas reproductivas a través de los cambios en el patrón de reproducción. Los cambios han sido expansivos y guiados a los ejes productivo y consuntivo. El capital va ampliando y creando nuevas formas de reproducción, tales como el establecimiento de patentes de medicamentos, la denominación de origen de ciertos productos, los biocombustibles y los transgénicos, así como bancos de espermas y la renta de úteros; ha alcanzado incluso a mercantilizar los procesos o ciclos de la naturaleza, por ejemplo, a través del proteccionismo ambiental⁵². Estas son sólo algunas de las más diversas formas en que el capital se reproduce cotidianamente.

Los recursos naturales y el conocimiento de los campesinos generado en torno a éstos ha sido uno de los ámbitos más agraviados con las prácticas de saqueo capitalistas. La información y el control genético de ciertas especies vegetales, se ha vuelto una forma importante de generación de ganancias para el capital, y que ha tenido consecuencias graves para el sector rural. En este sentido, León (2011: 198), afirma que:

⁵² Bajo el discurso de la protección al medio ambiente, se han ido desarrollando diversas estrategias, que han dado pie a la mercantilización de los ciclos de la naturaleza, convirtiéndose así, en nuevas formas de reproducción y acumulación capitalista, tal como sucede con el esquema de Pago por servicios ambientales. Según el Centro para Investigación Forestal Internacional (CIFOR, por sus siglas en inglés), este esquema se define como: “una clase de instrumentos económicos diseñados para dar incentivos a los usuarios del suelo, de manera que continúen ofreciendo un servicio ambiental (ecológico) que beneficia a la sociedad como un todo. En algunos casos, los pagos buscan que los usuarios del suelo adopten prácticas de uso que garanticen la provisión de un servicio en particular”. Tomado de su página de internet: http://www.cifor.org/pes/_pf/1/_ref/sp/sobre/
En el caso mexicano, ha sido un modelo implementado por el propio gobierno, a través del cual, discursivamente, se incluye al campesino en el desarrollo y aprovechamiento de los recursos naturales, pero que en realidad se convierte en una nueva estrategia de explotación y de subordinación.

El interés capitalista en este recurso requirió instaurar un nuevo proceso para el despojo de [...] la riqueza de las comunidades campesinas, el cual trajo consigo el despojo de nuevas tierras y bosques que permitían el control espacial de grandes concentraciones de esta riqueza y de los saberes de aprovechamiento y uso comunitario de la diversidad biológica. Estrategias que rompen la unidad territorial [campesina] mientras imponen nuevas prácticas productivas, bajo el supuesto de la conservación de los ecosistemas, sin que necesariamente se utilicen esquemas de propiedad privada de la tierra.

Los cambios en el patrón de reproducción capitalista, generan excesos de capital y fuerza de trabajo, que deben ser forzosamente movilizados hacia otras partes con el fin de (re)activar la acumulación en nuevos espacios. Sin embargo, la movilización del capital representa únicamente una solución temporal, toda vez que la acumulación no se detiene, sino que, contradictoriamente, se expande. La expansión geográfica del capital y sus ajustes espacio-temporales son sólo un válvula de escape efímera a las casi inevitables y evidentes crisis, pues dicha expansión no frena la crisis, la aplaza (Harvey, 2004).

Son muy diversos los métodos por los que el capital se reproduce; de acuerdo con David Harvey (2004; 2007b), en función de la acumulación originaria o acumulación por despojo⁵³, como él la nombra, estos procesos pasan por la expulsión y despojo de pueblos campesinos e indígenas de sus tierras, así como la mercantilización y privatización de éstas, la conversión de los derechos comunes o colectivos a derechos privados e individuales, la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía y la supresión de formas de producción y consumo alternativas. No podemos afirmar que algunos procesos sean más eficaces que otros, así como tampoco podemos negar la importancia de cada uno de ellos para la reproducción del capital, no obstante, algunos procesos como el despojo de tierras y expulsión de su población, se han visto reforzados e intensificados por el proceso de ampliación del capital, al mismo tiempo que son los más evidentes. Así pues, el proceso histórico de acumulación originaria del que habló Marx, a pesar de sus cambios, matices y amplitudes, continúa operando en la sociedad actual, bajo las más diversas formas.

⁵³ Aunque en la traducción de sus textos generalmente se utiliza la palabra *desposesión*, nosotros utilizaremos la palabra *despojo*, pues ésta, a diferencia de la primera, hace referencia a un proceso de arrebato de aquello que previamente se poseyó, mientras que la primera sólo se refiere a la no posesión, pero no permite explicar las formas que originan esta condición de no posesión.

El despojo, evidentemente, se refiere al cambio de propietarios de un determinado lugar, proceso, conocimiento, etcétera, sea por procesos legales y legítimos o no. No obstante, éste se reproduce también de formas más sutiles, pero igualmente violentas, por ejemplo, a través de “[...] los derechos de propiedad intelectual [...], patentes y licencias de materiales genéticos, plasma de semillas, y [toda una gama de paquetes tecnológicos que] pueden ser usadas contra poblaciones enteras cuyas prácticas de manejo ambiental han jugado un papel crucial en el desarrollo de estos materiales.” (Harvey, 2004: 114). Los campesinos, además de ser despojados de sus territorios, lo son también de su tradición, su cultura, y sus saberes históricos, en beneficio de unas cuantas empresas transnacionales.

El despojo o como señala Harvey (2007b), la acumulación por despojo, es un proceso cuya antigüedad es similar a la de la propia historia del capitalismo, pero que a pesar de sus años, ha permanecido como el medio de producción del capital por excelencia. Sin embargo, su actuación por sí sola no sería suficiente para mantener la acumulación capitalista, si no es en relación con la acumulación ampliada.

La amplitud del concepto de despojo permite explicar la acumulación del capital y abarcar, además de lo evidente como proceso de arrebato de algún bien, la apropiación de saberes y tradiciones históricas, algunas veces para mercantilizarlas, otras más para simplemente desaparecerlas, a la expoliación de las condiciones de vida y de la propia vida de la clase trabajadora. De esta forma, si partimos del concepto de territorio que hemos explicado, cuando mencionamos que el capital despoja a los indios y campesinos de sus territorios, nos referimos además del arrebato de sus tierras, al de sus conocimientos, tradiciones, historia y cultura.

De la etapa sustitutiva de importaciones en la que el Estado desarrollista ocupaba un lugar central y dominante en la producción y comercialización de mercancías, a la etapa neoliberal, fueron implementadas, debido a la presión de organismos internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional y a la incesante participación estatal, una serie de políticas públicas⁵⁴ que pusieron fin al proteccionismo estatal. El fin de las

⁵⁴ Entendemos que el neoliberalismo es mucho más que un simple conglomerado de políticas económicas; el neoliberalismo se ha convertido en una ideología, una forma de vida. El neoliberalismo “posee penetrantes efectos en los modos de pensamiento, hasta el punto de que ha llegado a incorporarse

pensiones, de la seguridad social, de los sindicatos y de las prestaciones laborales han sido, de acuerdo con Harvey (2004: 115), algunas de las “políticas de despojo más egregias llevadas a cabo en nombre de la ortodoxia neoliberal”. A esto podemos agregar, la venta o en el peor de los casos, desaparición de empresas públicas, tal como sucedió con Teléfonos de México y con Luz y Fuerza del Centro⁵⁵, respectivamente; de igual manera se han reducido los apoyos y subsidios a la producción campesina. Es por esto que la privatización se ha convertido en el bastión principal de la acumulación por despojo en la etapa neoliberal, en la que el capitalismo monopolista de Estado ha ido finalizando, para dar pie al capital privado. El capital va destruyendo estructuras que por sí mismo creó en el pasado y que en su debido momento facilitaron su reproducción, a pesar de que esto signifique el deterioro de las condiciones de vida.

Antes de continuar con la forma en que el Estado funge como mediador y facilitador de la reproducción del capital, falta explicar un elemento fundamental del proceso de despojo. Este proceso se ha intensificado, de la misma manera que los anteriores —como la reducción de subsidios, declive de la seguridad social, de prestaciones y derechos laborales, entre otros—, a partir de la imposición de las políticas de corte neoliberal, sin embargo, considero que merece una mención especial ya que es la base de acumulación de riqueza del capital, toda vez que es el único medio por el que se puede incrementar el plusvalor: la súperexplotación del trabajador (Osorio, 2004). La *superexplotación del trabajador* (Marini, 1982) o *explotación redoblada*, como Osorio (1975, 2004) la nombra, se refiere a una modalidad de la reproducción del capital en América Latina, donde de manera estructural y recurrente se viola el valor de la fuerza de trabajo, transgrediendo las condiciones mínimas necesarias para su producción y reproducción. Esta categoría acuñada por Marini en *Dialéctica de la dependencia*, ha sido constantemente retomada y trabajada por Osorio (1975; 2007; 2009).

a la forma natural en que muchos de nosotros interpretamos, vivimos y entendemos el mundo.” (Harvey, 2011: 7).

⁵⁵ Si bien en algunos casos el Estado no fue dueño absoluto de la empresa, si poseía la mayor parte de las acciones, lo que garantizaba el control de la producción, comercialización o distribución de los productos y servicios.

Cabe aclarar entonces cuál o cuáles son las diferencias entre la explotación y la superexplotación a la que hacen referencia estos dos autores. Primeramente, la superexplotación del trabajador no se refiere a que exista una doble o triple explotación en comparación con los menos explotados (países centrales o *desarrollados*), sino que se refiere a formas de explotación del trabajo focalizadas en la intensidad de éste y en el no respeto del valor de cambio de la fuerza de trabajo. Osorio (1975: 3) indica que:

El concepto de superexplotación no implica, [...] mayores tasas de explotación, en el sentido de que al llegar a determinado nivel de la explotación pasemos a hablar de superexplotación. Más bien, da cuenta del fenómeno de la explotación cuando ésta viola el valor de la fuerza de trabajo (y ello ocurre como tendencia justamente porque las tasas de explotación son bajas, y como una forma de incrementarlas). Es el proceso de explotación entonces el que, en determinadas economías, asume el carácter de superexplotador.

El proceso de trabajo en el modo de producción capitalista, que está subordinado a la valorización del capital, tiene como fin la generación de plusvalía, consumiendo el capital la fuerza de trabajo (la única mercancía por medio de la cual se puede crear valor); la explotación es entonces, aquél elemento que orienta el proceso de producción capitalista. La explotación del trabajo asume distintas formas, y aunque no se reproducen homogéneamente en distintas sociedades, en ocasiones se manifiestan simultáneamente en un mismo proceso de trabajo. Las formas en las que se reproduce son (Osorio, 1975):

- Por la productividad del trabajo
- Por la intensidad del trabajo
- Por la duración de la jornada de trabajo
- Por la remuneración de la fuerza de trabajo por debajo de su valor

Estos elementos conforman la explotación del trabajador y la forma de generación de plusvalía; por otro lado, la intensificación de éstos, de forma tal que impidan la reposición del desgaste físico de la fuerza de trabajo cotidiana, ya sea por el uso intensivo de su fuerza de trabajo y que las horas de descanso sean insuficientes para recuperar el desgaste físico invertido, porque se le quite la posibilidad de consumir lo mínimamente indispensable para conservar sanamente su fuerza de trabajo o por la remuneración del trabajo por debajo de su valor, es a lo que llamaremos la violación de la fuerza de trabajo o superexplotación. Aquí

radica la diferencia entre la explotación y lo que nombramos la superexplotación⁵⁶. Lo que sucede entonces es que como la “fuerza de trabajo es consumida en forma superexplotada (sometida a un trabajo altamente intensivo [y] prolongado), el trabajador a pesar de contar con los medios alimenticios [—aunque en ocasiones no tiene el poder adquisitivo suficiente para acceder a éstos—], no podrá diariamente recuperar el desgaste físico y nervioso que le provoca el esfuerzo de trabajo con tales condiciones.” (Osorio, 1975: 5).

La superexplotación del trabajador, que se sirve de la expoliación de años de vida de los trabajadores, es la forma de reproducción del capitalismo dependiente, característica que ha sido alcanzada en función de las diferencias técnicas históricamente formadas y al intercambio desigual. No todas las formas de explotación ni superexplotación actúan de la misma manera ni con la misma intensidad a lo largo y ancho del globo, de hecho, podemos ver una diferencia clara entre países cuyas economías son centrales y otros con economías dependientes o periféricas; a diferencia de los primeros, en estos últimos, la economía está basada en la superexplotación de los trabajadores.

En la agricultura, “la actividad productiva se basa sobre todo en el uso extensivo e intensivo de la fuerza de trabajo: esto permite bajar la composición-valor del capital, lo que, aunado a la intensificación del grado de explotación del trabajo, hace que se eleven simultáneamente las cuotas de plusvalía y de ganancia” (Marini, 1982: 41). Por esto es que no se permitió que América Latina tuviera el mismo desarrollo que los países centrales y que su industria y producción no pasara de la extracción y la agricultura exportadora a la industria electrónica y de mayor tecnología, como en aquellos países; en la división internacional del trabajo convino más la participación de América Latina como productora y exportadora de bienes básicos.

Los trabajadores agrícolas latinoamericanos, subyugados a un nuevo patrón de acumulación capitalista guiado por la agroindustria, han sido expoliados de sus medios de producción y reproducción, son supeditados, sometiéndose algunas veces a jornadas en el campo más largas e intensas a cambio de un salario cada vez más mísero y otras más, forzados a tener que migrar. Esta condición, sin embargo, ha ido cambiando paulatinamente; ahora

⁵⁶ De forma general se habla de que la primera tiene su lugar en los países centrales, mientras que la segunda sucede en los periféricos, como respuesta al valor transferido hacia los países centrales.

México y muchos países latinoamericanos han dejado incluso de ser capaces de satisfacer su mercado interno de alimentos, pues el giro de la producción se ha orientado sobre todo a la manufactura de exportación⁵⁷. Con la exclusión campesina se han diversificado las formas de la superexplotación.

Entre los intensos jornales de sol a sol, el raquítico salario recibido, las pésimas condiciones de vida y de descanso y la deficiente alimentación, provocan una degradación prematura de la salud, una disminución de los años útiles de trabajo y lo más importante, una expropiación del tiempo de vida total de los trabajadores rurales.

El robo de sus años de vida, se suma a las múltiples formas de despojo, actividad a la que el capital recurre como forma predilecta de reproducción en su etapa neoliberal. Son sus tierras, sus ríos, sus tradiciones, sus costumbres, sus formas de vida y su vida misma las que son expropiadas por el capitalismo.

Las condiciones precarias de los trabajadores y campesinos actuales, son tales que:

[...] sólo les será posible acceder a los medios de subsistencia bajo formas mediadas por la *venta* de sus capacidades físicas y espirituales que le permitan trabajar. El trabajo se conforma así como un proceso que pondrá frente a frente, y de manera recurrente, al capitalista y a los trabajadores, uno como poseedor de los medios de producción y de subsistencia; otros, como poseedores de su fuerza de trabajo (Osorio, 2006: 80).⁵⁸

El trabajo es una constante confrontación entre el vendedor y el comprador de la fuerza de trabajo; esta es una relación, aparentemente, llena de libertades, no obstante, el trabajador al poner “libremente” su fuerza de trabajo a disposición del capitalista, pone ocultamente en “venta”, su propia vida. El trabajador es atado a una forma de dominación y

⁵⁷ México, por ejemplo, es el quinto productor mundial de autopartes, según el secretario de economía Ildelfonso Guajardo (Véase: “México: quinto mayor productor de autopartes”, en línea en: <http://archivo.eluniversal.com.mx/finanzas-cartera/2015/mexico-quinto-mayor-productor-de-autopartes-en-el-mundo-guajardo-1095061.html>); sin embargo, ni la inversión de las empresas transnacionales ni los empleos que pudieran generar han mejorado las condiciones de vida ni laborales de la clase trabajadora mexicana. Según un reporte del Inegi, entre abril del año anterior y el actual, a pesar de que las horas de trabajo se incrementaron 3.9%, los salarios se redujeron 0.8% (Véase: “Aumentan horas de trabajo y caen remuneraciones en manufactura”, en línea en: <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2015/06/19/aumentan-horas-de-trabajo-y-caen-remuneraciones-en-manufactura-inegi-3849.html>)

⁵⁸ Cursivas del autor.

despojo escondida detrás de la supuesta “libertad” de vender su fuerza de trabajo; se ve obligado a tener que venderla prácticamente durante toda su vida, no para acumular, sino para sobrevivir; la no posesión de los medios de producción, explica Osorio (2006), convierten al trabajador en un no-libre, pues se ve constantemente obligado a venderse. El trabajo, como proceso de reproducción social, se ha convertido contradictoriamente, en el proceso de despojo que inhibe esta reproducción. El capital violenta al trabajador separándolo de sus medios de reproducción social, perpetuándolo a un ritmo de trabajo hostil y arrancándole años futuros de vida.

En este mismo sentido, Marini (1982: 44) explica que “La superexplotación del esclavo que prolonga su jornada de trabajo más allá de los límites fisiológicos admisibles y se salda necesariamente con su agotamiento prematuro, por muerte o incapacidad, sólo puede darse, pues, si es posible reponer con facilidad la mano de obra desgastada”. Esto significa dos cosas, la primera, es que al capital le es más conveniente no poseer esclavos, pues estos representan costos de inversión para mantenerlos vivos y trabajando en las mínimas condiciones pero que, en el momento de su muerte, se vería perdida y, la segunda, que es más beneficioso contar con una amplia mano de obra barata desempleada a su disposición, o en términos de lo planteado por Marx, un ejército industrial de reserva.

La supuesta libertad del trabajador está sostenida en la *fictio iuris* o ficción legal (Cisneros, 2003) del capital en cuanto a que el trabajador tiene “libertad” y que no le “pertenece” al capitalista (Osorio, 2006). El esclavo, como poseído del esclavista, era una responsabilidad exclusivamente de éste y su reproducción social, por precaria que fuera, también era una atribución de él; en cuanto al trabajador moderno, dado que ha adquirido —supuesta— libertad, su reproducción social depende exclusivamente de su capacidad física e intelectual, de sus decisiones personales, su talento, aprovechamiento y su esfuerzo individual para sobrevivir, y para ello debe someterse, a pesar de su “libertad”, a largas e intensas jornadas de trabajo durante prácticamente toda su vida, así pues, tanto la mentada libertad como la aclamada ley, son falacias, son letra muerta en el capitalismo.

No es tan fácil afirmar que el esclavismo se ha visto rebasado y superado por el capitalismo, pues “aquello que parecía una vieja historia de violencia y despotismo ya superada, es en realidad una historia siempre presente, excluida y encubierta en muchos

momentos y espacio, pero que constituye lo verdaderamente incluido en su accionar, y con particular intensidad en el capitalismo dependiente” (Osorio, 2006: 89). La violencia y el despojo no han sido rebasados, se han reconfigurado, operando vigentemente de una forma menos evidente. Para este autor, la lógica del capital-trabajo no es ni el derecho a la vida ni el trabajo como condición de vida, sino una tendencia a agotar la vida de los trabajadores, lo verdaderamente incluido en esta organización societal.

Bajo el capitalismo no importa ni el desgaste ni la muerte prematura de los trabajadores, y no hay mejor manera de garantizar la superexplotación, que asegurando que aunque dejen de trabajar por muerte o por incapacidad, haya una reserva suficiente de mano de obra barata y desempleada, dispuesta a sustituir e incorporarse a cualquier tipo y ritmo de trabajo. En función de lo anterior, Osorio (2006, 2012) quien recupera y discute a Giorgio Agamben, explica que el capital no sólo se apropia de la vida misma del trabajador, sino que la deja expuesta, poniéndola en entredicho; la superexplotación del trabajo viola constantemente la capacidad de reposición del desgaste físico invertido diariamente en la jornada laboral; esta violación, en tanto que somete al trabajador a intensas jornadas de trabajo y le sustrae años de vida, lo convierten en el moderno *Homo sacer*⁵⁹. Es esta una forma de despojo por medio de la cual se violenta la fuerza de trabajo y al trabajador mismo. En este caso el trabajador no es despojado de un elemento material (una casa, un territorio, o algún objeto), sino que es despojado, además de su fuerza de trabajo, de años de vida.

El propio Marx afirma que la jornada de trabajo posee un límite máximo, y señala que:

Ese límite máximo está determinado de dos maneras. De una parte, por la *barrera física de la fuerza de trabajo*. Durante el día natural de 24 horas un hombre sólo puede gastar una cantidad determinada de fuerza vital. [...] Durante una parte del día la fuerza debe reposar, dormir, mientras que durante otra parte del día el hombre tiene que satisfacer otras necesidades físicas, alimentarse, asearse, vestirse, etc. Aparte de ese límite puramente *físico*, la prolongación de la jornada laboral tropieza con *barreras morales*. El hombre

⁵⁹ El *Homo sacer* era una figura del derecho romano arcaico, este “era una hombre sagrado, que no puede ser objeto de sacrificio, por estar fuera del derecho divino, al cual, sin embargo, cualquiera puede dar muerte impunemente, sin ser considerado homicida, porque también se encuentra excluido del derecho de los hombres” (Osorio, 2006: 95).

necesita tiempo para la satisfacción de necesidades espirituales y sociales, cuya amplitud y número dependen del nivel alcanzado en general por la civilización. La variación de la jornada laboral oscila pues dentro de límites físicos y sociales. (Marx, 2013: 278-279).⁶⁰

Aunque las legislaciones laborales tanto nacionales como internacionales aparentemente protegen a los trabajadores, son los límites físicos llevados a su máximo nivel, los que dictan la duración de las jornadas laborales. La duración de la jornada laboral no depende tanto de lo que dictan las leyes, sino más bien, del máximo estrujamiento de la fuerza de trabajo por parte de quienes controlan los medios de producción y, por supuesto, de la correlación de fuerzas entre clases sociales. Cuando es necesario, las leyes son reformadas sin dudar, de tal forma que se legalice la prolongación e intensificación de las jornadas de trabajo.

El despojo es una forma de acumulación que tiene distintas concreciones, y que no opera sólo en cuestiones visibles o materiales, sino que se reproduce también en elementos simbólicos, como la mercantilización de la cultura, por ejemplo, mediante el establecimiento de la denominación de origen, pero que indudablemente tienen cambios concretos en las formas de vida.

Esta es la letra muerta —en gran medida— de las leyes y la constitución; los derechos fundamentales, de vida, de salud y laborales son el gran telón que ocultan la violencia del capital, cuando la realidad es que si la gente no muere de hambre, muere prematuramente a causa de las condiciones de vida y trabajo tan precarias e intensas. Así de contradictorio es el capitalismo: mientras unos mueren de hambre por no tener fuente de empleo, otros mueren por el desgaste físico a causa de la venta de su fuerza de trabajo.

2.3 El Estado en el proyecto neoliberal

Si bien en América Latina opera la superexplotación como forma de reproducción del capitalismo, esta no se reproduce de la misma manera en todos los países de la región. Ésta es una forma combinada entre la intensificación del trabajo, la prolongación de la jornada de

⁶⁰ Cursivas del autor.

trabajo y la remuneración de la fuerza de trabajo por debajo de su valor, sin embargo, en distintos lugares y a distintas escalas se van definiendo las formas dominantes de superexplotación. Esta es una forma general de superexplotación operante en la región latinoamericana, con la aclaración de que operará de distinta manera y con distinto vigor en distintos lugares.

Esta forma particular de reproducción del capitalismo dependiente se ha visto intensificada por la implementación de las políticas de corte neoliberal. Como forma de pensamiento dominante el neoliberalismo se ha apoyado en el individualismo como forma predilecta de justificar la diferenciación social. Para el neoliberalismo ni la pobreza, ni el acceso a salud, ni educación, etcétera, son problemas estructurales, es decir, que no son generados por la dinámica del capitalismo, sino que su origen está fuera de éste y de sus prácticas; generalmente se atribuyen las desigualdades sociales a la incapacidad y escasas habilidades individuales. Esta visión ha significado el aislamiento e individualización de los sujetos sociales e históricos.

Existe una diferencia fundamental entre referirnos a *individuos* y a *sujetos*; los primeros son seres sociales por sí mismo, sin embargo, se les piensa como aislados y a la sociedad como la suma de éstos, y cuyos pensamientos y acciones son una cuestión concretamente personal; a los segundos, por el contrario, se les piensa como que están en una constante sujeción con la sociedad, en este sentido, son *sujetos* de la sociedad. Partimos entonces, de estas discusiones de la teoría crítica, en la que se enmarcan algunos enfoques de la geografía, desde los que se piensa a los individuos como sujetos, esto quiere decir que pensamos a la sociedad no como el resultado de la suma de los individuos, sino a éstos como resultado de las condiciones y relaciones socioculturales históricamente construidas. De aquí se desprende el hecho de que la propia Margaret Thatcher, quien junto con Reagan fuera una de los líderes morales y principales impulsores del neoliberalismo, afirmara en alguno de sus discursos que “la sociedad no existe. Sólo existen hombres y mujeres individuales”.⁶¹

Pensar entonces en sujetos más que en individuos, nos acerca a pensar que las problemáticas, llámense económicas, políticas o sociales, no son una cuestión sólo

⁶¹ Véase Nadal, A. *La Jornada*, 10 de abril de 2013.

individual, sino que responde a cuestiones más complejas inherentes al propio funcionamiento del capitalismo. Así, vemos que la forma ideológica en que opera el neoliberalismo es fundamental para el funcionamiento del capital. En palabras de Harvey (2011: 7) “el neoliberalismo se ha tornado hegemónico como forma de discurso. Posee penetrantes efectos en los modos de pensamiento, hasta el punto de que ha llegado a incorporarse a la forma natural en que muchos de nosotros interpretamos, vivimos y entendemos el mundo”. El neoliberalismo, como forma de reproducción capitalista, permea por completo las formas de reproducción social.

El penetrante avance del neoliberalismo, entendido en su amplio sentido, no ha sido una cuestión fortuita y mucho menos un logro de la suma de acciones individuales, pues, contradictoriamente, ha sido un triunfo alcanzado gracias al conjunto de intereses capitalistas, en una participación combinada entre las grandes empresas y corporaciones transnacionales y el Estado. Este ha permitido la constante reproducción de la acumulación —por despojo y ampliada— del capital latinoamericano.

Durante la fase desarrollista del capitalismo en América Latina, fue evidente y explícita la intervención del Estado en la economía nacional; el poder estatal se jactaba del control de cualquier tipo de intercambio mercantil así como del control sociopolítico⁶²; por el contrario, durante la etapa neoliberal actual del capitalismo, el discurso principal versa sobre la reducción del intervencionismo estatal sobre la economía y sobre el plano social. Pensar lo político, lo económico y lo social, como tres “esferas” de acción distintas, es también un triunfo ideológico del neoliberalismo; en vez de pensarse a la sociedad como una totalidad articulada por el capital, se piensa de forma fragmentada. Se piensa al Estado como el hacedor de lo político, al mercado como el de lo económico y a la sociedad de sus propios procesos y sin relación con las anteriores. En este sentido, Estado, mercado y sociedad operan separadamente uno del otro, tal como si en realidad uno no tuviera que ver directamente con el otro. Los “vínculos” entre cada una de estas esferas no se dan únicamente en el resultado de sus interrelaciones, sino que, para que cada “esfera” actúe, requiere indefectiblemente de las otras. Así pues, no es posible comprender el accionar del mercado

⁶² En el capítulo 1 explicamos cómo la política nacional de Industrialización por Sustitución de Importaciones, así como el control social a través del corporativismo fueron acciones visiblemente instrumentadas por el Estado. Fueron parte la parte simbólica y material de la fortaleza del Estado.

sin la participación e intervención del Estado y las configuraciones específicas de cada sociedad. Es necesario dejar de pensar a la sociedad como la suma de acciones de cada una de estas *esferas* y pensarla más como la relación dialéctica de distintos elementos, que la convierten en un mismo proceso.

Con el agotamiento de las relaciones de intercambio gestadas por el Estado proteccionista, se fueron abriendo nuevas sendas para la reproducción del capital. El neoliberalismo ha sido la forma que ha permitido dicha reproducción de forma acelerada. Para ello, el Estado tuvo que crear distintos discursos que dieran cierta legitimidad a las acciones que estaban por venir y, por lo tanto, que permitieran su aplicación. Los discursos de la retirada o adelgazamiento del Estado, por un lado, y de la modernización y reestructuración de las políticas públicas, por el otro, han actuado paralela y paulatinamente, permitiendo el progresivo avance neoliberal.

El primero —el de la retirada del Estado—, ha puesto en duda la capacidad estatal de mantener el control de la producción y circulación de mercancías, así como el abastecimiento y satisfacción de servicios públicos. Como hemos venido mencionando, durante la etapa desarrollista industrializadora el Estado regulaba prácticamente la totalidad de la producción y comercialización de mercancías, así como a las organizaciones populares y los sindicatos de trabajadores a través del corporativismo de Estado; no obstante, con el establecimiento del neoliberalismo, el discurso abiertamente corporativista del Estado se ha ido revirtiendo aparentemente, apostando ahora por una cada vez menor interferencia en el ciclo de la economía, promoviendo así el discurso de las “esferas” separadas.

Junto con el discurso de la retirada del Estado, se habla también de su debilitamiento. Se señala, por un lado, el debilitamiento del Estado en tanto que institucionalmente ha perdido la legitimidad⁶³ y el control corporativo que en las décadas anteriores tuvo; por el otro, algunos más se refieren, si no al fortalecimiento del Estado, cuando menos a un mantenimiento de dicha fuerza, toda vez que en un lapso más o menos corto de tiempo se han logrado cambiar las características del Estado proteccionista, a uno neoliberal.

⁶³ En este punto, Jaime Osorio (2011) señala que la pérdida de legitimidad de las instituciones y de la vida pública fomentan la crisis estatal.

En este sentido, no existe tal proceso de “debilitamiento del Estado”, lo que ha tenido lugar ha sido es el desmantelamiento de la estructura de protección social de los trabajadores, al mismo tiempo que se han configurado las políticas necesarias para la privatización de empresas y la reestructuración del proceso de acumulación. A pesar de que no se puede negar la pérdida de legitimidad política de las instituciones gubernamentales, consideramos que la fuerza estatal no puede medirse únicamente bajo esta cualidad, sino, principalmente en la capacidad de reestructurar la circulación del capital por medio de la implementación de políticas de corte neoliberal, en la pauperización de la clase trabajadora, en la pérdida de derechos sociales y, sobre todo, en que a pesar de todo esto, se sigue asumiendo al Estado como el principal regulador de la vida, o en términos de Osorio (2004, 2012), en el reconocimiento de los que obedecen del derecho a mandar a los que ordenan.

Cuando el mismo Harvey (2011) se pregunta ¿Cómo es que “el resto de nosotros” hemos aceptado con tanta facilidad este estado de cosas?, nos da la clave para pensar la fortaleza del Estado, es decir, en la facilidad de llegar a esta normalidad de las cosas. En el momento actual, podría incluso pensarse que existe una seria crisis estatal debida al momento de violencia que se vive en el país y que ésta es el reflejo no solamente de la ilegitimidad institucional sino de la incapacidad estatal, sin embargo, esta violencia, inscrita en el narcotráfico, en los muertos, decapitados, desollados, feminicidios, secuestros, entre otras muestras grotescas de violencia, son permitidas, fomentadas y, en el más grave de los casos, perpetradas por los aparatos de Estado. La violencia estatal es parte de su vitalidad; esta se ha vuelto una expresión necesaria y requiere de una constante estrategia de búsqueda de legitimidad (Benítez, 2011).

En este mismo camino, Echeverría (2012: 99-100) afirma que “el uso de la violencia que monopoliza el Estado de la sociedad civil burguesa está ahí para garantizar el buen funcionamiento de la circulación mercantil; para protegerla de todo otro posible uso de la misma por parte de los propietarios privados en el terreno de la lucha económica”; éste es uno de los fundamentos de formación capital-Estado y la necesidad histórica de la violencia. Cuando menos en México, no ha sido necesario un Estado —abiertamente— militar, han bastado los medios coercitivos de control social para mantener el “orden” social. Es aquí

donde radica la verdadera fuerza política estatal, en la efectividad de la violencia objetiva del capital.

De acuerdo con Osorio (2011), la estrategia de la lucha contra el narcotráfico no representó una acción sinsentido, sino más bien, una a partir de la cual se ha buscado la legitimidad gubernamental. Es poco verosímil que el Estado no cuente con la fortaleza, ni la capacidad instrumental, tecnológica ni científica o económica para poder detener el crimen organizado, sin embargo esto no es lo más importante, aquí lo más cuestionable es la falta de interés por parte del Estado para acabar con el narcotráfico; en este sentido, Benítez (2011: 162) señala que:

Dentro de un contexto de crisis mundial, la idea de terminar con el narcotráfico resulta en extremo compleja: en los últimos años y según estimaciones del FMI, alrededor del 30% del producto interno bruto lo constituye la economía informal, pero otros sectores de la economía que aportan cantidades importantes al PIB son: las remesas [...] que aportan alrededor del 2.5% al PIB; el petróleo representa aproximadamente un 10%, mientras que *el narcotráfico aporta alrededor del 12% del PIB, más que el petróleo o las remesas*. Imaginarse la posibilidad de acabar con una fuente de recursos tan importante resulta descabellado.⁶⁴

Con una contribución tan importante del narcotráfico a la economía, resulta inverosímil buscar acabar con éste; preservar un ambiente hostil, donde la desconfianza y el miedo hacia *el otro* vuelvan necesaria a la militarización y vigilancia constantes y que esto sea convertirlo en la “normalidad”, es una de las principales actividades que debe realizar el Estado para proteger y garantizar la reproducción del capital. Aquí se vuelve más evidente la participación estatal y su relación dialéctica con el capital —pensarlos como dimensiones separadas nos llevaría al equívoco— pues una actitud omisa o consensuada también es una forma de participación.

Es aquí donde la relación capital-violencia alcanza su más recóndito sentido, no como un vínculo exterior de entidades que en ciertas circunstancias se topan, o encuentran, sino en donde el capital mismo es violencia. Más aún, en tanto delito grave repetido y reproducido, el capital es crimen, un crimen rigurosamente organizado, que sin embargo la legalidad imperante desconoce como tal y, peor aún, alienta y propicia. Es crimen la apropiación de

⁶⁴ Cursivas propias

trabajo ajeno y el sometimiento de los trabajadores al despotismo y férrea coerción del capital, que impide salir su círculo y por ello, un día con otro hasta agotar sus vidas, deben subordinarse a su mandato y a las condiciones de vida inhumana e indigna (Osorio, 2011: 57).

La violencia funciona no sólo como discurso que permite ejercer mayor control y vigilancia poblacional, sea policial o militar, sino que también funciona como herramienta de los distintos discursos y acciones del Estado. Esto ejemplifica cómo algunas formas de violencia subjetiva, como el narcotráfico, ocultan otras formas de violencia menos visibles.

A lo anterior se suma la capacidad y la fuerza policiaco-militar a la que se recurre sin escatimar esfuerzos cuando peligra la circulación del capital; “[...] en caso de ser necesario, el Estado neoliberal recurrirá a la imposición coercitiva de la legislación y a tácticas de control [...] para dispersar o para reprimir las formas colectivas de oposición al poder corporativo. Los medios de vigilancia y de control se multiplican. [...] El brazo coercitivo del Estado se estira para proteger los intereses corporativos y, en su caso, reprimir a los disidentes.” (Harvey, 2011: 87).

De esta manera, encontraremos algunas acciones en la política estatal que han sido primordiales para la expresión y operación del capitalismo; algunas de las principales son señaladas por Pradilla (2009):

- Privatización acelerada de las empresas paraestatales, ya sea mediante el remate o por bonos de la deuda externa.
- Penetración del capital privado local y extranjero en los sectores que fueron exclusivamente gestionados por el Estado, como la infraestructura de medios de comunicación y transporte y la vivienda.
- Reducción acelerada del gasto público, ya sea a través de la reducción de financiamientos, presupuestos o subsidios.
- Austeridad salarial, por medio del pago de salarios a los trabajadores inferiores a la inflación de los productos básicos.

— Desmantelamiento de las conquistas obreras, a través de la liquidación de sindicatos u organizaciones de trabajadores.⁶⁵

Estas acciones concretizadas a través de las políticas pública implementadas por el Estado, que podrían ser vistas por los demagogos del neoliberalismo como actividades propias de la esfera de la política y ajenas al mercado, marcan la pauta y abren camino para la reproducción del capital sin ningún tipo de obstáculos ni contratiempos. En palabras constantemente usadas por los inversores, el fin las políticas públicas es generar un “clima óptimo” para la inversión —reproducción— del capital. Pero si mejorar el clima significa empeorar las condiciones laborales y de vida de la clase trabajadora, el Estado se encargará de hacerlo. No debemos dejar de lado la importancia de la colaboración del Estado ni reducirla a un simple generador de políticas públicas. Éste ha sido justamente, el principal interventor para con las necesidades del capital, aunque en apariencia no funcione así. La función estatal no es pasiva, tampoco es sólo permisible, sino constantemente activa. Su actividad es continua, en relación y función de los intereses del capital. Así, podemos señalar que si ha existido una reconfiguración de las relaciones imperialismo-dependencia, desarrollo-subdesarrollo y de mando-obediencia, ha sido únicamente gracias a la coparticipación estado-capital.

Por su parte, el segundo discurso que señalamos, el de la reestructuración y modernización de las políticas públicas apunta principalmente a su reconfiguración, mediante las cuales se dé cabida, primordialmente, a la participación cada vez mayor de capital privado (nacional o extranjero). En cuanto al campo mexicano, Pradilla (2009: 97) menciona que:

La modernización de la agricultura, impulsada para reducir los costos de los alimentos y materias primas exportadas, o las destinadas a la industria local y al consumo de los trabajadores para reducir también por esta vía el valor de la fuerza de trabajo y aumentar la plusvalía relativa, [implicó]: el desmantelamiento, congelamiento o reversión de las leyes agrarias y los repartos de tierras en aquellos países donde el campesinado había conquistado con su lucha alguna forma de Reforma Agraria [...], por tibia y marginal que fuera; la

⁶⁵ Uno de los ejemplos más claros y recientes, es el caso de Luz y Fuerza del Centro, empresa paraestatal que en el año 2009, fue liquidada por completo bajo el discurso de la poca rentabilidad y obsolescencia.

reconcentración de la propiedad para alcanzar las economías de escalas necesarias; el reemplazo de trabajadores por máquinas o paquetes tecnológicos de producción; una mayor desigualdad en la competencia entre formas precapitalistas⁶⁶, capitalistas atrasadas y capitalistas avanzadas de producción; y la descomposición más acelerada de las primeras.

Uno de los argumentos principales por medio de los cuales se ha intentado dar legitimidad al discurso de la modernización, es el de la obsolescencia del Estado desarrollista. Bajo el paradigma neoliberal, la causa de que el Estado desarrollista haya llegado a la crisis, fue que se convirtió en un Estado “obeso”, incapaz de dar dinamismo a la estancada circulación capitalista, siendo la respuesta a esta enfermedad, su “adelgazamiento” gracias a la dieta forzada de los trabajadores, cada vez más pauperizados (Pradilla, 2009).

La obsolescencia de las instituciones y sector gubernamentales no forman parte de un discurso ficticio, pues son visibles las deplorables condiciones de los servicios que otorgan éstas, no obstante, dicho origen no radica en el poco funcionamiento o utilidad social, sino en el poco funcionamiento que tiene para que transite el capital. No existe mejor forma de legitimar la privatización o la extinción de empresas públicas que cuando dejan de ser rentables; empero, es necesario aclarar que la pérdida de rentabilidad tiene su origen en el desinterés estatal que busca desmantelarlas, no por su poca funcionalidad social.

La poca rentabilidad y los pésimos servicios que otorgan han sido el resultado de su paulatino desmantelamiento a través de la reducción presupuestal y de la estructura gubernamental corrupta en los distintos niveles de gobierno. El neoliberalismo reproduce de nueva cuenta el pensamiento dicotómico cuando plantea a las empresas y servicios estatales como antiguos y obsoletos, colocando a la oferta privada como moderna e innovadora. Los

⁶⁶ A lo largo de su obra, Pradilla (2009) deja a la luz su postura de considerar al capitalismo latinoamericano como un tipo de capitalismo menos desarrollado que el europeo, o simplemente nombrarlo como un precapitalismo. Por el contrario, desde una visión de la teoría de la dependencia éste no sería un precapitalismo, sino una forma específica de reproducción del capitalismo global en función de la división internacional del trabajo. Para Marini (1982: 98), “la superexplotación no corresponde a una supervivencia de modos primitivos de acumulación de capital, sino que es inherente a ésta y crece correlativamente al desarrollo de la fuerza productiva del trabajo; suponer lo contrario equivale a admitir que el capitalismo, a medida que se aproxima [a] su modelo puro, se convierte en un sistema cada vez menos explotativo y logra reunir las condiciones para solucionar indefinidamente sus contradicciones internas”. Pensar a este capitalismo de una forma inmadura, sería continuar pensando en un verdadero subdesarrollo latinoamericano, tal como si el desarrollo fuese una cuestión lineal. Esta idea nos remite más bien a pensar en el desarrollo desigual del capitalismo.

resquicios de la dismantelada estructura de servicios y empresas estatales son vistos como ineficientes e improductivas desde un enfoque empresarial. El músculo que mostraban las antiguas empresas paraestatales se fue atrofiando poco a poco, con la falta de movilidad que le daba el Estado, al punto en que se ha convertido en una necesidad sustituir las por otras, ofreciéndolas, evidentemente, al capital privado.

Esta decadencia de los servicios e instituciones de gobierno han permitido la reproducción acelerada del capital por medio de la privatización, que ha significado la transferencia de valor del capital estatal al privado. La privatización es un proceso innegablemente estatal, que además requiere de diversas estrategias mediáticas para justificarlo, por lo que

“La práctica privatizadora se rodea [de todo] un discurso ideológico justificador, convirtiéndose en una nueva ortodoxia casi religiosa, fundamentalista, que avanza rápidamente, creciendo como bola de nieve por la pendiente. Pero la oposición al proceso, en la derecha, el centro o la izquierda asume una postura ideológica similar, que olvida la historicidad, la particularidad y las contradicciones del control estatal y de la operación de las empresas” (Pradilla, 2009: 124).

Es sumamente cuestionable en dónde queda el defendido libre mercado, cuando vemos que es el Estado el precursor, impulsor y corrector de la política neoliberal. El Estado es una pieza clave en el proceso de reproducción del capital en la etapa de acumulación flexible, aun cuando el discurso oficial, gubernamental y empresarial, pregone lo contrario. Sólo el Estado ha tenido y tiene la capacidad de modificar la ley en beneficio de una clase; sólo éste es capaz de cambiar las normas laborales, de salud y hasta los salarios, de expropiar, de conceder concesiones, subsidios y de otorgar patentes. Cuando la ley o la misma teoría neoliberal se contradiga con los intereses de clase, éstas se modificarán tanto como sea necesario, para ser acordes y cumplir con la lógica de reproducción y circulación capitalista.

El libre mercado no puede sustentarse por sí mismo, requiere que el Estado cumpla funciones específicas dentro de la lógica de reproducción del capital (Benítez, 2011). El Estado no es un elemento inactivo, incapaz de actuar, ni completamente sometido al poder de los organismos internacionales como el FMI, BM o el BID, sino que, actúa en concomitancia con éstos. En este mismo sentido, Harvey (2011: 81) menciona que:

Los Estados de los países en vías de desarrollo se han tornado consecuentes con la neoliberalización hasta el punto de que facilitan la competencia entre diversas compañías, corporaciones y entidades territoriales, aceptan las reglas del libre comercio y se basan en mercados de exportación abiertos. Sin embargo, practican un intervencionismo activo, la neoliberalización abre posibilidades para que los Estados de los países en vías de desarrollo fortalezcan su oposición en la competencia internacional mediante el desarrollo de nuevas estructuras de intervención estatal (tales como el apoyo a la investigación y el desarrollo.)

La importancia y necesidad del Estado es tal que, en palabras de Wallerstein (2006), el capital no podría sobrevivir sin su protección. Para él, la externalización de daños y pérdidas de las empresas y corporaciones privadas asumidas por el Estado, es uno de los ejemplos más visibles y evidentes de la intervención estatal en el “libre” mercado. Los costos de toxicidad, que se refieren a los daños a las salud o ambientales que puedan generar las industrias, los costos por el agotamiento de materiales o materia prima por la explotación y de diversos recursos, y los costos por el transporte y toda la gama de infraestructuras que facilitan el traslado de mercancías, son tres de las estrategias principales de externalización de los costos de producción que son asumidos por el Estado y de los que, evidentemente, se pasa factura al resto del sector de la clase trabajadora. Esta externalización de costos de producción, altera la balanza de costos-ganancias, evento totalmente contradictorio a la prédica neoliberal que aboga por la no intervención estatal.

Sin embargo, una nueva contradicción surge cuando hablamos sobre los subsidios. Desde los países “primermundistas” se señala a los subsidios como una de las principales causas de la decreciente rentabilidad de las empresas estatales; contradictoriamente, es en estos países donde los subsidios operan como una parte esencial del funcionamiento del capitalismo (Pradilla, 2009). Es en los países dependientes en donde los cambios en la política económica van en el sentido de la reducción del gasto público así como de los subsidios.

Así pues, damos cuenta de las serias contradicciones, que son inherentes a la propia reproducción del capitalismo. De tal forma que “cuando el capitalismo llega a un momento crítico en sus contradicciones, puede asignarle al Estado, del cual aparentemente está divorciado aunque sea su expresión colectiva y su instrumento, la responsabilidad de sus

crisis y, como ave Fénix, tratar de [hacerlo] renacer de sus cenizas.” (Pradilla, 2009: 107). De dicha forma, la soberanía del Estado sobre la circulación de mercancías y de capitales es traspasada al mercado global en una actitud servicial y sumisa (Harvey, 2011).

De acuerdo con este mismo autor, son distintas las acciones del Estado para alcanzar la privatización, algunas de las que señala son a través de:

- La venta directa, parcial o total de empresas al capital privado, local o transnacional. De esta manera el Estado abandona cualquier tipo de intervención directa con la empresa en cuestión.
- La asociación del capital estatal y privado en la propiedad de las empresas prestadoras de bienes o servicios.
- La concesión de la administración, usufructo o arrendamiento, sea de infraestructuras, soportes, redes, medios o prestación de servicios a particulares; a pesar de esto, el Estado mantiene la propiedad jurídica formal.
- La reducción brusca o constante en un largo período del gasto público.

El interés capitalista por el mejoramiento e incremento de la producción del trabajo a través de su intensificación, es contradictorio con el mantenimiento de dicha productividad, pues choca el estrujamiento al máximo de dicho rendimiento con las pocas y deficientes horas de descanso de los trabajadores; de forma similar sucede con la necesidad de realización de las mercancías a través de la compra y el consumo, que se opone con los ínfimos salarios y su bajo poder adquisitivo.

Las políticas de ajuste neoliberal han conducido a la degradación de la calidad de vida y de las condiciones de trabajo que se ganaron tras largas décadas de lucha. En la actualidad, las políticas asistencialistas van enfocadas no al mejoramiento de la calidad de vida ni de las condiciones laborales, sino a “combatir”, sobre todo, la pobreza extrema. Esto se ha hecho evidente principalmente con los programas sociales de los últimos años, tales como el Procampo, Oportunidades, Solidaridad, Prospera y actualmente, la Cruzada Nacional Contra el Hambre⁶⁷. Estos programas son en parte, una respuesta mediática para

⁶⁷ El objetivo principal de dichos programas es el apoyo económico a personas en situación de pobreza; por ejemplo, el PROCAMPO, que es el Programa de Apoyos Directos al Campo, a cargo del gobierno federal, es el principal programa de asistencia social al campo; este apoyo —al igual que los otros— no

“combatir” la pobreza que el propio capitalismo neoliberal ha acrecentado; o en su defecto, son utilizados como formas de condicionamiento político y electoral.

Más que decir que el Estado se ha retirado de la economía, hay que puntualizar que ha tenido cierto repliegue en distintos ámbitos sociales, principalmente, en los servicios de seguridad social, educación, transporte e infraestructura, que durante la etapa desarrollista fueron de suma importancia; no obstante, el Estado ha intervenido firme y constantemente por mejorar el clima empresarial, y que ha implicado un empeoramiento de las condiciones sociales. Sin embargo, dicho repliegue no implica una reducción en su actividad y participación, sino un reajuste.

La superexplotación del trabajador, es una práctica que se ha apropiado el neoliberalismo, de la cual, sin lugar a dudas, también es responsable el Estado, ya sea por acción u omisión, y de la que de manera conjunta, echan mano permanentemente para asegurar la reproducción capitalista. El neoliberalismo, por sí mismo, no habría sido capaz de alcanzar las condiciones tan óptimas de reproducción y acumulación, si no fuese por la participación estatal. Dicha “acumulación se sustenta en las economías dependientes en las formas más brutales de la superexplotación, concentrando la riqueza social en las clases altas de la sociedad [...]” (Osorio, 1975: 12).

Se debería prestar atención a las formas cotidianas en la que se materializa, se normaliza y se naturaliza la violencia. La explotación es una de estas formas; ésta se asume de la forma más natural cuando el obrero o el campesino aceptan reconocen en el dueño el derecho de mandar y de recuperar su capital.

La participación del Estado es una práctica cotidiana, que en momentos históricos diversos cambia sus intereses en función de los del capital, unas veces haciéndose explícita y evidente, otras más ocultándose; partiendo de esto, el Estado entonces es partícipe en la construcción de las diferencias sociales, las desigualdades y la exclusión. Una de las razones históricas del Estado es mantener las condiciones óptimas de reproducción del capital, y entre estas funciones está la de sostener, prolongar y, si es necesario, ampliar o reducir las

es tanto un subsidio a la producción sino, fundamentalmente, un subsidio a la pobreza campesina. Con este tipo de programas de asistencia social se reproduce un discurso que desconecta al campesino de la producción agrícola, colocándolo ya no como productor sino como pobre.

desigualdades sociales en función de las condiciones sociales del momento. Así, podemos ver cómo cambia el rol que juega el Estado y la búsqueda de sus intereses, pasando de una etapa desarrollista y proteccionista, en la que se pretendía el mantenimiento y mejora de las condiciones sociales de los trabajadores, toda vez que estas características eran útiles para la reproducción del capital, a una neoliberal en la que el descuido intencional de dichas condiciones propician el fracturamiento del *pacto social* que existía en aquél momento, deteriorando las condiciones laborales, la protección social y propiciando la venta del territorio, y de forma muy particular, la destrucción de la figura ejidal⁶⁸, que caracteriza al neoliberalismo actual.

México tiene ciertas particularidades que le dan distintos matices políticos y sociales; por eso, según Osorio (2011), lo que en la década de los ochenta comenzó a romperse, fue mucho más que un sistema económico, “significó un quiebre profundo en los fundamentos históricos del Estado mexicano” (Roux, 2010: 86).

El territorio es la concreción y la materialidad de diferentes proyectos políticos, es decir, éste está en constante conflicto en función de los distintos intereses de clase. La constante lucha por el territorio tiene distintas espacialidades. Los territorios campesinos han estado en una constante disputa frente al capital agroindustrial. Sin embargo, aunque discursivamente se reivindique y defienda a la clase campesina, la realidad es que su subordinación ante el dominio agroindustrial es cada vez mayor, domeñando su producción y formas de vida.

Como categoría de análisis, el territorio nos permite ver la politicidad y conflictividad del espacio y la apropiación del mismo. Nos permite entender y explicar las distintas concreciones de los proyectos capitalistas agroindustriales y campesinos.

⁶⁸ La figura ejidal tiene ciertos matices en cuanto su análisis, pues mientras que le brindó al campesinado la capacidad de producir y de sobrevivir, al mismo tiempo fue una forma de control social y de producción subordinada y barata de alimentos; sin embargo “la vuelta al dominio privado de derechos de propiedad común ganados a través de la lucha de clases del pasado (el derecho a una pensión estatal, al bienestar, o al sistema de salud nacional) ha sido una de las políticas de [despojo] más egregias llevadas a cabo a nombre de la ortodoxia neoliberal” (Harvey, 2004: 115).

Capítulo III

Reproducción desigual del capital

“[...] este espacio está en sí mismo lleno de contradicciones; hay contradicciones del espacio y es por lo que digo entre paréntesis, y a propósito, que la reproducción de las relaciones sociales de producción, asegurada por el espacio y en el espacio, implica, a pesar de todo, un uso perpetuo de la violencia. Espacio abstracto y violencia van juntos.”

Henri Lefebvre en “La producción del espacio”, en *Papers. Revista de sociología*.

El capital requiere indefectiblemente de su expansión; en su avanzar, va reorganizando y creando nuevos espacios de reproducción que son, ineludiblemente desiguales. Sin embargo, éstas no son un problema histórico soslayado, sino una condición *sine qua non* de la reproducción capitalista. La conformación y difusión de discursos funciona como estrategia de legitimidad; así, el discurso del desarrollo de la posguerra ha sido fundamental en la reproducción capitalista pues, por un lado, reconoce que hay desigualdades y, por el otro, reconoce que éstas pueden —supuestamente— reducirse, en relación con la generación o implantación de ciertas políticas.

En función de lo anterior, los cambios en “el campo mexicano” al pasar del Estado proteccionista al neoliberal fueron drásticos; la subordinación campesina se reestructuró y se orientó hacia la agroindustria y las desigualdades ya existentes se profundizaron. Los antiguos pactos sociales del corporativismo estatal que sustentaron el desarrollismo se han ido quebrantando, abriendo el camino a un capitalismo desregulado.

3.1 Desarrollos geográficos desiguales

El neoliberalismo es el proyecto político-económico actual del capital, que está fundado principalmente en su reproducción desigual y que, además de ser una etapa del capital, es una forma de vida, una ideología que abona y profundiza en la fragmentación social y en la exaltación del individuo. El discurso⁶⁹ de la globalización⁷⁰ ha pretendido hacernos pensar en la homogenización de los “avances” y “desarrollos” del capital. Si bien se han eliminado ciertas barreras arancelarias y jurídicas, al mismo tiempo que se han globalizado ciertas tecnologías y avances científicos, esto no ha significado una disminución de las desigualdades ni mucho menos una homogenización de la capacidad de generación o acceso a dichas tecnologías, por el contrario, ha significado una reconfiguración y profundización de la subordinación de ciertas naciones hacia otras. Este desigual acceso a las mejores tecnológicas ha sometido y fragmentado aún más a las relaciones y actividades campesinas. Para Žižek (2009), la segregación de personas es más que una característica de la globalización económica, es la realidad de ésta.

Hemos mencionado ya la importancia de la participación estatal en la realización del proyecto neoliberal en las mejores condiciones posibles. En este sentido, nos referiremos entonces al Estado como de corte neoliberal. Las desigualdades sociales son el combustible que alimenta al motor del capital, siendo la tarea de dicho Estado, la mediación política de las desigualdades y la dominación que permite mantenerlas, entrelazando a dominados y dominadores (Roux, 2007). El Estado ha mediado y permitido la reconfiguración histórica del capital, transitando de una etapa de seguridad o bienestar a una neoliberal, en la que los vínculos que otrora mantuvieron un pacto social corporativizado por el Estado, se han ido resquebrajado.

A partir del reconocimiento de las diferencias que hemos señalado a lo largo de esta tesis, entre las etapas desarrollista y neoliberal del capital, y de la transición de una a otra, podemos dar cuenta de las consecuencias —evidentemente no mecánicas ni lineales— que

⁶⁹ La generación de discursos es sobre todo importante porque éstos pueden brindar en muchas ocasiones, el fundamento o legitimidad de ciertas acciones que, de forma contraria, no sería aceptadas socialmente.

⁷⁰ Por globalización entendemos: “la expansión sin barreras nacionales, jurídicas, estatales o sociales del reino de la mercancía, de la socialidad abstracta del mercado capitalista” (Roux, 2007: 93).

ha traído este proceso transitivo, al que Roux y Gilly (2009; y Roux 2007, 2009, 2011) han nombrado el “cambio de época” La profundización de las desigualdades sociales ha sido uno de los procesos que más ha caracterizado al neoliberalismo. En no pocas ocasiones se considera que éstas son un problema que el capitalismo no ha podido resolver a lo largo de sus más de cinco siglos de existencia; contrario a esto, partimos de la idea de que ésta no es una cualidad que el capital haya pretendido soslayar durante toda su historia, sino que es una de las características que demuestra su madurez y solidez, consolidándolo en cada una de las relaciones sociales. El cambio de época al que nos referimos, es el producto y el proceso al mismo tiempo, de las necesidades de continuidad del capital. Sería arriesgado asegurar que dicha transición ha significado un deterioro en las formas de reproducción del capital cuando, contrariamente, aparecen incluso como un perfeccionamiento en sus formas⁷¹. Lamentablemente, las renovadas formas de reproducción del capital han significado para la mayor parte de la población en México —en América Latina y en casi todo el llamado tercer mundo⁷²— un empeoramiento de las condiciones de vida —vivienda, salud, servicios, etcétera— y laborales.

Si la situación de vida obrera es lúgubre, la realidad de los campesinos es aún más sombría; Gilly y Roux (2009: 39) mencionan que “este nuevo ciclo de despojo y apropiación [del capital] está transitando por la disolución de formas puras o híbridas de la comunidad agraria, por la conversión de la tierra en mercancía y por la destrucción de los lazos protectores de la autosuficiencia material de los productores agrícolas”. Es innegable que el pacto estatal con el sector obrero y campesino que existió en el México posrevolucionario y hasta antes de la década de los ochenta fue un proceso absolutamente cooptado y corporativizado, no obstante, dicho pacto también permitió la reproducción campesina y obrera, toda vez que ambos estaban incluidos en el proyecto de desarrollo nacional, además

⁷¹ Existe actualmente un amplio debate sobre la continuidad y vitalidad del sistema capitalista; muchas otras voces señalan que las constantes crisis lo están conduciendo hacia su inminente fin.

⁷² Entendemos que hablar del *primero, segundo o tercer mundo* es reproducir un esquema de desarrollo lineal y ascendente, que nos hace pensar en distintos estadios de desarrollo y que no corresponde con la discusión del *desarrollo-subdesarrollo* que a continuación realizamos; no obstante, nos referimos de esta manera, porque es la forma en que se realiza y reproduce a través de la ideología, el discurso oficial. Por otra parte, es necesario señalar que estos deterioros en las condiciones de vida y laborales también tienen lugar, aunque no con la misma intensidad, en los países centrales, y que incluso, entre éstos mismos, se reproducen condiciones desiguales; por lo tanto, no es lo mismo hablar de las condiciones de países centrales como Alemania o Inglaterra, que de países como España o Grecia, por citar un ejemplo.

de que “protegía” al campesinado, ya sea mediante apoyos y subsidios, o a través de la propia Constitución⁷³ (Pradilla, 2009). Con el neoliberalismo se ha transformado enormemente esta situación, el pacto político se ha quebrantado, dejando prácticamente desnudos a los campesinos ante los embates del capital privado. Y no es que el Estado permanezca inactivo, sino que incentiva al capital, modificando las leyes y reglamentaciones sociales además de violar los antiguos pactos sociales.

Algunos de los cambios más evidentes se hacen manifiestos en las zonas rurales pauperizadas y abandonadas, en muchos casos a causa de la migración, en los campos de cultivo abandonados, al mismo tiempo en el incremento de la demanda de mano de obra y crecimiento de las agroindustrias, así como en las cada vez más numerosas y extensas periferias de las ciudades, pobladas en buena medida por habitantes provenientes de zonas rurales (Pradilla, 2009). Los espacios pobres, paupérrimos, degenerados, olvidados y excluidos, parecen ser anacrónicos a simple vista, siendo señalados como espacios no modernos e inclusive, como no civilizados. Se asumen como ajenos a la práctica espacial capitalista, no obstante, contrario a lo que podríamos pensar, están totalmente insertos y son parte de la médula espinal del capitalismo. Los espacios pobres, tal como lo es una buena parte del campo mexicano⁷⁴, están insertos en las prácticas espaciales capitalistas; la pobreza y la exclusión son absolutamente funcionales al desarrollo y reproducción capitalista. Expresamente la desigualdad y la inclusión/exclusión, son parte de una condición *sine qua non* del desarrollo capitalista.

Pensar en la exclusión, sin embargo, podría tener serias consecuencias, pues puede conducirnos a pensar aquello que es la particularidad del orden social capitalista, como ajeno o externo; de tal forma que “lo que el capital considera y llama excluidos, marginales, los de afuera, no integrados, no son sino diversos nombres del exceso que le pertenece y que bajo esos y otros nombres presenta como extraño a la lógica de su despliegue. [...] [Es por eso

⁷³ Con esto no buscamos afirmar que durante aquella época el campesinado haya vivido en las mejores condiciones posibles, tampoco negamos que estuviera domeñado a las ataduras y demandas del capital; por el contrario, fue un capitalismo abiertamente estatal, en el que fue necesaria la participación campesina para la realización capitalista. Esto, a pesar de todo, permitió su subsistencia y reproducción social.

⁷⁴ No es lo mismo hablar del campo, que del campesinado; aun cuando estén en un vínculo inseparable. Efectivamente el campesinado es pobre, no obstante, el campo mexicano no lo es en la misma medida.

que] la exclusión en el capitalismo no es sino una cara particular de la inclusión en la valorización y dominio del capital y expresa el exceso de una universalidad que integra expulsando.” (Osorio, 2012: 109). El capital no es, de ninguna manera, una unidad homogénea; sus disconformidades nutren las desigualdades sociales que son útiles también para su reproducción. Las desigualdades sociales son sustentadas desde la fase de producción del capital.

Osorio señala distintas formas que asume la *exclusión por inclusión*⁷⁵, de las cuales recuperamos dos que, para nuestros fines, son las más relevantes: señala, por un lado, el importante papel que toma la población obrera excedente, que si bien son obreros “no ocupados”, pues están desempleados, no dejan de estar sujetos a las normas del capital, que aún sin recurrir al uso de la fuerza, los obliga a tener que vender su mercancía fuerza de trabajo a un menor precio para poder acceder a un salario igualmente ínfimo; y, por el otro lado, el dilema de situar al sector de los trabajadores primero como productores —presionados por el capital por medio de la intensidad de la jornada de trabajo y de la mísera remuneración salarial—, y en segundo lugar, como consumidores —de las mercancías que previamente produjeron y que pretenden ser consumidas con los bajos salarios—. Este conflicto se proyecta con menor fuerza en las economías dependientes pues, como explica Osorio (2012: 118),

[...] en ellas el capital emerge y se reproduce privilegiando los mercados externos como campo de realización⁷⁶, y sólo ha generado una producción significativa hacia los mercados locales en momentos acotados, sea en situaciones de crisis y/o guerras en el mundo central, cuando la demanda externa de sus productos ha caído drásticamente. Tales fueron las condiciones en que se desarrolló el proceso de industrialización, y las razones de su corta vida en tanto proyecto general, subsistiendo con posterioridad algunos sectores industriales dentro de la gestación de un nuevo patrón exportador, el de especialización productiva, desde los años ochenta del siglo XX.

⁷⁵ Es como “un estar fuera por estar dentro. Es un exterior sólo porque es al mismo tiempo interior” (Osorio, 2012: 109).

⁷⁶ En este punto, el autor también aclara que: “esto es lo que permite que la acumulación en el mundo dependiente se sustente en la sobreexplotación o explotación redoblada [...] Lo anterior no niega que se constituya un mercado interno dinámico, resultado de la demanda de quienes viven de plusvalía y renta y de altos salarios” (p. 118).

Esta cuestión no es menos importante si funciona en mayor medida en los países capitalistas centrales, pues justamente esa condición de reproducción del capital guiada hacia la exportación y los mercados externos, es lo que condiciona a los países dependientes latinoamericanos.

Las desigualdades generadas por el capital se convierten en un proceso de ida y vuelta; en tanto desigualdades forjadas por las relaciones del capital, que dejan de ser un resultado para ser parte de un proceso, mediante el cual adquieren un papel activo, de generadoras o reproductoras de sí mismas. La reproducción del capital y consecuentemente de sus desigualdades dependerá de diversos factores como los niveles salariales y de desempleo, la permisividad o coacción estatal, la correlación de fuerzas entre dominados y dominadores. La memoria colectiva es también un elemento importante porque permite una mayor o menor *resistencia* social, podrá representar en mayor o menor medida un obstáculo en la reproducción capitalista y en sus prácticas de despojo.

El capital requiere indefectiblemente del espacio y de su expansión en éste; demanda ampliarlo y ampliarse a su vez en el mismo. Durante este constante proceso, va reproduciendo y generando desigualdades espaciales. La creación de desigualdades campesinas, puede ser analizada desde la propuesta teórica de Henri Lefebvre (1976a; 2013), a la que recurriremos sucintamente para explicar este proceso. Hablaremos entonces de que el capital va produciendo nuevos espacios en función de sus necesidades y de sus capacidades científico-tecnológicas. La generación de estos espacios, sin embargo, no es homogénea, por lo que debemos referirnos a la producción de espacios desiguales.

El proceso de producción del espacio está constituido por tres elementos principales, que Lefebvre denomina como la triada de la producción del espacio, a mencionar: las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y los espacios de representación (Lefebvre, 2013). A la primera responde el espacio concreto y visible, en donde se concretan las prácticas sociales de la realidad cotidiana y que permiten la producción y reproducción social; a la segunda corresponden la ideología y el discurso hegemónico del espacio, realizado en el orden territorial e impulsado y legitimado por la tecnocracia, permitiendo la realización de las prácticas espaciales; mientras que en la tercera se asumen las ideas individuales o colectivas del espacio creadas en la cotidianeidad de las prácticas sociales, los

signos y símbolos contruidos que mantienen la coexistencia de las relaciones sociales. Esto sucede de tal manera que a cada una de ellas corresponden respectivamente el espacio vivido, espacio percibido y el espacio imaginado, como las tres dimensiones del espacio (Lefebvre, citado en Harvey, 2012). En palabras de Ramírez (2004), la complejidad de este proceso implica que, para concebir y percibir, es necesario vivir el y en el espacio.

Harvey (2012: 245) explica que existe una articulación y una “relación dialéctica entre ellas [que] constituye el punto de apoyo de una tensión dramática, a través de la cual puede leerse la historia de las prácticas espaciales. Por consiguiente, los espacios de representación no sólo tienen la capacidad de afectar la representación de espacio, sino también la de actuar como una fuerza de producción material con respecto a las prácticas espaciales”. Más que pensar que los elementos de la triada espacial están en una constante relación, hay que pensarlos como tres dimensiones de un mismo proceso.

El espacio no es el lugar pasivo de las relaciones sociales, no es la materia inerte, inamovible e inmutable que sirve como simple escenario de las relaciones sociales. Tampoco es un punto de partida ni de llegada (Lefebvre, 1976a), es un proceso y una mediación circundado por la violencia. Es un producto y productor, afirma Lefebvre, fundamental en el porvenir y avance del capital; es el producto que permite la reproducción de las relaciones sociales de producción. Es en este sentido, como:

El modo de producción capitalista produce un espacio [...]. [Sin embargo] Las cosas se complican, porque la producción del espacio no tiene ya nada de inocente. En el supuesto de que ninguna producción de cosas sea inocente, esta cosa se producirá exclusivamente si permite las plusvalías en el capitalismo. En la producción del espacio hay algo más, un lado estratégico y político de capital importancia. *La producción del espacio no es una producción cualquiera, añade algo decisivo a la producción, puesto que es también reproducción de las relaciones de producción.* (Lefebvre, 1976b: 232).⁷⁷

Resulta importante partir no solamente de la idea de la producción del espacio, sino de su control y dominio, pues de acuerdo con Harvey (2012: 251)

⁷⁷ Cursivas propias.

[Este] constituye una fuente fundamental y omnipresente del poder social sobre la vida cotidiana. [...] en las economías monetarias en general, y en la sociedad capitalista en particular, el dominio simultáneo del tiempo y espacio constituye un elemento sustancial del poder social. [...] Más aún, el dinero puede utilizarse para gobernar el tiempo (nuestro tiempo y el de otros) y el espacio. Recíprocamente, el dominio sobre el tiempo y el espacio puede convertirse a su vez en el dominio sobre el dinero.

No significa esto que el dinero haya perdido la importancia que siempre ha tenido para el capital, significa voltear a ver las formas que permiten que el dinero adquiera esa importancia y sobre todo, las formas que permiten la continuidad del capital. El dominio sobre el espacio tiene un indudable vínculo con el control sobre la producción y circulación de mercancías y, por su puesto, con la transferencia de valor. El control espacial contribuye con la subordinación del campo y su transferencia de valor a la ciudad.

El dominio del espacio, y de su producción, es de tal importancia que su control puede significar múltiples ventajas; la hegemonía en el control de éste, significa incluso, implantar símbolos, ideologías y formas de vida.

Esa necesidad de ampliación del capital, a su paso va dejando las huellas que pueden ser observadas en las desigualdades sociales en las más variadas escalas, al mismo tiempo que va provocando la ruptura de barreras espacio-temporales que facilitan la movilidad de capitales, la incorporación de nuevos territorios y bienes naturales a los circuitos de mercado, la ampliación mundial de la escala de salarización de la fuerza de trabajo y una oleada enorme de migraciones internacionales (Roux, 2009). Aunque efectivamente el capitalismo se ha posicionado prácticamente como el único medio de producción vigente a nivel global, no podemos afirmar que éste sea homogéneo o que al menos pretenda serlo.

La explotación es el proceso por el cual se extrae del trabajador el producto socialmente excedente producido por su fuerza del trabajo; sin embargo, este proceso no acontece de la misma manera en los países “desarrollados”, como en los “subdesarrollados”. En México, que pertenece al grupo de países “en vías de desarrollo”⁷⁸, tiene lugar el proceso

⁷⁸ Como mencionamos previamente con el “primer” y “tercer mundo”, referirnos a los países en “vías de desarrollo” es reproducir un discurso que impone un modelo único de desarrollo, lineal y ascendente. Recurrimos a estas categorías únicamente para esquematizar este modelo dicotómico con el que usualmente se nos explican las diferencias sociales.

de súperexplotación del trabajador, a diferencia de los primeros, en los que no sucede —o al menos no con el mismo vigor—. Esto no quiere decir, por ningún motivo, que los primeros sí sean capitalistas mientras que los segundos no lo sean, ni que mantengan una especie de precapitalismo o capitalismo inmaduro, por el contrario, nos remite a pensar que es justamente su madurez la que permite mantener estas vías violentas de reproducción. De esta forma, la súperexplotación del trabajo opera sólo en los países “subdesarrollados” o dependientes —aunque pueden encontrarse casos en los que en las periferias de los países centrales también tengan lugar estas formas de reproducción capitalista—.

Esto pone de manifiesto las condiciones diferenciales en las que se reproduce el capitalismo y, particularmente, las cualidades del latinoamericano, que condujeron a Marini (1982) a denominarlo como un capitalismo *sui generis*.

André Gunder Frank (1994), hace hincapié en que el capitalismo dependiente jamás podrá ser como el capitalismo central; dicha afirmación va en contra de cualquier discurso desarrollista, que afirma que la receta para salir del subdesarrollo es el camino neoliberal de las reformas estructurales que procuran finalizar con el intervencionismo estatal en la economía, privilegiando así al capital privado. Dicho discurso se difunde en los países que ellos mismos —los del capitalismo central— han denominado “subdesarrollados”, y con el que se denominan a sí mismos “desarrollados”; el discurso va en el sentido de que para poder alcanzar el nivel de desarrollo que supuestamente han alcanzado, es necesario repetir los mismos pasos que ellos han realizado. Empero, no debemos perder de vista que el subdesarrollo no es original ni tradicional, y que, ni la historia ni la actualidad del subdesarrollo se asemeja a los actuales desarrollados, de tal forma que aquellos países catalogados como “desarrollados”, jamás han pasado por lo que conocemos actualmente como “subdesarrollo” (Gunder Frank, 1967).

Dicho de otra manera, sí aquellos países nombrados desarrollados han alcanzado esa posición jerárquica, se ha debido al subdesarrollo de los otros, a los siglos de colonización, saqueo y servidumbre de América Latina; las condiciones actuales de desigualdad, son el resultado de las condiciones históricas previas, así como de los intereses y de capacidades científico-tecnológicas; condiciones y capacidades que van cambiando conforme al avance del capital.

El discurso hegemónico y dominante sobre la idea de “desarrollo”, hace referencia a un proceso lineal y ascendente, en el que para alcanzar un grado mayor —o para salir del subdesarrollo—, habría que seguir ciertas prácticas materiales —que supuestamente han seguido los desarrollados—, es decir, que si se pretende salir de la fosa del subdesarrollo, habría que seguir el camino previamente trazado por los desarrollados. No obstante, la historia y las especificidades del capitalismo latinoamericano nos hacen pensar que éste “no podrá nunca desarrollarse de la misma forma como se han desarrollado las economías capitalistas llamadas avanzadas” (Marini, 1982: 14). Entenderlo de forma contraria chocaría con la propuesta de los desarrollos geográficos desiguales, de la cual partimos, y, al mismo tiempo, implicaría validar el concepto dominante de desarrollo.

El capitalismo aparenta una efectividad tal que, aún los países subdesarrollados teniendo esa condición de desigualdad, viven y buscan vivir, aunque sea simbólicamente a través del falso sueño del desarrollo, estimulando y promoviendo los valores, instituciones, formas de vida e ideologías capitalistas. Así pues, podemos señalar que las representaciones del espacio han incidido eficazmente en los espacios de representación, convirtiéndose éstos en las prácticas cotidianas que legitiman al discurso hegemónico a través de las prácticas espaciales. Así como hemos señalado la importancia del Estado en el proceso de reproducción del capital, también debemos señalar a ciertos organismos internacionales; es sobre todo importante el papel del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, como los promotores y rectores de la economía global, difundiendo su ideología y condicionando préstamos millonarios a cambios de apertura económica y permisividad política y reformas estructurales.

Partamos entonces de la idea de un único proceso histórico mundial de desarrollo y expansión capitalista que se despliega y concretiza de diferentes formas, de tal suerte que “el subdesarrollo no es debido a la supervivencia de instituciones arcaicas o a la existencia de falta de capital en las regiones que se han mantenido aisladas del torrente de la historia del mundo. Por el contrario, el subdesarrollo ha sido y es aún generado por el mismo proceso histórico que genera también el desarrollo económico: el desarrollo del propio capitalismo” (Gunder Frank, 1967: 165). De esta cita, podemos extraer tres reflexiones primordiales:

1) que se niega que los países desarrollados tengan instituciones más modernas y avanzadas y que ésta sea la causa de su desarrollo, y que el subdesarrollo se explique por las instituciones atrasadas o arcaicas

2) que no es la falta de inversiones de capital, como nos pretende hacer creer el discurso hegemónico oficial, lo que genera la pobreza, las desigualdades y el subdesarrollo, sino que es justamente el capitalismo desenfrenado el que da pie a éstas; los últimos treinta años de regimiento del credo neoliberal han servido para producir mayores niveles de desigualdad; y

3) que abona a la idea de que la pobreza y la exclusión, no son cuestiones ajenas al capital, sino que son parte inherente a su desarrollo histórico, es decir, la violencia estructural es una condición *sine qua non* del capital.

Debemos entender al desarrollo y al subdesarrollo como dos elementos de un mismo proceso; son dos resultados dialécticamente contradictorios y al mismo tiempo, dialécticamente relacionados, por lo que no es posible entender a uno sin el otro. El desarrollo es el punto de comparación y linde con el subdesarrollo, y viceversa. De esta forma, “la economía dependiente —y por ende la superexplotación del trabajo— aparece como una condición necesaria del capitalismo mundial [...]” (Marini, 1982: 91).

Sin subdesarrollo no hay desarrollo. En estos términos, el desarrollo requiere recíprocamente del subdesarrollo.

En este sentido, Gunder Frank (1994: 89) también menciona que:

El desarrollo y el subdesarrollo económico son las caras opuestas de la misma moneda. Ambos son el resultado necesario y la manifestación contemporánea de las contradicciones internas del sistema capitalista mundial. El desarrollo y el subdesarrollo económico no son simplemente relativos y cuantitativos porque uno representa más desarrollo que el otro; están relacionados y son cualitativos por cuanto cada uno es estructuralmente diferente del otro, pero uno y otro son causados por su mutua relación. No obstante, desarrollo y subdesarrollo representan lo mismo, porque son producidos por una sola estructura económica y un proceso capitalista dialécticamente contradictorios.

El subdesarrollo no es entonces un estadio originario de las naciones que así están catalogadas, así como tampoco lo es con las que se encuentran en el lado opuesto. Desarrollo y subdesarrollo son dos resultados de un mismo proceso de desdoblamiento del capitalismo histórico; de ahí la importancia de entenderlos no como resultados de su desenvolvimiento unilateral, sino como resultado de un mismo proceso. La exclusión social no expulsa del capitalismo, pues contrariamente responde a un proceso internamente capitalista; en el mismo devenir del capitalismo, al desarrollarse la fuerza productiva del trabajo no se suprime, sino acentúa la mayor explotación del trabajador, además de que las combinaciones de formas de explotación capitalista se llevan a cabo de manera desigual en el conjunto del sistema, engendrando formaciones sociales distintas según el predominio de una forma determinada (Marini, 1982).

La pobreza es una de las expresiones más visibles de los desarrollos desiguales del capitalismo, al mismo tiempo que es un “mal necesario” del capital, que no puede ni pretende eliminar.

3.2 Diversas desigualdades

Cuestionarse hasta dónde es capaz de llegar el capital a través de las transformaciones espaciales o hasta dónde lo ha sido, sería posiblemente una labor que quedaría inacabada, la tarea en ese sentido, más bien es notar cuáles han sido hasta ahora esas formas, sus alcances y las nuevas formas de representación del espacio.

El capital se ve en la incesante necesidad de buscar y generar nuevos espacios que permitan mantener y dinamizar su circulación y acumulación; es en este proceso en el cual se crean distintas espacialidades desiguales, creando nuevos centros de generación y transferencia de plusvalía. Las formas de generación de plusvalía se combinan, entre algunas añejas y otras renovadas formas, dando así lugar a un proceso de acumulación ampliada. Así, por ejemplo, Harvey (2004: 102) señala la importancia del espacio al mencionar que

La producción del espacio, la organización de nuevas divisiones territoriales de trabajo, la apertura de nuevos y más baratos complejos de recursos, de nuevos espacios dinámicos de acumulación de capital y de penetración de relaciones sociales y arreglos institucionales

capitalistas (reglas contractuales y esquemas de propiedad privada) en formaciones sociales preexistentes brindan diversos modos de absorber los excedentes de capital y trabajo existentes.

En este sentido es en el que debemos entender la capacidad de renovación del capital, a las que en este trabajo nos hemos referido en algún momento. Si bien esta capacidad renovadora e innovadora no ha sido lo suficientemente útil como para evitar las repetidas crisis, sí le ha valido un mantenimiento y mejoramiento en sus formas de reproducción. Son justamente las crisis del capitalismo las que dan pie a la conformación de los desarrollos geográficos desiguales, éstas son el motor de estos grandes y complejos procesos de diferenciación social.

Así, vemos cómo es que las prácticas de despojo del capital, no significan un retorno a la acumulación originaria ni mucho menos un retroceso de las prácticas de acumulación del capital sino, por el contrario, han sido un proceso permanente y continuo, más no con la misma intensidad, y que han sufrido una reconfiguración y rearticulación, en concomitancia con la acumulación ampliada del capital. En otras palabras, sería insuficiente pensar en la reproducción del capital únicamente a través de la acumulación por despojo, si no es en correspondencia con la acumulación ampliada.

Es a la par de dichas condiciones de acumulación y reproducción del capital, que se van ajustando las representaciones del espacio, transgrediendo las prácticas espaciales y por lo tanto los espacios de representación, controlando y conformando nuevas espacialidades. Estas nuevas espacialidades, sin embargo, surgen bajo la hegemonía del capital que, por lo menos en las últimas tres décadas, han socavado las condiciones de reproducción social —laborales y de vida— de una forma burda.

El capitalismo tiene un papel predominante en la producción y reproducción del espacio, adoptando el amplio sector de la clase trabajadora el papel de reproductora de una sociabilidad ya establecida e implantada, de formas de vida impuestas. El sistema capitalista he creado numerosas formas de reproducción que, toda vez que son espacialidades dominadas y controladas, son formas de sometimiento y subordinación, lo que significa que el capital produce su espacio, de carácter instrumental, que le permite la reproducción de las relaciones de producción (Lefebvre, 1976b).

No podemos hablar de una sola forma de reproducción del capital, así como tampoco podemos afirmar que exista una sola forma o un conjunto de formas específicas de subordinación. En este sentido, Jaime Osorio (2004: 37) afirma que “como sistema mundial el capitalismo se estructura de manera heterogénea, entre centros, semiperiferias y periferias, o —dicho de manera más ortodoxa— entre economías imperialistas y economías dependientes, en donde las últimas, bajo diferentes mecanismos, según diversos momentos históricos, transfieren valor a las primeras, propiciando modalidades particulares de capitalismos”. Así como no existe una forma específica de reproducción del capital, sino múltiples, de la misma manera se articula el campo mexicano; no deberíamos entonces referirnos al campo mexicano haciendo una generalidad ni pensándolo como homogéneo, tal como si todo él estuviera sometido y subordinado por las mismas formas y la misma manera. Por este camino es por el que, desde nuestra perspectiva, nos permite transitar la idea de los desarrollos geográficos desiguales.

Los desarrollos geográficos desiguales intervienen y son reproducidos en las más diversas escalas. Consideramos que los desarrollos geográficos desiguales no deberían pensarse únicamente en su escala mundial, es decir, por ejemplo en la forma en que algunos países tienen un mayor o menor grado de “desarrollo” a través del devenir de la geografía histórica, pues este proceso —el de la conformación de los desarrollos geográficos desiguales— de marcadas diferencias también, se reproduce en escalas más reducidas. La situación del campo en México es un ejemplo claro de este proceso.

En la literatura enfocada en el tema rural mexicano, generalmente se hace referencia al “campo mexicano”, tal como si éste fuese una unidad homogénea, sin diferencias, particularidades y sobre todo, desigualdades. Esto a lo que nombramos “el campo mexicano”, es en realidad un agregado de heterogeneidades que son la expresión de las diversas formas de reproducción del capital y su vinculación en distintas escalas. Es por eso que, partiendo justamente del planteamiento teórico de los desarrollos geográficos desiguales, es posible notar cómo es que se articula y funciona esta reproducción *multiescalar* de los desarrollos diferenciales y, fundamentalmente, distinguir cómo la mencionada reproducción escalar significa un entrecruzamiento entre cada una de ellas y no su separación; por lo que existe un vínculo irrompible en las escalas de reproducción del capital.

La formación de desarrollos geográficos desiguales a escala global o internacional, está indiscutiblemente relacionada con la formación de este mismo proceso, pero a una escala regional o local. Siguiendo con esta misma línea, Lefebvre (2013: 60) hace referencia a que “un nuevo espacio tiende a formarse a escala mundial integrando y desintegrando la escala local y nacional. Se trata de un proceso lleno de contradicciones, ligado al conflicto entre la división mundial del trabajo —en el modo de producción capitalista— y el esfuerzo para lograr un orden mundial más racional”.

Por su parte, la configuración del capital podemos distinguirla en, cuando menos, tres grandes escalas fuertemente articuladas.

La primera se refiere a una escala mundial, a un proceso de la economía global y en los flujos internacionales del capital, en los que están inmersas las relaciones de subordinación de las economías dependientes latinoamericanas con otros Estados u organismos internacionales; y en el que México y particularmente el sector de los trabajadores, asumen un papel subordinado en la división internacional del trabajo.

La segunda escala, se refiere a un proceso en el que la ciudad, como centro predilecto de reproducción del capital, subordina de muy diversas formas al campo. La ciudad representa, además del centro por excelencia de reproducción capitalista, el eje que condensa las formas de reproducción capitalista mundial con las formas de vida internas y la centralidad estatal. En este momento el capitalismo se interconecta a través de la ciudad, con las formas de reproducción campesinas.

Y, finalmente, la tercera de éstas, se hace visible un proceso de subordinación del campo sobre el mismo campo. Antes hicimos referencia a una forma de subordinación ciudad-campo, sin embargo, tal como hemos mencionado, las formas en que se subordina al campo son tan diversas que incluso el campo se vuelve en ocasiones una intermediación de la ciudad para subordinar a otros sectores campesinos. Estamos partiendo entonces de que los desarrollos geográficos desiguales son tan profundos y penetrantes que no podemos hablar de un solo campo, sino que debemos hablar distintas formas de subordinación y de diversos sectores campesinos. En este sentido, las desigualdades y formas de subordinación

que en un primer momento hicimos notar entre el campo y la ciudad, son también reproducidas —aunque no idénticamente— entre el mismo campo.

El capitalismo es tan diverso que no sólo vemos desigualdades en los resultados de sus procesos de reproducción, sino hasta en éstos mismos; son las mismas razones las que vemos en las distintas escalas a través de distintos procesos reproductivos. Son las formas diversas de reproducción del capital, es la conformación de los desarrollos geográficos desiguales.

No es nuestro objetivo establecer qué sector del campo mexicano está más o menos subordinado. Nuestra intención es, sobre todo, apuntar que la (re)producción de las desigualdades es tan dispar, que así como no es posible hablar de un solo campo, no es posible tampoco hablar de una sola desigualdad. Ésta es tan diversa que por eso mismo no deberíamos hablar del “campo mexicano” como una unidad homogénea, sino reconociendo sus particularidades y discordancias. Las diversas desigualdades son precisamente las que constituyen los distintos sectores del campo, o los distintos campos; estas diferentes espacializaciones son el resultado de un proceso de conformación de los desarrollos geográficos desiguales. Es decir, el hecho de ver “distintos” campos mexicanos no quiere decir que cada uno de ellos sea el resultado de un proceso diferenciado sino que, esas desigualdades son el resultado de un único proceso de reproducción del capital y de subordinación neoliberal.

Para complementar la explicación y argumentación de este trabajo, recuperaremos algunas encuestas realizadas previamente a productores de frijol en el estado de Zacatecas y de café en Veracruz, así como otras entrevistas elaboradas en los estados de Oaxaca y Guerrero; éstas serán utilizadas para aclarar y ejemplificar algunas de las cuestiones que hemos tratado de explicar a lo largo de la tesis.⁷⁹ Retomaremos algunos fragmentos de entrevistas y encuestas de distintos contextos y condiciones del agro mexicano que, desde nuestra perspectiva, ilustran esta articulación de escalas y de reproducción desigual del campo.

⁷⁹ En cada referencia haremos mención de la fecha y lugar en que se llevó a cabo la encuesta o entrevista. Los nombres de los encuestados o entrevistados serán cambiados sólo para fines de respeto a la identidad.

Hablaremos primeramente de un campo directamente subordinado a la ciudad, que aunque generalmente no es apoyado económicamente, es presionado para que cumpla la función de proveedor de alimentos de y satisfaga cierta parte del mercado nacional y, en gran medida, que cumpla el papel de generador de agricultura de calidad destinada a mercados selectos y a la exportación.

En el estado de Zacatecas⁸⁰, por ejemplo, los productores de frijol, que siembran desde 20 hasta 80 hectáreas (algunas propias y otras rentadas), se encuentran imposibilitados para comercializar su producción. Los productores deben vender la mayor parte de su producción a los grandes centros de acopio, controlados por ciertos sectores de la burguesía comercial que por las toneladas de frijol que reciben, dan a los productores pagos irrisorios, que no alcanzan para su propia reproducción social, abonando a la pauperización de su condición de vida; esta condición, sin embargo, no es voluntaria, sino que es el resultado de un sometimiento y un acorralamiento de los productores en la que no tienen ni la capacidad de vender por mejores precios, producir en mejores condiciones ni de dedicarse a otras actividades que les sean más rentables.

Según el *Análisis de la cadena de valor del frijol* publicado en el 2012 por la Secretaría de Economía, la producción nacional de frijol representó el 5.8% a nivel mundial, ocupando el quinto lugar, siendo el estado de Zacatecas el principal productor, al generar el 28.2% del total nacional.

En ocasiones, los productores tienen que viajar varios kilómetros desde otras comunidades a los grandes centros de acopio para poder vender su producción. La mayoría de ellos utiliza agroquímicos y sólo unos pocos cuentan con sistemas de riego. En la mayoría de estos lugares, los intermediarios o *coyotes*, como coloquialmente se les nombra, ocupan un lugar importante en el ciclo de las mercancías, siendo ellos quienes más acaparan el valor de los productos.⁸¹

⁸⁰ Los datos y testimonios fueron obtenidos durante el levantamiento de encuestas en Río Grande, Zacatecas, como parte del proyecto “Estudio sobre las problemáticas de acceso a insumos para la producción de frijol y apoyos para su comercialización del estado de Zacatecas”, elaborado por la organización El Barzón, en la cual participé como colaborador y a la cual agradezco las facilidades brindadas para la utilización de la información.

⁸¹ Los coyotes, como intermediarios, coadyuvan al mantenimiento de las deplorables condiciones de los trabajadores agrícolas, contribuyendo en la transferencia de valor del campo a la ciudad.

Así versa el testimonio de algunos productores de la región:

Es muy barato lo que nos pagan, pero aun así tenemos que venderlo porque no hay de dónde sacar dinero.

(Don Mauricio).

Tenemos las manos amarradas y no podemos hacer nada. Toda nuestra vida nos hemos dedicado a esto ¿Qué le vamos a hacer?

(Don Vicente).

La opinión es generalizada, los pagos son demasiado bajos, tanto así que en muchas ocasiones el mejor de los escenarios es recuperar sólo el dinero invertido en la siembra. Esto muestra que a pesar de ser una zona productiva y que, en efecto, en ocasiones reciben apoyos de algunos programas gubernamentales, no brinda oportunidades ni condiciones de vida mejores a los productores, cuando la mayor parte de las ganancias no las obtiene el productor, sino los *coyotes*.

El papel intermediario de los *coyotes* no es menor, sin embargo, la problemática campesina y su sometimiento va más allá de estos personajes; los intereses del capital agroindustrial han sometido estructuralmente a los campesinos y su producción. Al pauperizar a los trabajadores y jornaleros y controlar las formas de producción campesinas, la agroindustria ha ido generando las condiciones de desempleo que fuerzan a los agricultores a someterse a sus ataduras, ya sea en los grandes campos de cultivo a los que tienen que emigrar y en los que inclusive se contrata a familias enteras, o a través del uso imprescindible de agroquímicos en las pequeñas parcelas, incluso las de autoconsumo. Blanca Rubio (2012: 201) señala que “el hecho de que la agroindustria multinacional impulse la subordinación excluyente, al tiempo que la agroindustria exportadora imponga sus pautas de desarrollo en un sector selecto de la agricultura, implica un desarrollo desigual de los sectores al interior de la rama, en el cual mientras los cultivos para el mercado interno decaen o crecen lentamente, los cultivos para la exportación se incrementan fuertemente”.

Esto ha sido uno de los principales golpes del neoliberalismo y del capital agroindustrial, a través de las nuevas técnicas de cultivo.

Poco a poco nos obligan a que dejemos el campo.

(Don Jaime)

Esta situación pone en contradicción a los campesinos, pues, como señala el testimonio anterior, con los pocos apoyos que reciben y los bajos precios que perciben por su producción, se ven orillados a dejar de producir, cuando la siembra deja de ser suficiente para reproducirse socialmente; sin embargo, las condiciones de pobreza y desigualdad generalizadas en las que viven los orillan a tener que seguir produciendo aún en esas condiciones, imposibilitándolos a poder dedicarse a otras actividades.

Es interesante que veamos cómo el neoliberalismo ha ido creando la necesidad y la dependencia de los campesinos hacia los agroquímicos, fomentando su uso y propiciando la pérdida de soberanía alimentaria. A la agroindustria la mueven “las ganancias que reportan la exportación y el monocultivo. [Es] un modelo tecnológicamente predador, socialmente injusto y ambientalmente insostenible que con su abuso de los insumos tóxicos envenena a la naturaleza, a los productores y a los consumidores. Una economía especulativa que lucra con el hambre.” (Bartra, 2015: s/p). El agronegocio, contrariamente a la modernidad capitalista que propugna por la civilización de la humanidad, crea más hambre de la que ataca.

Por otra parte, la producción de café en el estado de Veracruz, a pesar de responder a condiciones de demanda distintas a las del frijol —pues gran parte de la producción del aromático se destina a la exportación—, permite ejemplificar un proceso aparentemente distinto al de la leguminosa, que sin embargo se ve abrazado y homogeneizado por el neoliberalismo. Son distintas las condiciones, pero con ciertas similitudes; la mayoría de las veces reciben algún tipo de apoyo para sembrar, sean plantas o insumos para combatir las plagas⁸²; sin embargo, la mayor problemática se presenta durante el procesamiento y

⁸² De acuerdo con los datos obtenidos en el marco del trabajo de campo del “Estudio para el mejoramiento en la producción y la comercialización del grano del café en el municipio de Amatlán de los Reyes, Veracruz” de la organización El Barzón, casi el 60% de los entrevistados indicaron recibir algún tipo de apoyo gubernamental para la producción.

comercialización del grano. La gran mayoría de los caficultores no poseen las capacidades técnicas para procesar el café (despulpado, tueste o molido) y otorgarle un valor agregado al producto y permitirles vender su producción por un mejor precio, por lo que de igual forma, se ven obligados a recurrir a acopiadores intermediarios, quienes sí poseen los medios productivos necesarios para procesar el grano y agregarle y acaparar dicho valor.

El aromático mexicano tiene una particularidad con respecto a otros tipos de cultivos, y es que una buena parte de la producción total nacional está dedicada a la exportación. Esto es el ejemplo de cómo funciona este entrecruzamiento de escalas. La subordinación campesina no es sólo del campo a la ciudad. En este caso, la ciudad pasa a ser no sólo una mediación de los flujos del capital nacional, sino internacional, en los que se inserta el café a través de la exportación. En este sentido, Martínez, A. (2013: 163-164) señala que

“el retiro del Estado de sus funciones en la economía, la apertura del mercado agrícola mundial y la firma de tratados comerciales —en especial el de Libre Comercio de América del Norte— son algunos de los factores que han ayudado a profundizar el papel de las empresas transnacionales en la transformación de la estructura agrícola, así como la concentración de la industrialización y comercialización interna y externa de los productos alimenticios. [...] [A su vez], en las zonas cafetaleras, el productor se desenvuelve en medio de las consecuencias de la crisis cafetalera y alimentaria, expuesto al reacomodo y la profundización de los mecanismos de explotación que agudizan fenómenos estructurales”

El café permite ejemplificar de manera más clara y evidente las formas en que se relacionan los precios internacionales del grano, los reajustes y las estrategias de control de la producción, con los cambios productivos que tienen lugar en grandes y pequeñas fincas; pone en evidencia la multiescalaridad de las relaciones de producción capitalista y la intermediación estatal a través de los apoyos. El Estado es partícipe de esta subordinación internacional de los caficultores; las condiciones estructurales de pobreza y de producción en las que viven, los vuelven necesitados de esos apoyos y subsidios estatales, dejándolos sin otras alternativas productivas, volviéndolos aún más dependientes.

La comprensión de las relaciones espaciales capitalistas demanda recurrir a las escalas, entendiendo que éstas “[...] nunca se mantienen fijas, sino que son redefinidas,

impugnadas y reestructuradas en lo referente a su extensión, contenido, importancia relativa e interrelaciones.” (Swyngedouw, citado en Harvey, 2007a: 97).

El frijol y el café, y las respectivas zonas donde se producen, son sólo dos ejemplos de las múltiples formas de subordinación del campo. Si bien son regiones productoras apoyadas económicamente o con insumos, esto no elimina la subordinación en la que se hallan; por el contrario, los insumos o los apoyos parecen ser la mediación estatal del capital, que busca garantizar la producción y cumplir así su papel subordinado en la división internacional del trabajo. “*La producción del espacio no es solamente la del espacio policial, sino la de un espacio organizado económicamente, en el cual son regulados, mediante control estatal*”⁸³, los flujos de todas las clases, [...] el flujo de las materias primas, de la mano de obra, de los productos, de la gente, tanto de la circulación de emigrados como de la de los coches”⁸⁴ (Lefebvre, 1976b: 234). Aquí Lefebvre pone de manifiesto la importancia del Estado en el control capitalista del espacio, cosa que, tal como hemos señalado, sería imposible sin su participación.

La forma en que la agroindustria ha ido abrazando la producción campesina en gran medida ha sido posible gracias a la acción estatal en sus diversos niveles de gobierno; este breve testimonio enlaza distintos elementos explicativos, en primer lugar pone de manifiesto la sustitución de cierto tipo de fertilizantes naturales, como el guano, por fertilizantes químicos que, evidentemente, son fabricados y controlados por ciertos sectores empresariales⁸⁵ y; en segundo lugar, coincide con los cambios estructurales del papel estatal

⁸³ Cursivas propias.

⁸⁴ Lefebvre aclara también aquella cuestión a la que en ocasiones se reduce el control del espacio; si bien el Estado es partícipe y fundamental en la producción capitalista del capital, tampoco debemos reducir el Estado y su papel, al aparato de Estado o fuerzas armadas.

* Entrevistas realizadas en el municipio de Tecoaapa, Guerrero, en marzo de 2015.

⁸⁵ “Fertimex —la empresa paraestatal de fertilizantes más importante desde mediados de la década de los sesenta— se privatizó en 1992, para lo cual el gobierno decidió fragmentarlo en 13 unidades productoras (tan sólo obtuvo 317 millones de dólares, muy por debajo de su valor en libros), las cuales quedaron en manos de siete grupos empresariales. A partir de entonces, poco a poco, prácticamente todos ellos reventaron, vendieron a o se “asociaron” con trasnacionales, y los sobrevivientes devinieron en simples agentes importadores, es decir, al nivel en el que ha caído una buena parte de la industria mexicana en su conjunto. Así, desde el año 2000 México se convirtió en importador neto de fertilizantes, y a estas alturas del partido el 70 por ciento del consumo nacional es importado, justo en el periodo en el que el país produjo y exportó más petróleo que nunca, a precios jamás registrados.” Véase Fernández-Vega, C., *La Jornada*, 2 de julio de 2008.

en cuanto a las políticas y apoyos hacia el campo, que tuvieron lugar con el establecimiento del neoliberalismo. Es claro el papel del Estado, en este caso en su orden municipal, pues no sólo dejó de otorgar fertilizantes naturales a los campesinos, sino que los sustituyó por químicos, de los que subsidia ahora sólo una parte, obligando a los campesinos a pagar el resto si desean seguir sembrando. Así, la subordinación y el control de la producción campesina han sido sólo en la conjugación Estado-capital.

¿Pero por qué no siembran? Porque el líquido⁸⁶ es caro y también no hay recursos para mantener la siembra, de qué sirve que uno le conozca, si nomás no hay pa' lo mero bueno.

*(Don Alberto). **

En segundo lugar, hablaremos de otro sector del campo, caracterizado por el nulo o escaso apoyo económico recibido, con pocos o inexistentes programas gubernamentales de apoyo, subsidios e inversiones. El agro del sur y sureste mexicano han sido algunos de los sectores más abandonados y poco productivos⁸⁷. Su tipo de producción es básicamente para el consumo familiar o para el mercado local. Esta condición de rezago, sin embargo, no lo hace estar ajeno del resto de la sociedad y mucho menos le brinda una condición de insubordinación ante la ciudad; contrariamente a lo que podría pensarse, esta condición puede reproducir de la misma forma o incluso de manera más violenta, las formas de subordinación a la ciudad.

No hay más a qué le tire el campesino. Es poquito lo que uno hace y para que no valga, como que se desanima uno... en vez de que haiga (apoyos),... hay proyectos para el campo, nada más que pues no lo dan, no llegan, si no uno hubiera de

⁸⁶ Con *el líquido*, se refieren al herbicida que utilizan, y que de acuerdo con sus propios testimonios, les ha reducido su tiempo de trabajo.

⁸⁷ Refiriéndonos a la producción en un sentido estrictamente capitalista, toda vez que su producción no está inserta necesariamente en el mercado global, como sí lo hace la producción agrícola de exportación; no obstante, no deja de ser importante pues es el punto de partida de la generación de la renta diferencial de la tierra. Harvey (2007a: 98-99) menciona que “la búsqueda más generalizada de renta diferencial crea diferencias geográficas en la intensidad de la inversión del capital, a menudo garantizando que las regiones ricas en capital aumenten su riqueza, mientras las regiones pobres en capital se vuelven relativamente más pobres”.

dedicarse más de lleno a entrarle y sembrar más porque hubiera recursos para seguir sembrando... ¿De qué chiste tiene de que yo le entre duro a la chamba, pero no haiga precio para lo que siembra el productor? No nos hacen valer nuestra cosecha, el productor se chinga más en la vida, y no nos hacen valer nuestra cosecha... Han reducido los apoyos y nos han abandonado más.

*(Don Alberto).**

Hemos mencionado que “el campo mexicano” no es esa unidad homogénea en la que muchas veces pensamos, sino que está conformada por múltiples desigualdades, pues así como vemos grandes zonas marginadas en las que es insuficiente la producción familiar, hay otras que generan grandes excedentes que se almacenan y a través de los cuales se pueden controlar los precios; sin embargo, estas condiciones de desigualdad y de subordinación son generadas por un mismo proceso de exclusión. Así pues, las visiones de los campesinos son también distintas. La opinión de los productores, sobre todo los de mayor edad, va en el sentido de una mejoría en términos generales, con el uso de los agroquímicos y con los apoyos —que para ellos llegaron hace un par de décadas— escasos o no, por parte del gobierno municipal y federal. Nuestra tarea está en identificar esas nuevas formas de subordinación que son poco claras; no podemos negar aquello que los propios campesinos están afirmando, es decir, que su capacidad de producción ha mejorado, pero tampoco nos permite afirmar que han dejado de estar subordinados pues, por el contrario, tal como lo señala uno de los testimonios, son las formas en que *les amarran las manos*.

Mira, creo que apoyo ha habido, pero a nosotros la verdad no nos llega, pasa por el gobierno municipal. No y anteriormente..., en aquél tiempo cuando inicié no había apoyo de nada y estaba más cabrón porque (la tierra) quería la tarecua, con la tarecua tenías que meterle más peones, más gente, más gasto y orita pues el líquido nomás... Antes usaba el arado con los bueyes, orita ya no,... se usaba el arado porque se necesitaba para limpiar el terreno, lo limpiabas con el mismo arado... Y esa es la ventaja del arado, que sembrabas más limpio y ahorita tienes que fumigarle para que siembres más limpio, esa es la diferencia que ha habido, el

líquido sustituyó la mano..., o sea ya no uso tarecua⁸⁸, ahora fumigo antes de sembrar para que ya esté limpio... Orita ya no hay ni tarecua, ya no hay nada ya.

*(Don Pablo).**

¡Ah, eso nomás es pa' taparle el ojo al macho! (los apoyos). Es el PROCAMPO, pero pues es una cosa pequeña nomás, a veces nos cuesta más trabajo ir a pedirla que lo que nos dan... Por una hectárea nos dan mil pesos.

*(Don Pedro)***

Esta es una de las formas como “el desarrollo geográfico desigual del neoliberalismo, su aplicación con frecuencia parcial y sesgada respecto a cada Estado y su formación social, testifica la vacilación de las soluciones neoliberales y las formas complejas en que las fuerzas políticas, las tradiciones históricas, y los pactos institucionales existentes sirvieron, en su conjunto, para labrar el por qué y el cómo de los procesos de neoliberalización que en realidad se produjeron” (Harvey, 2011: 20). El neoliberalismo ha actuado de distintas formas, fragmentando los espacios de representación y la comunalidad campesina.

Aparentemente los agroquímicos cumplen el discurso que los promueve, el de liberar de trabajo a los productores, haciéndolo por ellos. Y es quizás cierto que ha ahorrado su tiempo de trabajo e incrementado su productividad, sin embargo, eso desvela otras formas de subordinación y de sometimiento.

Ya el maíz se habituó al fertilizante, ora si no le echas, ya no crece... También la lluvia ya no es igual, ya no hay seguridad de sembrar porque ya no llueve como antes.

⁸⁸ La tarecua es una herramienta utilizada para labrar el campo de forma manual pero, tal como señala el testimonio, ésta se ha dejado de utilizar.

^{**} Entrevistas realizadas en el marco de las actividades correspondientes a la práctica de campo “Territorialidades y procesos de gestión del desarrollo en la Sierra Norte de Oaxaca” de la asignatura Planeación general y regional, a cargo del Doctor José Gasca Zamora, realizada del 17 al 22 de marzo de 2014 en San Juan Evangelista Analco, Oaxaca, en conjunto con los integrantes del equipo: Chávez Ruíz Juan, Cruz Meléndez Claudia, García Madrigal Jaime, Juárez Jiménez Keren, Narváez Carreño Yatzil y Puebla Morales Julio.

*(Don Alfredo).**

El maíz híbrido requiere de desgranadora, ese no se puede hacer a mano... (También requiere) un líquido especial para que el maíz híbrido almacenado no se eche a perder, no es como el otro que así nomás lo guardas.

*(Don Sebastián).**

Mientras que para ciertos sectores de la academia, la Revolución Verde o los resquicios que de ésta quedan, son observadas como formas de subordinación del campo, al someter a los campesinos a formas concretas y determinadas de producción agrícola, como los fertilizantes y herbicidas, haciendo inclusive imposible el cultivo sin éstos insumos, para ellos ha significado, en muchos casos, un beneficio, al reducirles horas de trabajo y esfuerzo en las jornadas agrícolas; así lo dice la voz del señor Juan, de 76 años de edad, quien menciona que:

La cosecha ha mejorado y el campo también, por los pagos que 'ora dan... Antes quería más esfuerzo sacar la cosecha, era más esfuerzo, 'ora lo hace el herbicida... El híbrido es bueno porque da buena cosecha, abundante, pero requiere entamarse... (Pero) Ahora el maíz ya se acostumbró al abono (fertilizantes)... Sin fertilizante ya no cosechamos. Antes era el puro trabajo bruto de uno, ora ya no, ora ya uno se ahorra eso.

*(Don Juan).**

Efectivamente la agroindustria ha sometido al campesinado a sus formas de producción, imponiendo técnicas innecesarias de cultivo, como verse en la necesidad de utilizar una desgranadora en vez de las manos, o un insumo especial para poder almacenar el maíz híbrido desgranado. Esta condición afecta a productores de todos los tamaños; por un lado afecta a aquellas regiones productivas, que abastecen la demanda del mercado nacional⁸⁹, así como a los pequeños productores cuyas producciones son para mercados

⁸⁹ En Sinaloa, por ejemplo, "alrededor de 30 mil productores —la mayoría rentistas— producen cinco millones de toneladas en 500 mil hectáreas de riego. Es decir, tienen un rendimiento promedio de diez toneladas por hectárea. [...] Sin embargo, sus costos de producción son muy altos, diez mil pesos por

locales e inclusive, para el autoconsumo; por eso, a pesar de que la producción de autoconsumo no entra al mercado capitalista y no depende de la demanda externa, se ve afectada y domeñada por el capital agroindustrial. Aquí se pone de manifiesto la capacidad de control de la producción agrícola mundial por parte de la agroindustria, pues dos situaciones aparentemente distintas del campo mexicano son afectadas por un mismo proceso, con resultados evidentemente diferentes. Esta argumentación se suma a la que hemos venido haciendo sobre los desarrollos geográficos desiguales, muestra la amplia capacidad de acción del capital al subordinar prácticamente todo tipo de producción y al crear dependencia de los agricultores.

Esto sólo muestra cómo es que ha permeado tan profundamente el discurso y la ideología capitalista, concretándose éstos inclusive en la producción más raquítica. Sin embargo es sorprendente y sumamente interesante ver cómo contrasta el discurso que sale desde la trinchera académica sobre los agroquímicos, con la visión de los campesinos, quienes no ignoran —como visiones academicistas llegan a plantear— las formas de sometimiento a través de los cambios en la agricultura y la imprescindible necesidad de dichos insumos. Por el contrario, el campesinado reconoce que ahora están “atados” a esos insumos, y de esa misma manera reconoce que, a pesar de ello, es la única forma de producir y sobrevivir. Existe un reconocimiento de los productores de las formas en que se subordinan, más cuando esa es la única forma de sobrevivir, el reconocimiento conduce a la aceptación y la reproducción de esas formas capitalistas de subordinación campesina.

Si yo por ejemplo en mi caso, recibiera ese apoyo, yo me dedicaría más de lleno al campo, le entrarías más, con más hectáreas, ... me podría alivianar más porque tendría ahora sí el apoyo para sembrar, para todo lo que uno mete, pero uno también siembra poco, porque todo lo hace uno de su esfuerzo, de su trabajo, ganar

tonelada, en virtud del uso masivo de semillas híbridas de compañías transnacionales, de fertilizantes y agroquímicos importados, y del uso intensivo de maquinaria agrícola, diésel y agua de riego. [...] Para compensar esos costos y la baja rentabilidad [...] en 2015 recibirán cinco mil millones de pesos, o sea 50 por ciento del presupuesto anual de la Agencia de Servicios a la Comercialización y Desarrollo de Mercados Agropecuarios (Aserca), [...] es decir, 30 mil productores reciben un monto de subsidio igual al que recibe el resto de los productores maiceros del país. Las comparaciones son obscenas. Cada productor de maíz de Sinaloa recibe subsidios por 166 mil 666.66 pesos, contra 12 mil 500 que recibe su homólogo de Chiapas, siete mil 900 el de Guerrero y cinco mil 500 pesos el de Oaxaca” (Suárez, 2015: s/p).

para por ejemplo pagar el abono, ganar para meter peones para la siembra⁹⁰, ganar para comprar el líquido, ganar para abonar, todo el tipo de trabajo que se le invierte...

*(Don Alberto).**

Esta es una de las formas en que se concretiza el sometimiento y subordinación agroindustrial a la actividad campesina, es la manera en que se apropia de las formas campesinas de producción. La victoria del capital y de sus prácticas neoliberales, ha sido cerrar todas las puertas trabajador agrícola, con excepción de una: la de la superexplotación y la exclusión.

Esta situación torna aún más violenta a la subordinación; al controlar, someter y subordinar la agricultura, que es para el campesinado no sólo su medio de obtención de ganancias, sino la fuente directa de alimentos y toda una forma de vida con un amplio valor simbólico, no sólo se le somete a ésta —la agricultura—, sino a su vida misma. Someter a la agricultura es someter las formas de producción de alimentos, ergo, las formas de vida —campesina y luego urbana—.

La agroindustria no sólo ha controlado la producción de alimentos, ha generado e impuesto toda una representación del espacio agrícola, a veces acaparándolo, otras más fragmentándolo, siempre sometiéndolo a distintas formas de subordinación y fragmentación. En este camino Roux (2007: 108) apunta que “la desarticulación de la antigua *comunidad agraria*, recreada alrededor de la tierra y la organización de los *pueblos*, ha sido en esta larga historia de agresión la punta de lanza del proyecto civilizatorio de la modernidad capitalista, que ha presentado la destrucción de la comunidad como una tarea redentora de pueblos considerados socialmente arcaicos y étnicamente inferiores”.⁹¹

El espacio se va fragmentado y pulverizando por la propiedad privada, explica Lefebvre (1974: 224), toda vez que “cada fragmento del espacio tiene su propietario. Está

⁹⁰ La condición de clase es distinta entre los productores de los lugares en los que entrevistamos. En Guerrero, por ejemplo, los campesinos además de dedicarse a la producción de autoconsumo, se dedican a otras actividades (profesores, albañiles y policías fueron algunos de los entrevistados), por lo que cuando el trabajo familiar no es suficiente, deben recurrir a la contratación de empleados para la siembra.

⁹¹ Cursivas del autor.

pulverizado para ser comprado y vendido”. Para él, la fragmentación espacial tiene lugar por las estrategias tanto de las compañías transnacionales, como de los Estados, en su intento por controlar cada vez más las formas de producción y consumo.

La fragmentación espacial es el resultado de la conformación de los desarrollos geográficos desiguales, es la expresión de la reproducción capitalista. Es este modo de producción que organiza y produce su tiempo y espacio de manera fragmentada y desigual (Lefebvre, 2013), basado en la vorágine de la acumulación, la competencia y el individualismo; la realización del capitalismo neoliberal se concreta en la privatización, el acaparamiento y el despojo. La fragmentación del espacio no es un problema para el capitalismo, sino su forma de sobrevivencia.

Las formas de vida campesinas, llámense tradiciones, ritos, fiestas, etcétera, que estaban íntimamente vinculadas con las actividades agrícolas, se han ido fracturando paulatinamente. Así como los lazos tradicionales y comunales entre los caficultores y el café se han ido quebrantando con el sometimiento agroindustrial, así se van perdiendo las tradiciones y simbolismos en la agricultura.

Eso se está perdiendo mucho porque la juventud quizás no lo quiere hacer o no aprendieron, porque mi papá, mi abuelo le hacían un rito a la tierra, ... (a) la Madre Tierra, porque nos decían la Madre Tierra está viva, está viva porque de nosotros depende si no nos da de comer, ... Todavía me acuerdo, mi abuela mataba un pollo, un guajolote o algo, lo que sea su comida y le vamos a agradecer al terreno porque sí nos dio la cosecha, vamos a darle su ración. (Le ofrecían) una bebida y echaban su comida, le ponían su tepache, aquí como acostumbran el mezcal, dos, tres copitas de mezcal y lo tapaban y hacíamos rezo, eso era el rito.

*(Don Pedro). ***

Antes lo que hacían era... que preparaban comida, ... refrescos, o aguas frescas o algo que tienen pa' llevar. Dicen que antes de empezar a trabajar le pedían permiso a la Madre Tierra... de que les conceda trabajar en ese terreno, y le echaban antes de trabajar, ... escarbaban un espacio y le echaban... comida... convivían con la

tierra pues, eso platicaba mi mamá que eso hacían. Y cuando también ya recogían la cosecha, le deban gracias a la Tierra, otra vez echarle de comer y comen con el lugar y después empiezan a recoger su cosecha, en lo que están ellos recogiendo su cosecha, dejan abierto pa' que vaya comiendo la comida que... le echan en el lugar, pero 'ora ya no, ya todo cambió... ora sí que fue quitando poco a poco la costumbre de la gente ... Por decir, nosotros, orita si vamos al campo llegamos y órale apúrate a trabajar, ya no nos acordamos ni si quiera de pedir... no, vamos a trabajar y hablarle a la ti.

*(Doña Juana). ***

El capital a través de sus formas de reproducción agroindustriales, no se ha limitado a cambiar las formas de producción campesinas, pues también ha implicado cambiar sus formas de reproducción social, ha llegado hasta la médula de la vida misma de los campesinos; ésta se ha convertido en una contradicción entre el capital global y los pobladores de algunas regiones por su supervivencia (Rubio, 2006).

Al mismo tiempo que se fracturan las relaciones religiosas o espirituales entre los productores y la tierra, se van socavando las relaciones de comunalidad campesinas, mantenidas en gran medida por la propiedad comunal de la tierra, los ejidos y las comunidades agrarias. Sin embargo, no siempre vemos el despojo físico de los territorios o la pérdida de ritos o tradiciones como las únicas tácticas del capital, en otras, son la preservación y la conservación de éstos las nuevas estrategias de acumulación capitalista, a través de la mercantilización de la cultura. Dichas estrategias acaparan e incentivan la “preservación” de la cultura, no por el simple gusto de mantenerla, sino porque de ésta extraen una ganancia, la de la renta cultural.

El duro golpe asestado a la propiedad social de la tierra por medio de las reformas al artículo 27 de la Constitución en 1992, ha transformado enormemente dichos vínculos. Así, en 1993, después de estas reformas, el gobierno promovió el Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares Urbanos (Procede), que tuvo como finalidad certificar los derechos de propiedad sobre las tierras, que en un primer momento se impulsó como una certificación voluntaria, recurriendo posteriormente al condicionamiento de

subsidios y apoyos al campo, como medida de exigencia para la inscripción en la certificación (CECCAM y Grain, s/a). Este programa, funcionó como el ancla que permitiría la paulatina fragmentación de la propiedad social de la tierra, como lo son el ejido y las comunidades agrarias.⁹²

Con esta reforma (la reforma al campo) lo que va a venir es esta parte de la privatización, ... sobre todo a las comunidades agrarias... ya lo vimos en la reforma hacendaria, en la reforma en materia educativa, pero ahora en materia del artículo 27, ahí si va a afectar totalmente a las comunidades, porque si antes las comunidades pudieron decir que no al Programa de Certificación de Derechos Ejidales, ahora no lo van a hacer de manera de consulta, sino te lo van a hacer a través de programas, o sea de manera amañada... va a haber una serie de afectaciones, y más en zonas donde son estratégicas, por ejemplo donde hay interés minero, donde hay interés de agua, donde hay interés de biodiversidad... Y tengamos cuidado con la certificación, porque le van a poner otro nombre... En un momento sí llegó ese programa de PROCEDE, y la asamblea dijo no, la asamblea fue muy sabia de decir no va a haber certificación de derechos ejidales, ... yo creo que una de las cosas es que se pone en riesgo el territorio, porque ahí ya lo controlan, ahí ya dices tú pues tal territorio es mío, tal solar es mío y yo lo puedo vender con una persona extraña de la comunidad, o lo puedo arrendar o lo puedo pues hasta dar en garantía de un préstamo, entonces pues sí como que pones en riesgo una parte del territorio.

*(Secretaria del Comisariado de Bienes Comunales). ***

La fragmentación de la propiedad social de la tierra fue un proceso paulatino, en el que con “la contrarreforma del artículo 27 de la Constitución de 1992 [se] profundizó el proceso y convirtió la tierra en mercancía sujeta a venta, compra, renta o enajenación, privatización e individualización, lo que le haría perder su carácter colectivo, pero también su carácter integrador indisoluble de tierra-agua-monte: es decir, su carácter territorial,

⁹² A pesar de todo, “cerca del 70 por ciento [de los propietarios] registró sus tierras como propiedad de uso común. Con ello las mantuvieron como inembargables, imprescriptibles e inalienables, es decir, como estaban antes de la contrarreforma salinista al 27 constitucional.” Véase: Hernández, L. *La Jornada*, 8 de abril de 2014.

separando estos elementos como si fueran aislables, cosificables, mercantilizables” (CECCAM y Grain, s/a: 6).

Si bien antes de estas reformas existían ya ciertas prácticas cotidianas que fracturaban poco a poco la figura ejidal, como el arrendamiento de las tierras, dichas reformas asestaron el golpe final, desmantelando casi cualquier forma de propiedad social de la tierra, legalizando su despojo y el de las formas consuetudinarias de vida campesinas, abriéndole paso a su privatización. Con estas reformas se rompió con el concepto mismo de *propiedad originaria de la nación*, pieza clave del constitucionalismo del México posrevolucionario (CECCAM y Grain, s/a); también significó un profundo quiebre de la configuración histórica de la sociedad mexicana (Roux, 2007). La contrarreforma de 1992 fue el último paso que lanzó por la borda a los campesinos a las corrientes del capital privado.

Hasta aquí, hemos mencionado la forma en que la producción campesina estuvo incluida y fue fundamental en el proyecto de nación previo al neoliberalismo; hemos visto también cómo el ejido fue esta forma única que permitió dicha producción campesina y que dio solvencia a todo un proyecto económico y político nacional. Sin embargo, es necesario aclarar, en cuanto al significado del ejido, que esta es sólo una visión general que se tiene; existen otros autores, como Morett (2003), para quienes el ejido y el reparto de tierras no sólo significó sostener la producción de alimentos, sino que tuvo una doble función pues, por un lado fue una forma de mantener el control sobre los campesinos, cooptándolos a través de Centrales campesinas, que eran las únicas que tenían reconocimiento gubernamental como líderes y representantes campesinas y, por el otro, de cerrar el paso a la restitución de latifundios.

En otros términos, funcionó además de como unidad de producción agropecuaria, como aparato de Estado, sujetando y controlando política y económicamente a los campesinos. Morett (2013: 129) también señala que el ejidatario no es sino “un pequeño productor mercantil con una parcela de *propiedad privada limitada*; en otras palabras, es un productor orientado al mercado y con una tierra que, aunque restringida en su propiedad, no deja de ser privada”.⁹³ Para este autor, el ejido no fue una forma de propiedad social de la

⁹³ Cursivas propias.

tierra, sino una propiedad privada incompleta, por lo que las reformas al artículo 27 constitucional no fueron este rompimiento de la propiedad social de la tierra, como señalan los primeros, sino la reafirmación de una propiedad privada ya existente.

A pesar de que los resultados de los Censos Ejidales elaborados por el INEGI en 2001 y 2007 muestran un incremento tanto en el número de ejidos o propiedades sociales, así como en la superficie ocupada por éstos, al pasar de 30, 305 a 31, 514 y de 105, 052, 369 a 105, 948, 306 ha., respectivamente, esto no ha representado un fortalecimiento de las actividades campesinas del ejido ni de los vínculos comunales, pues las actividades campesinas tienen cada vez una menor participación en la producción nacional, toda vez que las importaciones se han incrementado bruscamente, pues tan sólo en la década de los noventa, crecieron a una tasa anual de 5.53% (Rubio, 2008). Este incremento que muestran los Censos, podría significar un aumento en las actividades campesinas, principalmente las del autoconsumo, lo que no les quita su carácter de subordinados, sino que ha significado un proceso de proletarización campesina, agradándoles además el carácter de excluidos. Blanca Rubio (2001) señala que la exclusión rural tiene su origen de las nuevas formas de dominio que ha impulsado el neoliberalismo, a la que denomina como *subordinación excluyente*, y que implica:

el predominio de las actividades financieras sobre las productivas, la marginación de la agricultura como proveedora de alimentos básicos para garantizar un bajo costo de reproducción de la fuerza de trabajo y, esencialmente, un mecanismo de explotación impulsado por las agroempresas multinacionales sobre los productores de insumos agropecuarios, que se fundamenta en imponer precios agrícolas sin un soporte de subsidios oficiales, hecho que acaba minando la capacidad productiva de los agricultores y genera por tanto su exclusión del mercado (Rubio, 2001: s/p).

Roux (2009) hace referencia a cuatro grandes formas a través de las cuales se pone de manifiesto la reestructuración de la forma de Estado, señalando como una de ellas, al desmantelamiento de la propiedad ejidal y su incorporación a los circuitos mundiales del capital.

Son varias las formas en que se ha ido pulverizando lentamente la comunalidad campesina. No ha sido únicamente a través de la pérdida de sus lenguas maternas, sus

costumbres y tradiciones —que tienen un indudable valor para sus comunidades—, ha sido también a través del proceso migratorio que en las últimas décadas se ha visto incrementado en gran medida, y del abandono de sus comunidades y la pulverización de sus relaciones de comunalidad. El dominio impuesto por el nuevo orden agroalimentario global ha generado consecuencias desastrosas en el campo mexicano, ha convertido a los productores de campesinos a migrantes (Rubio, 2008), alimentándolos e incitándolos con el falaz sueño del desarrollo y del bienestar económico de las ciudades o de otros países, orillándolos a recorrer cientos o miles de kilómetros en las peores condiciones posibles, viajando en la más absoluta de las indefensiones y estando al acecho de organizaciones criminales o de las mismas autoridades —que en muchas ocasiones actúan al unísono— dejando su vida descubierta y desprotegida, arriesgándola por ese falso sueño. La migración se ha convertido en una de las formas más burdas de materialización de la violencia estructural; los campesinos son expulsados de sus propias tierras a causa de la falta de empleo, buscando en las ciudades la negación que les imponen en sus tierras. En las ciudades, sin embargo, encuentran otras formas de miseria, subordinación y exclusión.

Los procesos migratorios se intensifican cada día más no sólo a causa de los conflictos bélicos, sino que también son generados por la pobreza y el desempleo —razones que usualmente están conectadas—. También señalar la importancia de la movilidad y su mercantilización. Dicha mercantilización ha implicado la explotación y la valorización de estos movimientos de la población, tanto por los personajes que lucran con los migrantes, como con los empleadores que demandan mano de obra barata.

A su vez, la migración se suma a la disolución de las relaciones de comunalidad campesinas; los migrantes que por diversos motivos retornan a sus comunidades, no lo hacen ya de la misma forma en que partieron, pues han visto y vivido otras formas de vida, otras formas de reproducción social —privada e individualizada, pero que a primera vista resulta ser sumamente atractiva, sobre todo para aquellas comunidades que funcionan aún bajo el régimen de propiedad comunal de la tierra—. No obstante, en ciertos casos también podría significar el fortalecimiento de sus vínculos comunales.

Actualmente se hace referencia a que hay un giro en el orden agroalimentario mundial, que de igual forma, es impulsado por los capitales transnacionales que buscan

controlar por completo la producción de granos (Rubio, 2001). Dicho cambio ha alcanzado niveles tan profundos en cuanto a la producción, que el cultivo de granos ya no sólo cumple su papel como alimento forrajero, sino que además de esto, está guiado cada vez en mayor medida a ser utilizados como insumos en la generación de agrocombustibles, como el etanol; la entrada de los granos y otros productos en el mundo especulativo del capital ha significado la mercantilización absoluta de la producción agrícola, perdiendo por completo su más simple sentido de ser utilizados para alimentar a la población (Rubio, 2008).

Corporaciones trasnacionales, junto con los gobiernos de muchos países y organismos internacionales responsables del sector agropecuario, han declarado la guerra sin cuartel a miles de campesinos de subsistencia y agricultores que aún no están sometidos a las ataduras de la agroindustria, buscando quebrantar la agricultura campesina a través del sistema de patentes, la promoción de los agroquímicos y la finalización de apoyos oficiales (Nadal, 2008).

El guano hace veinte años dejaron de darlo... (Ahora) el gobierno pone una parte y nosotros otra para el fertilizante... Sulfamín.

*(Don Juan).**

En el campo conviven distintas formas de subordinación y distintas desigualdades; hay algunas formas de reproducción del capital que insertan a los campesinos a su lógica de producción y reproducción, de forma igualmente subordinada, mientras que a otros, además de subordinarlos, los excluye; ésta es quizás una de las grandes contradicciones generadas por el capital: la coexistencia y combinación de la homogeneización y la fragmentación del espacio, su totalización y atomización (Martínez, I., 2013).

La espacialidad campesina algunas veces se homogeniza, como para los programas de asistencia social, mientras que otras veces se fragmenta; así lo señala Lefebvre (1976b: 236), cuando menciona que

El espacio concebido por los grandes tecnócratas es un espacio regulador homogéneo, mientras que el espacio del capitalismo es fragmentado. El resultado es por ende un espacio que tiene ambas calidades, si se puede hablar de calidades: es al mismo tiempo homogéneo y fragmentado. Es lo que nos rodea. El espacio homogéneo es el que señala las carreteras,

las autopistas, las diversas comunicaciones, las *Mass Media*, [...] y al mismo tiempo este espacio está terriblemente resquebrajado, ya que es tratado por parcelas, vendido por lotes cuya pequeñez está limitada solamente por el hecho de que se pueda construir sobre él. He aquí en la actualidad la forma esencial de contradicción entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas: de un lado se es capaz de tratar el espacio a gran escala, como se ve por las autopistas, por la información que reúne en un punto los elementos conocidos sobre enormes espacios, y de otro, la pulverización del espacio por la propiedad privada, por la comercialización, por la compra-venta del espacio y de lo construido encima de él, apartamentos, viviendas, etc.⁹⁴

En cuanto nos referimos a los desarrollos geográficos desiguales en relación con la capacidad de acción de los Estados, Wallerstein (2006) señala que las diferencias entre Estados fuertes y débiles, genera que los primeros busquen la permanente apertura de fronteras de los segundos, asegurando el flujo de capitales y mercancías, sin embargo, algún tipo de reciprocidad en estos temas pocas veces tendrá lugar. Este tipo de relaciones abona en los ya existentes desarrollos diferenciales y prolonga las relaciones de dependencia. En este sentido, el caso del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, signado entre EUA, Canadá y México, es un ejemplo de que tal situación se mantiene y reproduce. Estados Unidos siendo el principal protagonista del Tratado y por su condición de vecindad con México, ha establecido pactos sumamente desiguales en términos de intercambio o flujo de mercancías, facilitando sus exportaciones, pero obstaculizando las de México.⁹⁵

El capital busca distintas formas de reproducirse y de subordinar a la clase obrera y campesina, por eso, “la desvalorización alimentaria se convirtió a la postre en el mecanismo de dominio más eficaz de Estados Unidos sobre los países latinoamericanos” (Rubio, 2008: 38); éste se sustenta a través del control de los precios de los bienes básicos y de los subsidios de los países potencias, frenando estas acciones en los países dependientes.

⁹⁴ Cursivas del autor.

⁹⁵ Aurora Cristina Martínez (2013: 162) se refiere a los intercambios de mercancías entre México y Estados Unidos y señala que “el comportamiento del movimiento comercial con este país registró cambios significativos: las importaciones agrícolas de esa procedencia aumentaron 34 por ciento entre 1995 y 2009; en cambio, la variación del valor de nuestras exportaciones agrícolas hacia allá fue negativa de 1995 a 2002, año en que inició un repunte hasta lograr, en 2009, variaciones positivas”.

La forma de propiedad social de la tierra se convirtió en un lastre y un obstáculo para la acumulación del capital bajo las nuevas formas de acumulación flexible del capital; con el neoliberalismo, estos obstáculos se han ido eliminando poco a poco, siendo las reformas estructurales su principal estandarte, éstas han roto “con el concepto mismo de la ‘propiedad originaria de la nación’, que fue una innovación del constitucionalismo mexicano y que aún hoy es una pieza clave en la defensa de los derechos territoriales de los pueblos y comunidades” (CECCAM y Grain, s/a: 1). El neoliberalismo ha ido finiquitando el pacto social que desde la época posrevolucionaria y hasta finales de los setenta, había mantenido el soporte material del Estado mexicano, derruyéndose así con la oleada de privatizaciones de los ochenta y noventa (Roux, 2009). Todo este proceso ha finalizado las formas de sociabilidad y organización sindical, dando paso a las formas individualizadas de relación.

El neoliberalismo es hasta ahora un proyecto inacabado, que está en un constante rehacer, transformando constantemente sus formas productivas y reproductivas. Como la violencia que es y ha sido necesaria en el funcionamiento del capital, así mismo ha sido la vinculación campo-ciudad. Éstos son inseparables, e intentar desconectarlos sería como fragmentar un gran y único proceso y después intentar unirlos. Lo urbano y lo rural están en apariencia cada vez más separados, sin embargo mantienen esos vínculos inseparables que están atravesados por viejos y nuevos procesos violentos de reproducción capitalista.

Importante se vuelven las diferencias espaciales que produce el capital tanto en lo rural, como en lo urbano y la forma en que se amplían día con día; así lo explica Lefebvre (1974: 221): “Desde hace un cierto número de años el capitalismo controla y ha puesto la zarpa sobre la agricultura entera y también sobre la ciudad [...]. A través de la agricultura y la ciudad el capitalismo ha echado la zarpa sobre el espacio. El capitalismo ya no se apoya solamente sobre las empresas y el mercado, sino sobre el espacio”. Hay que pensar además, al capital y su correlación con el Estado, pues es éste el que tiene la capacidad de reorientarlo.

Las diferencias sociales se profundizan cada vez más y ha sido el sector campesino mexicano y latinoamericano el más afectado, pauperizándose, fragmentando sus relaciones sociales, formas productivas, vínculos con la naturaleza y prácticamente todas sus formas de reproducción social.

Hasta aquí intentamos aproximarnos a generar una explicación teórica de la espacialización diferenciada del capital y a reflexionarla desde la violencia. No es una explicación absoluta ni concluyente, es una explicación que invita a seguir pensando en estas nuevas formas de reproducción y a pensar también en el alcance de nuestras categorías de análisis.

Consideraciones finales

En las páginas precedentes hemos realizado un abordaje teórico de las distintas formas de subordinación campesinas: la explotación, exclusión, el despojo y la proletarización, entre otras. Si bien no podemos hablar y explicar cada una de ellas a profundidad, hemos intentado abrir un panorama general de dichas formas de subordinación que han ido cambiando paulatinamente con el paso de los años y en función de la reestructuración de la reproducción capitalista; además, estas formas se han vuelto cada vez menos evidentes y más penetrantes.

Sin duda es importante tener en cuenta lo que significa la ciudad y los procesos urbanos, sin embargo, no hay que perder de vista el papel que para ello juega el campo y lo rural, pensando estas dimensiones y procesos no dicotómicamente sino dialécticamente. Ha sido importante sobre todo, pensar en las formas en que el campo, a pesar de los discursos que escinden cada vez más la producción campesina y los procesos rurales de los urbanos, siguen aportando en gran medida la reproducción del capital, que es eminentemente urbana; esto no sólo a través del abasto de alimentos, sino de forma general, a través de la transferencia de valor del campo a la ciudad. Con esto no negamos la importancia y la relevancia que adquiere cada día la cuestión urbana, pero sí reivindicamos la importancia que sigue manteniendo la cuestión rural, a la que parece ser que se le presta cada vez menor atención.

Abrir el concepto de violencia se vuelve necesario sobre todo en esta época en la que el capital se reproduce en formas cada vez más violentas y la violencia revolucionaria tiene cada vez menor actualidad, mostrándose como innecesaria. Darle apertura al concepto puede permitirnos brindarle solidez académica a esa perentoria, más no ineludible, violencia revolucionaria. Cuando la reproducción capitalista convierte al despojo en una práctica cotidiana, en la que todas las bases de reproducción social se ven injuriadas, cuando vivir se convierte en un acto de sobrevivencia y cuando ni siquiera la propia vida logra escapar de este proceso, la transformación de la organización social se torna imperiosa, haciendo —en ocasiones— de la violencia revolucionaria una necesidad. No hemos pretendido hacer una apología de la violencia, ni mucho menos mostrarla como algo inevitable, hemos intentado situarla como un camino que, dependiendo de las condiciones sociales y de la correlación de fuerzas, se puede presentar como viable o no.

El concepto de territorio demuestra su carácter explicativo y capacidad de uso también en las luchas por su defensa, por su carga política. Muestra el conflicto cotidiano de la realidad social. El territorio, es el plano político de lucha; se ha convertido en el camino más viable de búsqueda y demanda de la autonomía y de autodeterminación, en ocasiones, de campesinos, indígenas y en otras, también de sectores urbanos.

Hay que preguntarnos hasta dónde las desigualdades son tolerables y hasta donde este discurso, el de la tolerancia, es a sí mismo (in)tolerable. Mucho se ha dicho sobre los movimientos de insubordinación —tema que aunque estaba planteado en nuestro proyecto original, no entramos, pues por su amplitud, estaría fuera de los alcances y objetivos de esta tesis—. Se ha discutido también sobre la capacidad de acción y de alcance de las organizaciones populares, lo cierto es que, como señala Wallerstein (2006), cuando los sistemas históricos entran en crisis estructurales, las socializaciones antisistémicas pueden tener un profundo papel desestabilizador para el sistema, sin embargo, cuando las condiciones ni la correlación de fuerzas son así, dicha socialización antisistémica puede resultarle útil al mismo sistema, “vendiendo” una salida a aquellos individuos más reacios.

Si en definitiva, la victoria del capitalismo sobre lo que podría ser una comunalidad social, se torna ideológica —principalmente—, ésta se vuelve evidente sobre todo en la concepción del espacio, o lo que podría ser y significar la producción de nuevos espacios, distintos —más no fuera— de la lógica capitalista. La visión unilateral del espacio ha sido forjada a través de la historia, más por sí misma es —aparentemente— ahistórica, supuestamente neutral e inmutable; sin embargo, dicha visión es parte de una lógica de poder del capital, que impone una determinada visión de la realidad social, del propio espacio y de determinadas relaciones de subordinación. Sin lugar a dudas, este es uno de los más grandes retos para los geógrafos quienes pensamos que como ciencia social, podemos contribuir a generar espacialidades sociales más justas.

En esta tesis pretendimos contribuir a la explicación de las distintas formas de subordinación campesina por parte del capital y la manera en que, como señala Blanca Rubio (2012), pasaron de explotados a excluidos. Buscamos explicar cuál ha sido el cambio de rol que ha tenido el sector campesino, y las nuevas formas de subordinación.

Las entrevistas son herramientas metodológicas de gran valor; si bien no son imprescindibles, son de gran utilidad al intentar explicar la realidad social. Sin pretender minimizar la importancia de la literatura y el papel de la academia, este instrumento metodológico nos permitió ampliar nuestro panorama sobre las problemáticas del campo, que a veces la misma literatura no alcanza a explicar.

El trabajo cualitativo en campo nos permitió ver que la realidad social, las vivencias y la cotidianidad social son tan diversas, que en ocasiones las explicaciones que surgen de la academia resultan insuficientes, lo que no demerita su valor e importancia, por el contrario, implica un mayor compromiso no solo de explicar, sino de proponer nuevos elementos de análisis.

En este trabajo, fue relevante e interesante el choque de visiones que tienen algunas voces en la academia sobre los agroquímicos, con la visión de ciertos sectores campesinos. Pues como explicamos, para algunos, al mismo tiempo de significar ciertas formas de sometimiento, también ha significado la reducción de su tiempo de trabajo en los jornales.

Lo anterior complejiza aún más la ya de por sí complicada configuración social; esto nos invita a pensar hasta qué punto la teoría y la metodología a la que recurren las ciencias sociales y por supuesto la geografía, nos siguen alcanzando para explicar los procesos sociales que se modifican cotidianamente. Es un llamado a continuar pensando y madurar nuestras ideas y propuestas, no a dejarlas de lado.

Para la geografía es de suma importancia proponer elementos que permitan continuar con el análisis social, y el rol que ha tomado cuestión de las escalas es de suma importancia. Estas relativamente nuevas propuestas teórico-metodológicas planteadas por ciertos sectores de la disciplina, brindan solidez teórica, de la que ha estado carente la geografía. Los acercamientos a la teoría social crítica, le han brindado la posibilidad de conversar y retroalimentarse de y con otras ciencias sociales.

Pensar los procesos sociales de forma multiescalar nos da pie a problematizarlos de otra manera, a pensar de una forma más compleja. Las escalas, son un elemento de análisis que permite mirar esas aparentes desconexiones entre procesos globales, nacionales y locales.

El desalentador panorama social nos instiga a continuar reflexionando y explicando, recuperar y proponer elementos de análisis nuevos que nos brinden los recursos suficientes como para continuar en esta inacabada tarea a la que deben estar comprometidas las ciencias y muy concretamente, las ciencias sociales.

Si bien los alcances de esta tesis son limitados, representan un primer acercamiento a la problematización de algunos temas. Este trabajo es parte de un permanente e inacabado proceso de aprendizaje y reflexión, por lo que el reconocimiento nuestros límites y alcances es un punto de referencia para continuar con este proceso.

Referencias bibliográficas

- Amecafé, (2012). *Plan integral de promoción del café en México*. Disponible en línea en: <http://amecafe.org.mx/backup/pcm2012.pdf> [Consultado en febrero de 2015].
- Bartra, Armando, (2003). *Cosechas de ira. Economía política de la contrarreforma agraria*. México: Itaca-Instituto Maya, A.C.
- _____ (2015). “¿Quién podrá salvarnos?” en *La Jornada del campo*. No. 95, 15 de agosto de 2015. Disponible en línea en: <http://www.jornada.unam.mx/2015/08/15/delcampo.html> [Consultado en agosto de 2015].
- Benítez Rivera, René David, (2011). “Modernidad, crisis estatal y violencia”, en Osorio, Jaime (Coord.), (2011), *Violencia y crisis del Estado. Estudios sobre México*. México, D.F.: UAM-X., pp. 141-164.
- Braudel, Fernand, (2006). *La dinámica del capitalismo*. México: FCE.
- CECCAM y Grain, s/a, *Sembrando viento. Reformas energéticas, despojo y defensa de la propiedad social de la tierra*. México. Disponible en línea en: http://ceccam.org/sites/default/files/Reformas%20energeticas%20final-3_0.pdf [Consultado en junio de 2015].
- Cordero Díaz, Blanca Laureana, (2004). “‘Nueva York es como Puebla’. Sobreviviendo en el México rural en un nuevo contexto global” en Giarracca, N. y B. Levy (Comps.), (2004), *Ruralidades latinoamericanas. Identidades y luchas sociales*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO, pp. 43-77.
- Cisneros Farías, Germán, (2003). *Diccionario de frases y aforismos latinos. Una compilación sencilla de términos jurídicos*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM. Disponible en línea en: <http://www.unae.edu.py/biblio/libros/Diccionario-de-frases-y-aforismos-latinos.pdf>. [Consultado en febrero de 2015].
- Davis, Angela, (2005). *Mujeres, raza y clase*. Madrid, España: Akal.
- Diccionario de Filosofía, (1982). Segunda reimpresión, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Diccionario de Filosofía, (2004). Barcelona, España: Ariel.

- Diccionario de la Lengua Castellana, (1791). Tercera ed. Madrid, España: Real Academia Española. Disponible en línea en: https://books.google.com.mx/books?id=RyqbspghF1wC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false [Consultado en agosto de 2014].
- Diccionario del Español en México, (2014). El Colegio de México. Disponible en línea en: <http://dem.colmex.mx> [Consultado en de agosto de 2014].
- Dussel, Enrique, (2014). *16 tesis de economía política: Interpretación filosófica*. México: Siglo XXI.
- Echeverría, Bolívar, (2012). *Valor de uso y utopía*. México: Siglo XXI.
- _____ (2013). *Modelos elementales de oposición campo-ciudad. Anotaciones a partir de una lectura de Braudel y Marx*. México: (Editor: Jorge Gasca Salas), Itaca.
- Enciclopedia Oxford de Filosofía, (2001). Madrid, España: Tecnos.
- Enciclopedia Universal Ilustrada. Europeo-americana, (1929). Tomo LXIX. Madrid, España: Espasa-Calpe.
- Fernández-Vega, Carlos, (2008). “México SA”, en *La Jornada*. 2 de julio de 2008. Disponible en línea en: <http://www.jornada.unam.mx/2008/07/02/index.php?section=opinion&article=032o1eco> [Consultado en noviembre de 2015].
- Foladori, Guillermo, (2013). *Renta del suelo y acumulación de capital*. Segunda edición. Montevideo, Uruguay: Trabajo y capital.
- Gehlen, Ivaldo e Alberto Riella, (2004). “Dinâmicas territoriais e desenvolvimento sustentável” en *Sociologias*. Año 6, No. 11, jan/jun, pp. 20-26.
- Giarracca, Norma, (2004). “Introducción. América Latina, nuevas ruralidades, viejas y nuevas acciones colectivas” en Giarracca, N. y B. Levy (Comps.), (2004), *Ruralidades latinoamericanas. Identidades y luchas sociales*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO, pp. 9-39.
- Gilly, Adolfo y Rhina Roux, (2009). “Capitales, tecnologías y mundos de la vida. El despojo de los cuatro elementos”, en Arceo, E. y E. Basualdo, (2009), *Los condicionantes de la crisis en América Latina. Inserción internacional y modalidades de acumulación*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 27-52. Disponible en línea en:

- <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/arceo/> [Consultado en mayo de 2015].
- Gunder Frank, André (1967). “El desarrollo del subdesarrollo”, en *Pensamiento Crítico*. No. 7, agosto de 1967. La Habana, Cuba. pp. 159-173. Disponible en línea en: <http://www.filosofia.org/rev/pch/1967/pdf/n07p159.pdf> [Consultado en enero de 2015].
 - _____ (1994). “La tesis del desarrollo del subdesarrollo” en Marini, R. M. y M. Millán (comps.), (1994), *La teoría social en América Latina. Textos escogidos*. Tomo II. México.: UNAM- Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/CELA, pp. 83-94.
 - Harvey, David, (2004). “El ‘nuevo’ imperialismo: acumulación por desposesión”, en *El nuevo desafío imperial*, Socialist Register 2005, Argentina: CLACSO, pp. 99-129.
 - _____ (2007a). *Espacios de esperanza*. Tercera edición. Madrid, España: Akal.
 - _____ (2007b). *El nuevo imperialismo*. Segunda edición. Madrid, España: Akal.
 - _____ (2011). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid, España: Akal.
 - _____ (2012). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Segunda edición. Buenos Aires: Amorrortu.
 - Hernández Navarro, Luis, “La reforma al campo, cuentos chinos”, en *La Jornada*, 8 de abril de 2014. Disponible en línea en: <http://www.jornada.unam.mx/2014/04/08/opinion/017a1pol> [Consultado en noviembre de 2015].
 - Hewitt de Alcántara, Cynthia, *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970*. México: Siglo XXI.
 - INEGI, (2001). *VIII Censo ejidal*. México
 - _____ (2007). *IX Censo ejidal*. México.
 - Korstanje, M., (2011). “Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales. En respuesta a S. Žižek”, en *Nómadas. Revista crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Vol.30, No. 2, pp. 367-381. Disponible en línea en: <http://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/36611/35449>. [Consultado en noviembre de 2014].

- Lefebvre, Henri, (1974). “La producción del espacio” en *Papers. Revista de sociología*. Vol. 3, pp. 219-229. España: UAB. Disponible en línea en: <http://papers.uab.cat/article/view/v3-lefebvre/pdf-es> [Consultado en septiembre de 2015].
- _____ (1976a). *Espacio y política*. Barcelona, España: Península.
- _____ (1976b). “El espacio en pedazos”, en *Tiempos equívocos*. España: Kairos.
- _____ (2013). *La producción del espacio*. España: Capitán Swing.
- León, Efraín, (2011). “Territorialidad campesina y contrarreforma agraria neoliberal en México”, en Calderón, G. y E. León (Coords.), (2011), *Descubriendo la espacialidad social desde América Latina. Reflexiones desde la geografía sobre el campo, la ciudad y el medio ambiente*. México: Itaca, pp. 179-208.
- _____ y Georgina Calderón, (2011). “Introducción”, en Calderón, G. y E. León (Coords.), (2011), *Descubriendo la espacialidad social desde América Latina. Reflexiones desde la geografía sobre el campo, la ciudad y el medio ambiente*. México: Itaca, pp. 9-20.
- Mançano, Bernardo, (2011). “Territorios, teoría y política”, en Calderón, G. y E. León (Coords.), (2011), *Descubriendo la espacialidad social desde América Latina. Reflexiones desde la geografía sobre el campo, la ciudad y el medio ambiente*. México: Itaca. pp. 21-51.
- Marini, Ruy Mauro, (1982). *Dialéctica de la dependencia*. Sexta edición. México: Ediciones Era.
- Martínez, Aurora Cristina, (2013). “Explotación neoliberal del campesino cafetalero y deterioro alimentario” en Rubio, Blanca, (2013), *Crisis alimentaria mundial. Impacto sobre el campo mexicano*. México: IIS/UNAM-DGAPA- Miguel Ángel Porrúa. pp. 151-185.
- Martínez, Ion, (2013). “Prólogo. Henri Lefebvre y los espacios de lo posible”, en Lefebvre, Henri, (2013), *La producción del espacio*. España: Capitán Swing. pp. 9-28.
- Marx, Karl, (2007). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Volumen 1. Vigésima edición, México: Siglo XXI.

- _____ (2009). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo 1/Volumen 2, vigesimocuarta reimpresión. México: Siglo XXI.
- _____ (2013). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo 1/Volumen 1, trigésima reimpresión. México: Siglo XXI.
- Méndez, Ricardo, (1997). *Geografía económica, la lógica espacial del capitalismo global*. Barcelona, España: Ariel.
- Miranda, Juan Carlos, (2012). “Un trabajador con un salario mínimo genera el valor de su sueldo en sólo 9 minutos”, en *La Jornada*. 7 de mayo de 2012, p. 23. Disponible en línea en: <http://www.jornada.unam.mx/2012/05/07/economia/023n1eco>. [Consultado en octubre de 2014]
- Morett, Jesús Carlos, (2003). *Reforma agraria: del latifundio al neoliberalismo*. México: Universidad Autónoma de Chapingo/Plaza y Valdés.
- Nadal, Alejandro, (2008). “Zoológico para semillas del mundo”, en *La Jornada*. 27 de febrero de 2008. Disponible en línea en: <http://www.jornada.unam.mx/2008/02/27/index.php?section=opinion&article=027a1eco>. [Consultado en mayo de 2015].
- _____ (2013). “Thatcher y Hayek: La sociedad no existe”, en *La Jornada*. 10 de abril de 2013. Disponible en línea en: <http://www.jornada.unam.mx/2013/04/10/opinion/034a1eco>. [Consultado en febrero de 2015].
- Organización Mundial de la Salud, (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud. Resumen*. Washington, D.C., Estados Unidos.
- _____ (2003). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Washington, D.C., Estados Unidos.
- Ortega Valcárcel, José, (2000). *Los horizontes de la geografía. Teoría de la Geografía*. Barcelona, España: Ariel.
- Ortiz, Renato, (1998). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Segunda edición. Bogotá, Colombia: Convenio Andrés Bello.
- Osorio, Jaime, (1975). “Superexplotación y clase obrera: el caso mexicano”, en *Cuadernos Políticos*, No. 6, octubre-diciembre de 1975. México, D.F.: Editorial Era, pp. 5-23. Disponible en línea en:

- <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.6/CP.6.3JaimeOsorioU.pdf>. [Consultado en diciembre de 2014]
- _____ (2004). *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas-Miguel Ángel Porrúa.
- _____ (2005). *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2006). “Biopoder y biocapital. El trabajador como moderno *homo sacer*”, en *Argumentos. Lógicas de poder: Miradas críticas*. No. 52, septiembre-diciembre de 2006. México: UAM-X, pp. 77-98. Disponible en línea en: http://148.206.107.15/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=723&archivo=1-56723bdl.pdf&titulo=Biopoder%20y%20biocapital.%20El%20trabajador%20como%20moderno%20homo%20sacer. [Consultado en enero de 2015].
- _____ (2007). “Entre la explotación redoblada y la actualidad de la revolución América Latina hoy”, en *Argumentos. América Latina: ¿fin del neoliberalismo?*, No. 54, mayo-agosto de 2007. México: UAM-X, pp. 11-34. Disponible en línea en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59505401>. [Consultado en diciembre de 2014].
- _____ (2009). *Explotación redoblada y actualidad de la revolución. Refundación societal, rearticulación popular y nuevo autoritarismo*. México: UAM-X/Itaca.
- _____ (2011). “Crisis estatal y violencia desnuda. La excepcionalidad mexicana” en Osorio, Jaime (Coord.), (2011), *Violencia y crisis del Estado. Estudios sobre México*. México, D.F.: UAM-X., pp. 33-62.
- _____ (2012). *Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital*. España: Anthropos/UAM-X.
- Pradilla Cobos, Emilio, (2009). *Los territorios del neoliberalismo en América Latina, Compilación de ensayos*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Prebisch, Raúl, (1949). *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*. CEPAL, Chile. Disponible en línea en: http://prebisch.cepal.org/sites/default/files/2013/prebisch_el_desarrollo_eco.pdf. [Consultado en septiembre de 2014]

- Ramírez, Blanca Rebeca, (2004). “Lefebvre y la producción del espacio. Sus aportaciones a los debates contemporáneos” en *Veredas*. No. 8, primer semestre 2004. México: UAM-X, pp. 61-73. Disponible en línea en: http://148.206.107.15/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=4135&archivo=12-264-4135hoz.pdf&titulo=Lefebvre%20y%20la%20producci%C3%B3n%20del%20espacio.%20Sus%20aportaciones%20a%20los%20debates%20contempor%C3%A1neos [Consultado en junio de 2015].
- Roseberry, William, (2002). “Hegemonía y lenguaje contencioso”, en Joseph, Gilbert y Daniel Nugent, (2002), *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*. México: Era.
- Roux, Rhina, (2007). “México, cambio de siglo. La desintegración de la *res publica*” en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*. No. 53, enero-abril de 2007. México: UAM-X, pp. 93-113. Disponible en línea en: http://148.206.107.15/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=2241&archivo=1-148-2241bnl.pdf&titulo=M%C3%A9xico,%20cambio%20de%20siglo.%20La%20desintegraci%C3%B3n%20de%20la%20res%20p%C3%BAblica. [Consultado en mayo de 2015].
- _____ (2009). “El Príncipe fragmentado. México: despojo, violencia y mandos”, en Arceo, E. y E. Basualdo (2009), *Los condicionantes de la crisis en América Latina. Inserción internacional y modalidades de acumulación*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 241-274. Disponible en línea en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/arceo/> [Consultado en mayo de 2015].
- _____ (2010). “El Príncipe fragmentado. Liberalización, desregulación y fragmentación estatal” en *Veredas. Estado, democracia y sistemas políticos en el espacio americano*. No. 20, primer semestre 2010. México: UAM-X, pp. 73-96. Disponible en línea en: http://148.206.107.15/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=7099&archivo=12-495-

[7099vsz.pdf&titulo=El%20Pr%C3%ADncipe%20fragmentado:%20Liberaci%C3%B3n,%20desregulaci%C3%B3n%20y%20fragmentaci%C3%B3n%20estatal](#)
[Consultado en mayo de 2015].

- _____ (2011). “El mito, la tierra, el príncipe”, en *Argumentos. El Estado: otras miradas*. No. 65, enero-abril de 2011. México: UAM-X, pp. 11-35. Disponible en línea en:
http://148.206.107.15/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=7845&archivo=1-551-7845nme.pdf&titulo=El%20mito,%20la%20tierra,%20el%20Pr%C3%ADncipe
[Consultado en mayo de 2015].
- Rubio, Blanca, (2001). “La agricultura latinoamericana. Una década de subordinación excluyente” en *Nueva sociedad*, No. 174, julio-agosto de 2001. Buenos Aires, Argentina.
- _____ (2006). “Territorio y globalización en México: ¿un nuevo paradigma rural?”, en *Comercio exterior*, Vol. 56, Núm. 12, diciembre de 2006, pp. 1047-1054.
- _____ (2008). “De la crisis hegemónica y financiera a la crisis alimentaria. Impacto sobre el campo mexicano”, en *Argumentos. Crisis alimentaria: abundancia y hambre*. No. 57, mayo-agosto de 2008. México: UAM-X, pp. 35-52. Disponible en línea en:
http://148.206.107.15/biblioteca_digital/estadistica.php?id_host=6&tipo=ARTICULO&id=4929&archivo=1-314-4929bmr.pdf&titulo=De%20la%20crisis%20hegem%C3%B3nica%20y%20financiera%20a%20la%20crisis%20alimentaria.%20Impacto%20sobre%20el%20campo%20mexicano. [Consultado en mayo de 2015].
- _____ (2012). *Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*. Cuarta edición. México: Plaza y Valdés.
- Sánchez Vázquez, Adolfo, (1973). “Los valores”, en *Ética*, México: Grijalbo, pp. 107-120.
- _____ (1997). *Filosofía y circunstancias*. México: Anthropos- Facultad de Filosofía y Letras/UNAM.

- _____ (2003). “La violencia política y la moral”. Conferencia dictada durante el Ciclo *Ética y Política*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 28 de octubre de 2003. Disponible en línea en: <http://www.asv.filos.unam.mx/>. [Consultado en septiembre de 2014].
- _____ (2013). *Filosofía de la praxis*. Tercera edición. México, D.F: Siglo XXI.
- Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo rural, Pesca y Alimentación; Fideicomiso de riesgo compartido; Comité Nacional de Sistema-Producto y Colegio de Postgraduados, (2011). *Estudio de gran visión y factibilidad económica y financiera para el desarrollo de infraestructura de almacenamiento y distribución de granos y oleaginosas para el mediano y largo plazo a nivel nacional*. Disponible en línea en:
http://www.sagarpa.gob.mx/agronegocios/Documents/Estudios_promercado/GRAN_OS.pdf [Consultado en septiembre de 2015].
- Secretaría de Economía, (2012). *Análisis de la cadena de valor del frijol*. Disponible en línea en:
http://www.economia.gob.mx/files/comunidad_negocios/industria_comercio/analisis_cadena_valor_frijol.pdf [Consultado en septiembre de 2015].
- SEMARNAT. Sin datos. Disponible en línea en:
<http://web2.semarnat.gob.mx/apoyosubsidios/grupos/programasparalospueblosindigenas/Documents/Oferta%20Institucional/hojaconafor.pdf> [Consultado en octubre de 2014]
- Shneider, Sérgio, (2004). “A abordagem territorial do desenvolvimento rural e suas articulações externas” en *Sociologias*. Ano 6, No. 11, jan/jun, pp. 88-125.
- Suárez, Víctor, (2015). “El potencial productivo del pequeño productor” en *La Jornada del campo*. No. 95, 15 de agosto de 2015. Disponible en línea en:
<http://www.jornada.unam.mx/2015/08/15/delcampo.html> [Consultado en agosto de 2015].
- Valenzuela, José, (1997). “Cinco dimensiones del modelo neoliberal” en *Política y cultura*. Num. 8, 1997. México: UAM-X, pp. 9-38. Disponible en línea en:
<http://www.redalyc.org/pdf/267/26700802.pdf> [Consultado en agosto de 2015].

- Vergopoulos, Kostas, (2002). “Prólogo de la segunda edición”, en Rubio, Blanca, (2012), *Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*. México: Plaza y Valdés, pp, 17-24.
- Žižek, S., (2010a). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2010b). *En defensa de la intolerancia*. España: Diario Público.
- Wallerstein, Immanuel, (2006). *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Segunda edición. México: Siglo XXI.